UN SHERIFF



para Navidad

DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

UN SHERIFF *para* Navidad

DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

Primera edición.

Un sheriff para Navidad

©Dylan Martins. Janis Sandgrouse

©noviembre, 2025.

©Imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Epílogo

Capítulo 1



Riley

Nunca supe bien en qué momento mi vida se torció del todo.

Había días en los que pensaba que fue aquella noche en la que todo ardió, y otros en los que creía que empezó mucho antes, cuando era una niña que se escondía debajo de la mesa del salón para escuchar a sus padres discutir por facturas. Lo cierto es que, de un modo u otro, el destino parecía tenerlo decidido: mi vida nunca iba a ser sencilla.

Trabajaba de camarera en un bar de striptease en Nueva York. No, no era tan glamuroso como sonaba, ni siquiera tenía el brillo decadente que vendían las películas. Era solo un sitio pequeño, con luces de neón parpadeando, olor a alcohol barato y a perfume demasiado dulce. Las noches se mezclaban unas con otras, como si no existieran los días, solo turnos infinitos. Aprendí a sonreír cuando no tenía ganas, a fingir que las bromas me hacían gracia y a usar los tacones como si fueran una armadura. Allí, entre risas forzadas y vasos de whisky medio vacíos, me convertí en alguien que sabía sobrevivir.

Tenía mis rutinas: entrar, cambiarme, recogerme el cabello en una coleta alta, pintarme los labios de rojo, y es que el rojo me hacía sentir invencible, y salir al escenario del bar. No era bailarina, aunque más de uno lo pensara; era la camarera que recogía los billetes del suelo y servía copas a tipos que hablaban demasiado alto. Pero en ese pequeño mundo sin ventanas aprendí algo importante: la gente no miraba de verdad. Podía ser quien quisiera mientras mantuviera la sonrisa en su sitio.

Y así lo hice. Durante años.

A veces, mientras secaba vasos, me preguntaba cómo habría sido mi vida si mis padres no hubieran muerto. Pero las imágenes que me quedaban de ellos eran como trozos rotos de una película antigua: mi madre riendo mientras hacía chocolate caliente, el sonido de mi padre afinando una guitarra, el calor de su mano sobre mi cabeza antes de dormir. Apenas eso. Y el colgante.

Siempre llevaba aquel colgante. Una pequeña medalla de plata con una piedra azul en el centro, desgastada por el tiempo. Era de mi madre, lo único que me dejaron los bomberos cuando todo terminó. Lo toqué tantas veces en mi vida que las yemas de mis dedos conocían cada relieve, cada rasguño. Cuando las cosas se ponían difíciles, lo cual en mi vida era casi siempre, lo apretaba con fuerza y pensaba en ella. En ellos. En lo que dirían si pudieran verme ahora, perdida en una ciudad que nunca dormía, sirviendo copas y fingiendo que todo estaba bien.

Tenía ocho años cuando el fuego se los llevó.

Aún podía recordar la lluvia aquella noche, el sonido de los coches de bomberos, el humo que me quemaba la garganta y las luces parpadeando en la oscuridad. Ni siquiera había olvidado el sabor a ceniza. Me desperté en una casa que ya no existía, con las sirenas retumbando y la voz de un hombre diciéndome que todo iba a ir bien. No fue verdad.

El orfanato llegó después.

Un edificio gris, con pasillos demasiado largos y un silencio que pesaba como plomo. Olía a sopa aguada, a productos de limpieza y a resignación. Allí aprendí que el cariño no era gratis. Que los abrazos se daban solo si no molestabas demasiado, y que las lágrimas eran un lujo que los niños como yo no podían permitirse.

El primer año fue un borrón. Me limitaba a existir, a esperar que alguien viniera a buscarme, aunque en el fondo sabía que no pasaría. Mi madre no tenía familia viva, y del lado de mi padre nadie quiso saber nada. Así que me quedé en aquel lugar. Pequeña, sola, observando el mundo desde una ventana empañada.

Y entonces apareció Jace.

Recuerdo la primera vez que lo vi. Estaba sentado en el patio, con un corte en el labio y la mirada desafiante. Tenía once años y una expresión que decía "no me jodas" incluso sin hablar. Al principio me dio miedo. Luego me dio curiosidad. En el orfanato, todos aprendíamos a leer a la gente rápido: quién te iba a robar la cena, quién iba a traicionarte y quién simplemente quería sobrevivir. Y él… él era distinto.

Un día me defendió. Un chico mayor me había quitado el postre, y antes de que pudiera hacer nada, Jace ya le había plantado cara. Le rompió el labio, lo cual le valió una semana de castigo, pero cuando volvió, se sentó a mi lado como si nada. Me ofreció la mitad de su pan duro y me dijo que ahora éramos un equipo.

Desde entonces, lo fuimos. Compartíamos todo: la comida, los secretos, las pequeñas escapadas nocturnas al tejado donde mirábamos las estrellas y hablábamos de lo que haríamos cuando saliéramos de allí. Yo le decía que quería ver el mar; él, que soñaba con tener un coche y conducir hasta perderse. Éramos dos niños rotos prometiéndose libertad.

A medida que crecimos, el vínculo se volvió más fuerte. Nos defendíamos mutuamente, como si uno no pudiera respirar sin el otro. En el orfanato decían que éramos una mala influencia el uno para el otro, pero nunca entendieron que, en realidad, éramos lo único bueno que teníamos.

Cuando cumplí dieciséis, intentaron separarnos. Querían enviarme a una casa de acogida y dejarlo a él atrás. Me negué. Me escapé. Jace me encontró esa misma noche, temblando detrás del edificio, y me dijo algo que nunca olvidé.

—*Si no nos quieren juntos, nos buscaremos fuera.*

Y lo hicimos.

A los dieciocho y veinte años, cuando él consiguió su primer trabajo como vigilante, alquilamos un apartamento diminuto. Tenía goteras, el agua salía marrón y el ruido de los trenes pasaba justo por debajo, pero era nuestro.

Comíamos pasta tres veces por semana, bebíamos café barato y nos reíamos de todo. Éramos libres, aunque pobres. Y eso bastaba.

Con el tiempo, las cosas se complicaron. Jace encontró trabajo de seguridad en un local nocturno, y yo empecé como camarera en un bar de mala muerte. La vida no era fácil, pero al menos estábamos juntos. Y eso me mantenía de pie.

Había noches en las que hablábamos hasta el amanecer. De lo que habíamos perdido, de lo que queríamos construir. Él decía que yo era demasiado impulsiva, que hablaba antes de pensar. Yo le respondía que él era demasiado serio, que necesitaba reír más. Entre broma y broma, nos salvábamos. Sin darnos cuenta, nos convertimos en familia.

A veces, cuando la tristeza me ahogaba, me acurrucaba en el sofá con una manta y el colgante entre los dedos.

—*¿Crees que estarían orgullosos de mí?* —le preguntaba.

—*Sí* —decía él sin dudar—. *Has sobrevivido. Y eso ya es más de lo que muchos logran.*

Y tenía razón. Pero sobrevivir no siempre era suficiente.

No hablaré de lo que vimos aquella noche en Nueva York. Solo diré que cambió todo. Que, después de eso, ya no podíamos quedarnos. Jace fue quien dijo que debíamos marcharnos, que era la única manera de empezar de cero. Yo no quería huir otra vez, pero cuando miré sus ojos, los mismos que me habían salvado de niña, supe que tenía razón.

Así que lo dejamos todo. Trabajos, pasado. Cogimos las pocas pertenencias que teníamos, sacamos todos los ahorros de nuestras cuentas, que no eran muchos, y cogimos el coche de Jace para irnos del que había sido nuestro hogar desde que llegamos al mundo. Ya simplemente éramos Riley Carter y Jace Morrison. Dos desconocidos en busca de un lugar tranquilo donde nadie hiciera preguntas. Y ese lugar, según él, era Minden, Nebraska.

No sabía casi nada del pueblo, salvo que lo llamaban *"Nebraska's Christmas City"*. Un sitio donde la Navidad empezaba antes de tiempo y todo

el mundo sonreía. A mí aquello me sonaba a cuento, pero Jace parecía convencido de que allí podríamos pasar inadvertidos. Así que lo seguí, como siempre.

El paisaje cambió poco a poco. Habíamos conducido durante horas, dejando atrás la ciudad, los rascacielos, el ruido constante. El cielo se extendía gris y pesado sobre la carretera. El frío empañaba las ventanillas, y el sonido del motor se mezclaba con el del viento golpeando los cristales.

Yo iba callada, con la mirada perdida en el horizonte. Tenía los dedos enredados en el colgante, girándolo entre ellos, como si en él pudiera encontrar respuestas. A veces me descubría recordando la voz de mi madre tarareando una canción sin letra. O la forma en que mi padre me subía sobre sus hombros para ver los fuegos artificiales. Recuerdos que dolían y reconfortaban al mismo tiempo.

Jace conducía con esa calma suya que siempre me desesperaba y me tranquilizaba a la vez.

—¿Estás bien? —me preguntó, sin apartar la vista de la carretera.

—Sí —mentí.

—No es verdad, pero vale —respondió, y sonrió apenas.

El silencio volvió, cómodo, lleno de cosas que no necesitábamos decir.

Apreté el colgante y respiré hondo. Quería creer que todo esto tenía sentido. Que no estábamos huyendo, sino buscando algo mejor. Pero en el fondo, sabía que el pasado no desaparecía solo porque cambiases de lugar.

Capítulo 2



Riley

Estaba tan perdida en mis pensamientos que no me di cuenta de que el paisaje había cambiado otra vez. Los campos nevados se extendían a los lados, y las luces a lo lejos empezaban a multiplicarse. Entonces Jace dijo, con una voz que tenía un punto de alivio:

—Riley, estamos llegando.

Parpadeé, como si despertara de un sueño. Fuera, un cartel anunciaba *"Bienvenidos a Minden, Nebraska"*. El aire parecía más limpio y el cielo más claro. Por un instante, todo pareció detenerse.

Jace me miró de reojo y añadió, con una sonrisa tranquila:

—Todo irá bien, ¿vale?

Yo asentí, aunque por dentro una parte de mí seguía dudando.

—Ojalá tengas razón —murmuré.

Y mientras el coche se adentraba en aquel pequeño pueblo adornado con luces tempranas de Navidad, volví a tocar el colgante de mi madre.

Porque, si algo había aprendido en todos esos años, era que a veces la única forma de seguir adelante era fingir que creías en los milagros.

Nunca había estado en un sitio como Minden. El cartel de bienvenida estaba decorado con guirnaldas rojas y verdes, aunque todavía era principios de noviembre. Pequeñas luces blancas bordeaban las letras, y debajo, una frase pintada a mano decía: *"Nebraska's Christmas City"*. No sabía si reír o sentirme intimidada.

El coche avanzaba lentamente por la carretera principal. Las casas, todas parecidas, con tejados inclinados y chimeneas humeantes, parecían sacadas de una postal. Había copos de nieve pegados a las farolas, muñecos de Santa Claus en los jardines y coronas de pino colgadas en las puertas. Era como si alguien hubiera decidido vivir dentro de una película navideña… y lo hubiera conseguido.

A mi lado, Jace sonreía mientras conducía, como si todo aquello le diera cierta paz.

—¿Lo ves? —dijo, señalando una hilera de luces que cruzaba la calle principal—. Te dije que te gustaría.

—Todavía no he dicho eso —respondí, aunque no pude evitar sonreír también.

El aire se veía limpio, brillante, casi transparente. Las calles estaban ordenadas, los escaparates decorados con cintas doradas y muñecos de reno. Un grupo de niños pasaba corriendo con gorros de lana, lanzándose bolas de nieve, y sus risas resonaban como campanillas.

En Nueva York, la Navidad era puro artificio: luces en los escaparates, música repetitiva y prisas. Pero allí… allí se sentía diferente. Más sincera, más humana. Como si el pueblo entero respirara al compás de esa festividad.

Mientras pasábamos por el centro, un enorme árbol de Navidad ya estaba siendo montado en la plaza. Un hombre subido a una escalera colgaba adornos mientras otros colocaban una tarima alrededor. En una esquina, una pastelería exhibía galletas con forma de copo de nieve y pastelillos con glaseado rojo. El olor a canela se colaba incluso dentro del coche.

—Vale, admito que tiene encanto —dije finalmente, y Jace soltó una risa baja.

—Sabía que lo dirías.

Seguimos conduciendo hasta que el GPS del coche, que a veces parecía más testarudo que útil, indicó que habíamos llegado a nuestro destino: *"Willis Inn – Bed & Breakfast"*.

El edificio era de dos plantas, con fachada de madera pintada de blanco y contraventanas verdes. Un porche rodeaba la entrada, adornado con guirnaldas de pino, lazos rojos y un par de farolillos encendidos. En el aire flotaba ese olor a chimenea que siempre asocié con los inviernos que nunca tuve.

Aparcamos justo delante. Me quedé un instante mirando el lugar, tratando de imaginar cómo sería vivir allí, aunque solo fuera unos días. Parecía un refugio, un sitio donde el mundo no dolía tanto.

—Vamos —dijo Jace, abriendo su puerta.

El aire frío me golpeó el rostro en cuanto bajé. Inspiré hondo. Había algo en aquel frío que me despejaba, como si pudiera borrar los restos de la ciudad que todavía llevaba pegados. Caminamos hacia la entrada y, antes de que pudiéramos llamar, la puerta se abrió.

Apareció una mujer de unos cincuenta y tantos años, con el cabello castaño corto, en media melena, salpicado de mechones grises. Tenía unos ojos verde grisáceos tan vivos que parecía que pudieran ver más de lo que mostrabas. Sonreía, pero su mirada analizaba.

—¡Bienvenidos al *Willis Inn*! —dijo con una calidez que me descolocó—. Sois Riley y Jace, ¿verdad?

Asentí, intentando devolverle la sonrisa sin parecer sospechosa.

—Sí, eso es.

—Encantada. Soy Helen Willis. —Nos tendió la mano, primero a mí y luego a Jace—. Tenía todo preparado. No solemos recibir muchos huéspedes antes de Acción de Gracias, pero cuanto antes se empieza con la Navidad, mejor, ¿no?

Su tono tenía un toque de humor, y algo en su forma de hablar me resultó… acogedor. Como una manta que no sabías que necesitabas hasta que te cubría.

Nos condujo al interior. El hall era amplio, con suelos de madera brillante y una enorme chimenea encendida. Había una corona colgada sobre el marco de la puerta, y una melodía suave sonaba desde una vieja radio en la esquina. El olor a canela y a café recién hecho impregnaba el aire.

—Espero que no os importe la decoración —comentó Helen mientras caminábamos—. Me gusta empezar pronto. Aquí la Navidad se vive con pasión.

—Ya lo hemos notado —respondió Jace, sonriendo.

—Vais a estar en la segunda planta —añadió ella, subiendo las escaleras—. Dos habitaciones contiguas, con baño propio y una puerta que las comunica en el centro. Ideal si venís juntos.

Asentí, aunque sentí un pequeño nudo en el estómago. “Ideal”, pensé. Bueno, al menos no tendría que preocuparme de dormir sola en un sitio nuevo.

Cuando llegamos, Helen abrió ambas puertas.

El interior era tan acogedor que por un momento me olvidé de por qué estábamos allí.

Las paredes estaban pintadas en tonos crema y verde musgo, la cama cubierta por una colcha de lana gruesa, y las cortinas dejaban pasar una luz dorada que hacía brillar las partículas de polvo en el aire. Había una mesilla con una lámpara de pantalla roja, un pequeño escritorio junto a la ventana y, justo al lado, la puerta que llevaba a la habitación de Jace.

En la suya, desde la puerta, se veía un diseño similar: rústico, cálido, perfecto para una postal. Helen nos explicó los horarios del desayuno, el funcionamiento de la calefacción y los servicios del hostal.

—Y si necesitáis algo, lo que sea, solo tenéis que llamarme —añadió con una sonrisa. Luego, con una mirada que duró un segundo más de lo normal, dijo: —. No sois de por aquí, ¿verdad?

Me tensé, pero Jace respondió antes de que yo dijera nada.

—No, solo estamos de paso. Buscábamos un sitio tranquilo.

Helen asintió despacio, sin perder la sonrisa.

—Pues habéis encontrado el lugar perfecto. Minden es tranquilo… aunque en Navidad nadie duerme mucho. —Soltó una risita y se dirigió a las escaleras—. Os dejo descansar.

Cuando la puerta se cerró, me dejé caer en la cama con un suspiro. El colchón se hundió bajo mi peso y, por primera vez en días, sentí una leve sensación de alivio.

Desde la otra habitación, oí la voz de Jace:

—¿Todo bien?

—Sí —respondí, sin abrir los ojos—. Solo cansada.

—Descansa. Mañana empezamos de nuevo, ¿eh?

Asentí, aunque sabía que no podía verme. El silencio llenó el espacio entre ambas habitaciones. Solo se oía el crepitar de la chimenea del piso de abajo y el suave murmullo del viento contra la ventana.

Miré el techo, siguiendo con la vista las sombras que proyectaba la lámpara. Todo parecía demasiado perfecto, demasiado en calma. Y, sin embargo, dentro de mí, el caos seguía latiendo.

Pasé la mano por el colgante. Lo saqué de debajo del jersey y lo observé a la luz tenue. La piedra azul brillaba suavemente, como si aún guardara la luz de otro tiempo. Recordé las manos de mi madre colocándolo en mi cuello cuando era pequeña. “Para que siempre encuentres el camino de vuelta”, me había dicho.

Inspiré despacio, conteniendo la emoción que subía por la garganta. A veces, me preguntaba si realmente había un camino de vuelta para mí. O si solo estábamos dando vueltas, Jace y yo, intentando engañar al destino.

Giré la cabeza hacia la puerta que comunicaba nuestras habitaciones. Detrás de ella, él también estaría tumbado, probablemente mirando el techo igual que yo, pensando en todo lo que habíamos dejado atrás.

Cerré los ojos. El cansancio me pesaba, pero mi mente seguía despierta. Pensé en cómo habíamos llegado hasta allí, en todo lo que habíamos sobrevivido. Y por primera vez en mucho tiempo, tuve una chispa de esperanza. Pequeña, casi invisible, pero real.

Quizás, solo quizás, esta vez sí pudiéramos empezar de nuevo.

Suspiré, dejé que el colgante descansara sobre mi pecho y murmuré en voz baja, más para mí que para nadie:

—Ojalá tengas razón, Jace… ojalá todo salga bien.

Y entonces, el sueño me fue envolviendo poco a poco, mientras fuera, en el corazón del pueblo, las primeras luces navideñas comenzaban a brillar.

Capítulo 3



Riley

A la mañana siguiente, el sol se colaba por la ventana de la habitación como un hilo de oro entre las cortinas. El aire olía a café recién hecho y a nieve húmeda. Me levanté despacio, todavía con esa sensación de estar en un lugar que no me pertenecía. El silencio del hostal era tan distinto al ruido constante de la ciudad que casi me incomodaba.

Después de una ducha caliente, me vestí con unos vaqueros ajustados, un jersey de lana gris y mi abrigo largo de piel sintética. Cuando salí al pasillo, Jace ya estaba esperándome, apoyado en la pared con un vaso de café en la mano y esa sonrisa suya de "ya he planeado el día por ti".

Jace era alto, de metro ochenta. Tenía el cabello castaño oscuro, recortado de forma muy práctica. Sus ojos eran de un bonito color avellana y su piel ligeramente bronceada. Su cuerpo era fibroso, dado el trabajo anterior que tenía. Era leal y protector conmigo, serio, pragmático, y tenía buen sentido del humor, aunque menos sarcástico que el mío, que todo había que decirlo.

—Buenos días, dormilona. —Me tendió un vaso—. Helen dice que el desayuno está abajo, pero pensé que preferirías café antes de enfrentarte a la gente.

—Me conoces demasiado —respondí, aceptándolo.

—Deberías darme las gracias más a menudo. —Sonrió.

—Deberías dejar de hablar antes de que se te congele la lengua.

Él soltó una risa mientras bajábamos. Entramos en el salón y el aroma del café y los bollos recién hechos, así como el pan tostado, hizo que mi estómago rugiera y Jace sonriera de medio lado. Nos acomodamos y Helen saludó con esa amabilidad que había mostrado el día anterior.

Desayunamos mejor que nunca, eso debía admitirlo, y a pesar de todo lo que había dando vueltas en mi cabeza, no podía esperar a conocer el pueblo.

Una vez en recepción, Jace abrió la puerta principal. El aire frío de Minden nos envolvió al instante, picando en la piel como agujas de hielo. Pero era un frío distinto, más limpio, más puro. La calle estaba cubierta por una fina capa de nieve que crujía bajo las botas. El cielo, despejado, parecía inmenso.

—Venga, vamos a echar un vistazo al pueblo —dijo Jace, y asentí, ajustándome el abrigo.

Minden era pequeño, pero encantador. Las casas de madera con techos inclinados parecían salidas de una postal antigua. Las calles olían a pan recién hecho y a leña. En casi todas las ventanas colgaban guirnaldas, y en los escaparates se veían adornos rojos, renos de peluche y bolas de cristal.

Pasamos frente a una librería diminuta con un cartel que decía *"Historias para todas las edades"*. Luego, una tienda de antigüedades con una bicicleta vieja en el escaparate y una floristería que ya exhibía coronas de acebo. Cada comercio parecía tener una historia, un trocito de ese espíritu navideño que impregnaba el aire.

—¿Sabes? —dije, mientras caminábamos—. No recuerdo la última vez que vi un sitio así.

—Te pega —respondió Jace.

—¿Minden?

—No, la Navidad. —Me miró de reojo—. Cuando no estás enfadada con el mundo, pareces alguien que ama todo esto.

—¿Te refieres a luces, canciones empalagosas y gente feliz sin motivo?

—Exacto.

—Entonces no. —Sonreí, y él negó con la cabeza.

Seguimos caminando el resto de la mañana sin prisa, conociendo el pueblo, perdiendo la noción del tiempo, hasta que un letrero llamó mi atención. *"Hawthorne's Bar & Grill"*. Estaba en una esquina, con una fachada de ladrillo oscuro y grandes ventanales decorados con luces. Por dentro se veía cálido, lleno de movimiento y conversación.

—Parece un buen sitio para comer —dije.

—Perfecto —respondió Jace—. Estoy famélico.

Al entrar, el calor me envolvió al instante. El bar olía a madera, cerveza y especias. Había mesas de madera pulida, un gran árbol de Navidad en el rincón y una barra larga iluminada por luces doradas. Sonaba una canción suave de fondo, y la risa de la gente llenaba el ambiente.

Detrás de la barra, una mujer rubia de unos treinta años se movía con energía, sirviendo copas y saludando a todo el mundo. Tenía los ojos grises, vivos, y una sonrisa contagiosa.

—¡Buenas tardes! —nos saludó cuando nos vio acercarnos—. No os había visto antes por aquí.

—Recién llegados —dijo Jace.

—Entonces, bienvenidos a Minden. Soy Emma Hawthorne, la dueña de este pequeño caos. —Nos ofreció una sonrisa sincera—. Coged mesa donde queráis.

Nos sentamos cerca de la ventana. Poco después se acercó una camarera con el cabello castaño claro y pecas suaves en la nariz.

—Hola, soy Sara, ¿qué os pongo?

—Lo que recomiendes —respondí, aún observando el ambiente.

—Entonces, probad la sopa del día y el pastel de carne. Emma lo prepara ella misma. —Nos guiñó un ojo y se fue.

Mientras esperábamos, no pude evitar mirar alrededor. Había dos camareros detrás de la barra: uno rubio, sonriente y charlatán y otro moreno, más serio, que parecía observarlo todo sin decir mucho.

Todos parecían conocerse. Se reían, se hablaban por los apodos, se ayudaban sin pedirse nada. En Nueva York, la gente no era así. Allí, cada uno miraba por sí mismo.

Emma se acercó con una jarra de agua.

—¿Así que estáis de paso por aquí? —preguntó con naturalidad.

—Algo así —respondió Jace—. Hemos venido a pasar las fiestas. Unas vacaciones merecidas.

—Oh, entonces habéis elegido bien. Aquí la Navidad es algo serio —dijo ella, con una sonrisa orgullosa—. Desde principios de noviembre el pueblo entero se vuelca. Tenemos desfile, mercadillo, villancicos… Si no os gusta la Navidad, os acabaréis contagiando.

—Ya veremos —dije, intentando sonar amable.

—Bueno, espero que os quedéis hasta Fin de Año. —Nos dejó las bebidas —. Es cuando Minden brilla de verdad.

—Ese es el plan —confirmó Jace.

La mujer asintió satisfecha y volvió a la barra.

La comida llegó enseguida. La sopa humeante tenía un olor delicioso, y el pastel de carne era lo mejor que había probado en años. No recordaba la última vez que algo me supiera tan a hogar.

Jace me observaba mientras comía, y cuando dejé el tenedor un momento, dijo:

—Te ha sentado bien venir.

—¿A ti también te gusta fingir? —bromeé.

—No finjo. —Bebió un sorbo de agua—. Solo digo que llevas demasiado tiempo viviendo como si el mundo te debiera algo.

—¿Y no me lo debe? —repliqué, sin alzar la voz.

Él me sostuvo la mirada.

—No. Y a mí tampoco. Pero seguimos aquí. Eso ya es algo.

Aparté la vista. A veces odiaba que tuviera razón.

Durante un rato comimos en silencio. El murmullo del bar llenaba los huecos. Sara pasó por nuestra mesa para preguntar si todo estaba bien, y Jace le respondió con una sonrisa cortés. Yo asentí, pero mi mente ya estaba lejos.

—No puedo dejar de pensar en… —Empecé, sin querer.

Jace me miró al instante, tenso.

—Riley… no.

—Solo digo que… —Suspiré—. Que esa noche…

—Shh. —Su tono fue firme, pero no duro. Puso una mano sobre la mía, cálida, sólida—. Aquí no. Ahora no, Riley.

Bajé la mirada. Su toque bastó para callarme, pero no para detener el torbellino en mi cabeza.

El pasado seguía ahí, acechando. Cada vez que cerraba los ojos veía luces, escuchaba gritos, sentía el miedo. Era imposible olvidar.

—Lo intento, Jace —dije en voz baja—. De verdad que lo intento.

—Lo sé —susurró—. Pero prométeme que dejarás de castigarte por lo que no pudiste evitar.

No respondí. A veces, las promesas eran solo palabras vacías.

Después de comer, Emma volvió con una sonrisa.

—¿Todo a vuestro gusto?

—Perfecto —respondió Jace.

—Me alegro. Si queréis, mañana tenemos noche de karaoke. Todo el pueblo viene. —Nos miró con picardía—. No acepto excusas.

Reí suavemente.

—Lo pensaré.

—Hazlo —dijo ella antes de marcharse a atender otra mesa.

La observé un momento. Era imposible no sentirse contagiada por su energía. Había algo en esa mujer que llenaba el lugar de vida. Pensé que debía de ser difícil no quererla.

Cuando salimos del bar, el aire frío me devolvió a la realidad. El sol se escondía detrás de los tejados, tiñendo el cielo de naranja.

Jace metió las manos en los bolsillos.

—Te dije que no estaría tan mal.

—Aún es pronto para cantar victoria.

—No te hagas la dura. Te ha gustado —dijo, y sonreí sin querer.

—Tal vez un poco.

Caminamos un rato en silencio, dejando que el viento helado nos despejara la cabeza. A pesar del frío, había algo en ese lugar que empezaba a ablandarme. Quizás era el olor a pan, o las risas que salían de las tiendas, o la forma en que la nieve caía lentamente, sin prisa.

Por primera vez en mucho tiempo, me sentí… casi tranquila. Pero solo casi.

Caminamos sin rumbo un rato, con las manos en los bolsillos y el aliento dibujando pequeñas nubes en el aire.

—Podríamos echar un vistazo a la tienda de ropa que vimos antes —dijo Jace, mirando hacia una esquina donde un escaparate exhibía abrigos y bufandas tejidas a mano—. No tienes ropa suficiente para pasar el invierno aquí.

—No me apetece —respondí, encogiéndome de hombros—. Ve tú si quieres. Yo prefiero dar una vuelta.

Jace me observó unos segundos, como si quisiera leerme la mente. Al final, asintió.

—Vale. Pero no desaparezcas mucho. Este pueblo parece tranquilo, pero ya sabes cómo eres tú con los problemas.

—¿Qué insinúas? —pregunté con una sonrisa ladeada.

—Que los atraes como un imán.

Reí y lo empujé suavemente con el hombro.

—Ve a comprar tu maldito abrigo, papá pato.

—Nos vemos en el hostal en una hora. —Se inclinó un poco y me dio un beso en la frente, un gesto que me desarmó por completo.

—Ten cuidado, Jace.

—Siempre lo tengo. —Me sonrió, se dio la vuelta y se alejó calle abajo.

Lo observé marcharse, contemplando su figura alta difuminándose entre la gente que iba y venía. Cuando desapareció, me quedé un momento quieta, respirando el aire frío, intentando ordenar mis pensamientos. Luego metí las manos en los bolsillos del abrigo y empecé a caminar sin rumbo fijo.

Las calles de Minden parecían aún más bonitas bajo la luz invernal. Los escaparates se llenaban de adornos navideños: estrellas, copos de nieve, guirnaldas. Los niños corrían entre las aceras, riendo, con gorros de lana que les cubrían las orejas. Algunos adultos decoraban las fachadas de sus tiendas, colgando luces o colocando árboles pequeños junto a las puertas.

Pasé frente a una panadería, y el olor a canela y pan recién hecho me obligó a detenerme. Una pareja mayor discutía con cariño sobre cuántas luces poner en su escaparate, y un grupo de adolescentes se lanzaba bolas de nieve en la esquina. Todo era tan… normal.

Y yo, por primera vez en mucho tiempo, no lo era.

Caminé despacio, disfrutando del paisaje, intentando dejar atrás los pensamientos que me perseguían. Me subí la bufanda hasta la nariz: el aire era tan frío que parecía colarse por la piel y quedarse dentro de los huesos.

Me crucé con varios vecinos que me saludaron con una sonrisa amable como si me conocieran de toda la vida. Respondí con un gesto, algo torpe todavía. No estaba acostumbrada a ese tipo de cercanía. En Nueva York, si alguien te sonreía por la calle, probablemente quería venderte algo o robarte. Pero allí… parecía simplemente educación.

Me detuve en un cruce. Había un camión de reparto aparcado en la esquina, con el motor encendido. Un hombre bajaba cajas mientras silbaba una melodía. Me quedé mirando las luces que colgaban del otro lado de la calle, las que habían empezado a encenderse, aunque aún no había oscurecido del todo.

Fue entonces cuando lo oí: el sonido del motor acelerando.

Todo ocurrió en cuestión de segundos. El camión arrancó de golpe, el conductor sin mirar, y yo, idiota de mí, empecé a cruzar sin fijarme. Oí un

grito a lo lejos, el chirrido de los neumáticos sobre la nieve… y luego unas manos fuertes me agarraron por la cintura.

El mundo giró. Sentí que me tiraban hacia atrás, que mi cuerpo chocaba contra algo sólido, cálido, firme. El aire se escapó de mis pulmones y, de pronto, estaba tumbada sobre alguien, con la nieve cayendo a nuestro alrededor como confeti helado.

Tardé un segundo en reaccionar. Mi corazón latía tan fuerte que casi dolía. Mis manos se aferraban a la chaqueta gruesa de aquel desconocido.

Y entonces oí su voz.

—¿Está bien? —ronca, grave, con ese timbre que se te metía bajo la piel y se quedaba ahí.

Abrí los ojos, y juro que en ese instante el tiempo pareció detenerse.

Tenía el rostro justo bajo el mío, tan cerca que podía sentir su respiración en mis labios. Era alto, de hombros anchos, con el cabello oscuro salpicado de gris en las sienes y una barba de tres días perfectamente descuidada. Sus ojos, Dios, sus ojos, eran de un azul verdoso tan intenso que por un momento pensé que me había golpeado la cabeza y estaba soñando.

Tragué saliva. El corazón me latía en los oídos.

—¿Está bien? —repitió él, más despacio, con una voz un poco más suave esta vez.

No respondí. No podía. Solo lo miraba, aturdida, con la sensación absurda de que, si me movía, todo desaparecería.

—Señorita… —dijo, arqueando una ceja.

Y entonces, sin pensar, las palabras salieron solas:

—Con usted, mejor que nunca.

Él soltó una risa baja, de esas que te recorrían la piel. Su sonrisa se curvó ligeramente por un lado, y fue la sonrisa más descaradamente sexy que había visto jamás.

Sentí cómo el calor me subía por el cuello, a pesar del frío. Me di cuenta, con un rubor ridículo, de que seguía encima de él. Sus manos seguían firmes en mi cintura, grandes, fuertes, seguras. Y su cuerpo… su cuerpo era una maldita roca bajo el mío, irradiando calor.

Intenté incorporarme, pero no lo hice demasiado rápido. En parte porque no podía moverme, y en parte porque, por alguna razón que no entendía, no quería hacerlo.

Capítulo 4



Cole

La campana de la tienda sonó cuando empujé la puerta con el hombro. Dentro olía a madera, a pienso y a café recién hecho. El suelo crujía bajo mis botas, y el viejo Tom Hendricks, dueño del local desde que tengo memoria, levantó la vista desde el mostrador.

—Buenos días, sheriff —saludó, quitándose el sombrero—. Ya tengo preparado el pedido para tu madre: pienso para las gallinas, algo de forraje y las lámparas de calor que pidió para los corderos.

—Perfecto, Tom —respondí mientras me quitaba los guantes—. Añade también un par de sacos de maíz. Dijo que las gallinas están poniendo menos y cree que es por el cambio de pienso.

Tom soltó una carcajada baja.

—Tu madre sabe más de gallinas que yo, y mira que llevo toda la vida con ellas.

—Ya lo sé. Pero también sabe que me gusta discutir con ella de vez en cuando, así que mejor hazme caso y apunta el maíz.

El viejo meneó la cabeza, divertido, y empezó a anotar. Mientras tanto, yo me apoyé en el mostrador, observando la luz gris que se colaba por los ventanales. Fuera, el cielo parecía cargado de nieve. Noviembre en Minden

siempre traía ese olor metálico en el aire, esa sensación de que el invierno estaba esperando su turno detrás de la colina.

Pagué, charlamos un par de minutos sobre la feria navideña que se acercaba y, cuando todo estuvo listo, me coloqué el sombrero.

—Dale recuerdos a Maggie —dijo Tom cuando me encaminé hacia la puerta.

—Lo haré. Y no dejes que te timen con el precio del forraje, ya sabes cómo es Miller cuando huele una oportunidad.

—Tendré cuidado, sheriff.

Le dediqué una sonrisa de medio lado y salí al frío.

El aire helado me golpeó el rostro en cuanto crucé la puerta. Me subí el cuello de la chaqueta, ajusté el cinturón y caminé despacio hacia donde tenía aparcada la camioneta. Las botas crujían sobre la fina capa de nieve que empezaba a cubrir el asfalto.

Todo era rutina. Y en mi vida, la rutina era lo más parecido a la paz.

Pero entonces, algo me detuvo. No sabría decir qué fue exactamente: un cambio en el viento, un presentimiento o quizá esa clase de instinto que te ponía en alerta antes de que entendieras por qué. Y giré la cabeza hacia la derecha.

Allí, al otro lado de la calle, una mujer estaba llegando al paso de cebra. Llevaba un abrigo largo color crema, botas altas y una bufanda gruesa que le cubría medio rostro. El gorro de lana dejaba asomar algunos mechones de cabello oscuro, y, aun así, incluso vestida hasta el cuello, se notaba que tenía un cuerpo de curvas firmes, de esos que se adivinaban más que se veían.

No la había visto antes en el pueblo. Y Minden no era precisamente un lugar donde uno se cruzara con desconocidos cada día.

Fijé la mirada en ella un segundo más. Parecía distraída, mirando hacia el otro lado, como si algo en el cielo le hubiera robado los pensamientos.

Entonces miré hacia su izquierda.

Un camión de reparto bajaba la calle, más rápido de lo que debería. Reconocí el vehículo: era uno de los Smith, y por la forma en que conducía, supe que era el joven Ben.

Mi cuerpo reaccionó antes de que mi cerebro lo hiciera.

—¡Eh! —grité mientras avanzaba—. ¡Señorita!

Ella no me oyó. El camión seguía acercándose.

—¡Oiga! —empecé a correr.

El conductor tampoco se había dado cuenta. Maldita sea.

Los segundos se alargaron. El ruido del motor creció, y ella dio un paso más hacia el asfalto. Corrí los últimos metros, el corazón latiendo con fuerza. Cuando estiré la mano y la agarré por la cintura, el camión pasó justo frente a nosotros, tan cerca que sentí el aire desplazado por la carrocería.

Y caímos al suelo. Ella sobre mí. Yo contra el suelo helado.

Durante un momento, el mundo quedó en silencio. Solo se oía mi respiración, entrecortada, y el sonido leve de la nieve cayendo.

Abrí los ojos y la vi.

Tenía el rostro justo encima del mío. Sus labios estaban entreabiertos, los ojos muy abiertos, de un verde grisáceo que parecía cambiar con la luz. La bufanda se le había movido, dejando ver la piel clara de sus mejillas, sonrosadas por el frío… o por la sorpresa.

—¿Está bien? —le pregunté, con la voz más ronca de lo habitual.

No respondió. Simplemente me miraba, como si estuviera viendo a través de mí.

—¿Está bien? —repetí, pero ella seguía allí, callada, mirándome como si no me viera en realidad.

—Señorita… —insistí.

Sus pestañas temblaron un poco, y entonces dijo, con voz baja y temblorosa:

—Con usted, mejor que nunca.

No pude evitarlo. Sonreí.

No sabía si fue por el susto, por la adrenalina o porque aquella mujer tenía una forma de mirarme que desarmaba cualquier defensa. Pero sentí algo extraño, una corriente cálida en medio del hielo.

Vi cómo se sonrojaba, cómo intentaba moverse sin conseguirlo, y entonces me di cuenta de que mis manos seguían sujetas a su cintura. La tela del abrigo era suave, pero debajo… debajo había curvas que mi cuerpo notaba demasiado cerca.

Demasiado.

El instinto me hizo apretar un poco más. No debería haberlo hecho, pero lo hice. Y entonces lo noté: su respiración acelerada, el calor entre nosotros, la cercanía indecente.

Joder.

—¿Se encuentra bien? —pregunté, intentando sonar profesional, pero mi voz salió más grave, más baja.

Ella asintió, un gesto tan leve que fue apenas imperceptible.

—Sí, sí… estoy bien.

Justo en ese momento, una voz interrumpió la escena.

—¡Dios mío, sheriff! ¡No la he visto! ¡Lo siento muchísimo!

Era Ben Smith. El chaval corría hacia nosotros con la cara blanca como la nieve.

Ella se movió, intentando incorporarse, y la sensación de su cuerpo separándose del mío me dejó… vacío, por decirlo de algún modo.

Ben la ayudó a ponerse en pie, y yo fruncí el ceño sin saber exactamente por qué. No sabía si estaba molesto por haber perdido el contacto de su cuerpo sobre el mío… o porque el imbécil de Ben casi la había atropellado.

Me levanté despacio, sacudiéndome la chaqueta.

—Ben, ¿quieres explicarme qué demonios ha pasado? —pregunté con voz firme.

—Lo siento, sheriff —balbuceó el chico, con las manos levantadas—. Estaba mirando la radio y no la vi hasta el último momento.

—Podrías haberla matado. —Me acerqué un paso—. Y de paso, podrías haberte cargado el camión.

—Lo sé, lo sé. No volverá a pasar.

La mujer, a su lado, levantó una mano en un gesto conciliador.

—No pasa nada. Yo también estaba distraída, pensando en mis cosas.

Giré la cabeza hacia ella. Su voz era suave, un poco ronca, como si cada palabra saliera envuelta en algo que no podía definir.

Ben asintió con torpeza.

—De verdad, lo siento, sheriff.

—Más te vale tener más cuidado, Smith. Cualquier día vas a provocar una desgracia.

—Sí, señor. Lo tendré. —Subió al camión, todavía nervioso, y se alejó calle abajo.

Cuando el ruido del motor se perdió en la distancia, volví a mirar a la mujer.

Estaba mirándome también. Y juro que, por un momento, el mundo se redujo a sus ojos. Había algo en ellos… una tristeza oculta, o quizá una historia que aún no quería contar.

—¿Es usted el sheriff? —preguntó, con una media sonrisa.

Me llevé la mano al ala del sombrero y asentí.

—Así es, señorita.

—Entonces, gracias, sheriff —dijo—. Si no llega a ser por usted, esas ruedas habrían arruinado mis vacaciones.

—Intente ir menos distraída la próxima vez —repliqué, arqueando una ceja —. No siempre hay alguien mirando.

Ella suspiró, y esa sonrisa suya se volvió melancólica.

—Ojalá mi mente me hiciera caso y dejara de pensar tanto.

No supe qué responder. Solo me quedé mirándola, intentando memorizar cada detalle de su rostro.

—Cole Hawthorne —dije finalmente, extendiéndole la mano.

—Riley —respondió ella, estrechándola. Su piel estaba fría por el aire, pero su toque era cálido, suave.

—Encantado, Riley.

—Lo mismo digo, sheriff.

Nos quedamos así un segundo más de lo necesario. Luego solté su mano, aunque mi cuerpo no quería hacerlo.

—Espero verla más a menudo por el pueblo —dije, con una sonrisa leve —, pero preferiría que no volviéramos a acabar los dos en el suelo.

Ella se sonrojó otra vez, mordiéndose el labio.

—Haré lo posible.

Se giró y comenzó a alejarse.

Yo me quedé allí, con las manos en los bolsillos y la respiración aún alterada. La vi caminar hasta desaparecer entre la gente, con el abrigo ondeando ligeramente.

Y sin entender muy bien por qué, sentí una punzada en el pecho, una mezcla de curiosidad y deseo, como si algo dentro de mí hubiera despertado de un letargo de años.

Me coloqué bien el sombrero y miré el punto donde la había perdido de vista.

—¿Quién demonios eres, Riley? —murmuré.

El viento sopló, helado, y me obligó a volver a la camioneta. Pero mientras me subía y arrancaba, su rostro seguía allí, grabado detrás de mis párpados.

Y por mucho que intentara concentrarme en la carretera, supe que ya era tarde. Esa mujer se había metido bajo mi piel.

Y no tenía ni idea de cómo demonios iba a sacarla de allí.

Capítulo 5

Cole

El motor de la camioneta rugía con un sonido grave y familiar. El volante estaba frío al tacto, y durante los primeros metros tuve que mantener los guantes puestos. Fuera, la nieve empezaba a caer con más fuerza, cubriendo las calles y tiñendo el pueblo de un gris blanco que difuminaba los contornos.

Me gustaba conducir por Minden en invierno. El pueblo, visto desde dentro de la cabina, parecía suspendido en otro tiempo: las luces de los escaparates encendidas antes del atardecer, el humo que salía de las chimeneas, los niños que corrían con gorros de colores por la acera. Había algo en todo eso que me anclaba, que me hacía sentir que, a pesar de todo, aún pertenecía a algún sitio.

Pero aquella tarde, mientras el limpiaparabrisas marcaba su ritmo hipnótico, no conseguía apartar una imagen de mi cabeza: los ojos de Riley, ese instante en que me miró sin verme, como si estuviera atrapada entre dos mundos.

Sacudí la cabeza, intentando espantarla. No era momento para distracciones.

Giré hacia la calle principal, donde el tráfico era mínimo. Los carteles del bar de Emma brillaban al fondo, y más allá, la torre del ayuntamiento sobresalía entre los árboles desnudos. El pueblo entero podía recorrerse en quince minutos, pero para mí era más que una suma de calles y casas viejas:

era el lugar donde había crecido, donde había amado, y donde había perdido más de lo que cualquier hombre debería perder.

Mi padre había sido sheriff antes que yo. Y antes que él, mi abuelo. Los Hawthorne llevábamos protegiendo Minden desde que el pueblo era poco más que un puñado de casas junto al río. A veces bromeaban con que el despacho del sheriff venía en el testamento familiar, junto con la vieja escopeta colgada en el salón de mi madre.

No fue exactamente así, pero tampoco muy distinto.

Mi padre murió cuando yo tenía treinta años, en acto de servicio. Aún podía recordar perfectamente el día en que me dieron la noticia: una tarde gris, de esas en las que el cielo parecía hecho de plomo. Un hombre borracho había sacado un arma en el bar de *Miller's Creek*, y mi padre se interpuso. Un disparo. Uno solo. Bastó.

Desde entonces su sombra me había acompañado.

No como una carga, sino como una brújula. Cada vez que dudaba, pensaba en lo que él habría hecho. En lo que habría esperado de mí.

Después de su muerte, mi madre, Maggie, se encargó de la granja. Nunca volvió a casarse. Decía que el amor verdadero solo se vivía una vez, y que lo demás no eran más que ecos. Y, de algún modo, la entendía.

Durante los primeros años como ayudante del sheriff, solía pasar los fines de semana ayudándola con las vacas o arreglando cercas. Aún hoy en día lo hacía cuando tenía tiempo. La granja seguía siendo el corazón de los Hawthorne: la casa de madera, el olor a pan recién hecho, los animales que parecían conocerme desde siempre.

Mi madre nunca se quejó de su vida. Decía que cada arruga en sus manos era una historia, y que no cambiaría ninguna por una piel lisa. A veces pensaba que ojalá tuviera su fortaleza.

Llevaba doce años siendo sheriff. Doce inviernos recorriendo las mismas calles, escuchando los mismos problemas, solucionando los mismos conflictos pequeños que, para la gente de Minden, eran grandes tragedias.

Ser sheriff en un pueblo como este no era como en las películas. No había persecuciones espectaculares ni tiroteos cada semana. Lo nuestro era más bien lidiar con robos de leña, disputas entre vecinos por las lindes o algún adolescente que bebía de más en el lago.

Y, sin embargo, había orgullo en ello. Porque mantener la paz en un lugar donde todos se conocían significaba entender a las personas. Saber cuándo intervenir, cuándo callar, cuándo ofrecer una palabra o una mirada.

A veces me preguntaban si no me cansaba de lo mismo, de la rutina. Yo solía responder que la rutina era lo único que evitaba que uno se desmoronase.

Y en mi caso, era verdad.

El cielo empezó a descargar una nevada más densa. Reduje la velocidad y encendí las luces. En el retrovisor, las luces de las farolas parecían desvanecerse en un velo blanco.

Pensé en la última vez que había nevado así.

De eso habían pasado ya seis años. La noche en que perdí a Claire.

Todavía podía escuchar el chirrido de los neumáticos, el golpe sordo del coche contra el guardarraíl, y el silencio que vino después. No importaba cuánto tiempo pasase: la memoria tenía una forma cruel de conservar los sonidos.

Claire. Mi esposa.

Se había ido demasiado pronto. Demasiado deprisa. Yo conducía. Ella se reía de una de mis bromas. La carretera estaba cubierta de hielo. Y un ciervo cruzó en el momento equivocado.

Aún recordaba su risa apagándose. Su mano soltándose de la mía.

Desde entonces, no hubo más música en el coche. Ni risas. Ni amor.

Solo trabajo, silencios, y un montón de noches vacías que llenaba con el deber o con pieles sin nombre.

El amor, me dije entonces, era una deuda que ya había pagado con creces.

Pero ahora… No. No iba a permitir que una desconocida con bufanda y ojos grises alterara mi equilibrio.

Apreté el volante un poco más fuerte.

La comisaría estaba casi vacía cuando llegué. Ryan, mi mejor amigo y ayudante, estaba inclinado sobre su escritorio, revisando unos informes. Levantó la vista cuando oyó la puerta.

—Mira quién ha decidido aparecer —dijo con una sonrisa burlona—. Pensé que te habías perdido entre los sacos de pienso de tu madre.

—Muy gracioso —respondí, dejando el sombrero sobre el perchero—. ¿Qué tal va la tarde?

—Tranquila. Una denuncia por un gato perdido, una discusión conyugal y un aviso de los Miller porque alguien volvió a dejar la valla del establo abierta. Lo de siempre.

Me senté frente a mi escritorio, encendí el ordenador y empecé a revisar los reportes del día anterior.

—¿Y tú? —preguntó Ryan, dándole un sorbo a su café—. Pareces más callado de lo normal, y eso ya es decir.

—Nada importante.

—¿Nada, o no quieres contarlo?

Le lancé una mirada de advertencia, pero Ryan me conocía demasiado bien para asustarse.

—Vale, vale. Pero si se trata de una mujer, ya sabes que tengo buen oído para esas historias.

Volteé los ojos.

—No se trata de ninguna mujer.

Mentí. O al menos, intenté convencerme de que lo era.

Pasé la siguiente hora revisando papeles, actualizando los partes de tráfico y anotando algunas citas para la semana. Lo mismo de siempre. Pero cada vez que levantaba la vista, algo en mi mente volvía a ella. A Riley.

No sabía por qué me costaba tanto apartarla de mis pensamientos. No la conocía de nada. Solo había cruzado un par de frases con ella, y sin embargo… había algo en su forma de hablar, en cómo había dicho aquello de *"ojalá mi mente me hiciera caso"*.

Como si sus palabras escondieran un peso que yo también entendía demasiado bien.

Ryan me sacó de mis pensamientos golpeando suavemente el escritorio.

—¿Vas a quedarte mirando el vacío todo el día, o piensas ayudarme con los informes de la feria?

Parpadeé, volviendo al presente.

—Sí, claro. Dámelos.

—¿Seguro que estás bien? —insistió.

—Sí. Solo… un poco cansado.

No se lo creyó, pero tampoco insistió.

El resto de la tarde transcurrió en calma. Papeles, llamadas, un café frío olvidado a medio camino del teclado y, aun así, entre cada tarea, su rostro regresaba.

Su olor. Su voz. Esa mirada que parecía haber atravesado más inviernos que los míos.

Apoyé los codos sobre el escritorio y exhalé despacio.

Tal vez no era nada. Tal vez era solo el efecto del susto, del contacto, de la adrenalina.

Pero en el fondo de mi pecho, una voz pequeña, esa que casi nunca solía escuchar, me susurraba que no.

Que algo acababa de empezar.

Capítulo 6



Cole

El reloj del despacho marcaba las siete y media cuando decidí cerrar por ese día. La nieve había seguido cayendo toda la tarde, pero no lo suficiente para bloquear las calles. Ryan se despidió antes que yo, con una palmada en la espalda y su habitual advertencia:

—No te encierres esta noche en casa, colega. Ven al bar de Emma, que hace semanas que no se te ve el pelo por allí.

No le prometí nada, pero en cuanto cerré la puerta de la comisaría, supe que acabaría haciéndole caso.

La brisa fría me golpeó de frente. El aire olía a leña quemada y a pan recién hecho, una mezcla muy típica de Minden cuando el sol empezaba a caer y la gente se recogía en sus casas. Ajusté el abrigo y me coloqué el sombrero antes de subir a la camioneta.

El pueblo estaba en calma, como siempre a esas horas. Solo unas pocas luces iluminaban las ventanas de las tiendas. A medida que conducía, veía a los vecinos saliendo con bolsas o saludando desde los porches. La nieve cubría el suelo como una manta nueva, y las farolas lanzaban destellos dorados sobre ella.

En ese instante, el pueblo me pareció casi perfecto. O, al menos, tan perfecto como un lugar lleno de fantasmas podía parecer.

Giré hacia la calle donde estaba el *Hawthorne's Bar*, el local de Emma. Mi hermana lo había comprado hacía tres años, después de dejar su trabajo en Omaha. Decía que necesitaba "volver a sus raíces" y que el pueblo la había echado de menos. Yo no estaba tan seguro de lo primero, pero de lo segundo no cabía duda: Emma tenía un don para llenar cualquier sitio de vida.

Aparqué frente al bar y me quedé unos segundos dentro del coche, observando las luces de neón reflejadas en el parabrisas. De fondo sonaba una canción de country en la radio, y por un momento me vi tentado de quedarme ahí, en silencio, sin enfrentarme al bullicio ni a las preguntas inevitables de mi hermana.

Pero entonces la puerta del bar se abrió, y el sonido del interior me sacó del trance: risas, música, vasos chocando. Vida.

Suspiré y salí del coche.

El calor me envolvió nada más entrar. El bar estaba casi lleno; los habituales ocupaban sus mesas de siempre. Las luces eran cálidas, las paredes de madera, y el aire olía a cerveza, carne a la parrilla y perfume barato.

—¡Cole! —La voz de Emma sobresalió entre el ruido—. ¡Mira quién ha decidido venir!

Apenas tuve tiempo de responder cuando me abrazó por encima de la barra. Su pelo rubio ceniza me rozó la mejilla, y me recordó a nuestra madre cuando tenía su edad.

—No seas exagerada —murmuré—. Hace solo dos semanas.

—Tres —me corrigió, entrecerrando los ojos—. Y eso en años Hawthorne equivale a abandono emocional.

Sonreí, negando con la cabeza.

—Ponme una cerveza antes de que empieces con la terapia familiar.

—Marchando —respondió ella, divertida, y le indicó a Adam que me sirviera.

Adam era uno de los camareros más antiguos. Jovial, de sonrisa fácil y con una habilidad innata para flirtear con todas las clientas. Me saludó con un gesto y me puso la cerveza delante sin decir palabra. Sabía que no era hombre de muchas charlas.

Me acomodé en uno de los taburetes del extremo, desde donde podía observar el local sin ser el centro de atención. Emma volvió a acercarse, secándose las manos con un trapo.

—Mamá preguntó por ti —dijo en tono casual.

—Ya fui el domingo.

—Lo sé. Pero quiere que la ayudes mañana con el corral. Se le ha atascado la puerta del gallinero otra vez.

—Siempre se le atasca —resoplé, aunque en el fondo me gustaba ir.

—Y además… —Emma bajó un poco la voz—, quiere que le lleves la leña que falta para la chimenea.

—Vale, iré.

Ella asintió satisfecha, como si hubiera conseguido un trato importante.

Emma era la pequeña, yo el mayor. Ella tenía treinta años y yo cuarenta y dos, y a veces sentía que me cuidaba como si no fuera más que un chiquillo de poco más de veinte años en comparación con ella.

Durante unos minutos, el ruido del bar llenó el silencio entre nosotros. Observé a la gente. A los de siempre. Los mismos rostros, las mismas conversaciones sobre el tiempo, el ganado o las decoraciones navideñas que el ayuntamiento empezaría a colocar la semana siguiente.

Y entonces, sin esperarlo, la puerta se abrió. Un golpe de aire helado recorrió el local. Y allí estaba ella. Riley.

Llevaba un abrigo grueso de color crema, el gorro de lana caído hacia un lado y el rostro ligeramente sonrojado por el frío. Cuando se quitó los

guantes, pude ver cómo sus dedos temblaban levemente. Sus ojos recorrieron el lugar con curiosidad y un toque de timidez.

A su lado iba un tipo alto y moreno que no había visto con ella esa mañana, y caminaba con paso tranquilo, seguro, como si nada pudiera perturbarle.

Emma los vio enseguida y sonrió, con ese entusiasmo que solo ella podía fingir tan bien.

—¡Hola! —exclamó acercándose a ellos—. Sois los que habéis comido aquí hoy, ¿verdad?

Riley asintió y sonrió con educación.

—Sí, somos nosotros. El sitio nos encantó.

—Pues bienvenidos de nuevo. Esta noche hay música en directo y la mejor hamburguesa de Nebraska —dijo Emma, orgullosa.

—Suena perfecto —respondió el hombre, echando un vistazo al local.

Yo los observé sin moverme, intentando disimular mi atención. Pero cuando Riley levantó la vista, nuestros ojos se cruzaron.

Fue solo un segundo, pero bastó.

Sentí de nuevo esa punzada en el pecho, esa mezcla de reconocimiento y desconcierto que no sabía explicar. Ella pareció sorprenderse también. Bajó la mirada, sonriendo suavemente, y siguió a Emma hacia una mesa cerca de la ventana.

Durante unos segundos me quedé inmóvil, con la cerveza olvidada entre las manos.

Ryan solía decir que el destino no existe, que lo único que hay son coincidencias. Pero a veces las coincidencias sabían demasiado a propósito.

Riley no era del tipo de mujer que pasaba desapercibida. Y, sin embargo, había algo en ella que parecía querer ser invisible. Esa dualidad me intrigaba.

Vi cómo se quitaba el abrigo, revelando un jersey de punto que se ajustaba a su cuerpo de forma demasiado perfecta para que yo pudiera fingir indiferencia. Tenía el cuello alto, pero el tejido marcaba las curvas justas. El hombre, sentado frente a ella, le dijo algo que la hizo sonreír. No pude oír las palabras, pero la sonrisa… esa sonrisa era distinta a la que me había dedicado en la calle.

Más relajada. Más viva.

Aparté la mirada y di un trago largo. No era asunto mío. No sabía quién era ella ni qué hacía en Minden. Ni si ese hombre era su pareja. Y, sobre todo, no tenía derecho a sentir nada.

Emma regresó a mi lado con una bandeja.

—¿Qué te parece la chica nueva? —dijo con una sonrisilla en los labios.

—¿Qué chica? —pregunté con fingida ignorancia.

—La del abrigo claro. La que casi atropella Ben esta mañana —dijo con una sonrisa traviesa—. Lo sabe medio pueblo ya.

Bufé.

—Ben tiene la lengua más rápida que el camión.

—Y tú tienes una cara que no engaña a nadie —replicó ella—. No me digas que no te ha llamado la atención.

—Emma…

—Vamos, Cole. No sonríes así desde que… —Se interrumpió, y vi el remordimiento cruzarle el rostro.

Desde que Claire murió. No hacía falta decirlo.

—No es nada —murmuré, bajando la vista—. Solo hice mi trabajo.

Ella me observó unos segundos más, pero decidió dejarlo estar. Sabía cuándo seguir y cuándo no.

Me quedé un rato más, mirando el hielo derretirse en el vaso. Ryan apareció un poco después, con su chaqueta abierta y la sonrisa de quien sabía que llegaba en el momento justo.

—Sabía que estarías aquí —dijo, sentándose a mi lado—. No te resistes al olor de las hamburguesas de Emma.

—Ni al alcohol barato —añadí; él rio y pidió lo de siempre.

Mientras hablábamos de tonterías, como el partido del viernes o del viejo tractor de Miller, mi mirada volvía, inevitablemente, hacia la mesa del fondo. Riley y ese hombre hablaban animadamente. Ella gesticulaba con las manos y reía de vez en cuando. Pero también, a ratos, parecía ausente, como si algo la arrastrara lejos incluso cuando estaba presente.

Había en ella una mezcla de fuerza y fragilidad que me desarmaba.

Ryan siguió mi mirada y soltó un silbido bajo.

—¿La del abrigo claro? —preguntó, pero no respondí—. Muy guapa. ¿Forastera?

—Sí.

—Ya… —Sonrió con ese tono que usaba cuando veía algo que yo no quería admitir—. Pues parece que el sheriff vuelve a tener pulso.

—Cállate, Ryan.

Él rio, levantando las manos.

—Solo digo que seis años son muchos, amigo.

No respondí. Porque, aunque odiaba admitirlo, tenía razón.

Había pasado demasiado tiempo desde que una mujer me descolocaba así. Desde que una simple mirada me hacía olvidar el peso del uniforme, las cicatrices, el invierno.

Cuando Riley se levantó para ir al baño, nuestras miradas se cruzaron de nuevo. Esta vez, ella no bajó la vista. Solo me sostuvo la mirada un instante y sonrió.

Una sonrisa leve, casi tímida. Pero suficiente para que el tiempo se detuviera un segundo.

Ryan levantó una ceja.

—Sí, definitivamente —dijo en voz baja—. Estás jodido.

No respondí. Solo di otro trago y sentí el calor de la cerveza bajar por mi garganta.

Porque, en el fondo, lo sabía. Y eso me asustaba más que cualquier caso, cualquier tormenta o cualquier recuerdo del pasado.

Capítulo 7



Cole

Ryan se levantó para saludar a un par de vecinos que acababan de entrar, y yo me quedé solo en la barra. Emma estaba sirviendo copas al otro lado, y la música sonaba más alta con una versión suave de un tema que todos allí conocíamos. El murmullo de las conversaciones llenaba el aire junto con el olor a cerveza, madera y perfume.

Riley aún no había vuelto de los baños. El hombre que la acompañaba seguía sentado en la mesa, entretenido con el móvil. El tipo parecía tranquilo, demasiado tranquilo, como si nada pudiera alterarle. Pero en su mirada había algo atento, protector, que me recordó a mí mismo en otra vida.

Di otro trago y volví la vista hacia la puerta que daba al pasillo del baño. En cuanto la vi volver, el ambiente cambió.

No sabría explicarlo. Era como si todo el bar se hiciera más pequeño, más nítido. Ella caminaba despacio, como si quisiera pasar desapercibida y al mismo tiempo supiera que no podía hacerlo. Su cabello oscuro brillaba con la luz cálida del local, y el jersey gris que llevaba se pegaba a su cuerpo justo lo suficiente para que cada paso pareciera una provocación involuntaria.

Me odié un poco por pensar así, pero era inútil fingir. Cuando se acercó a la barra, me enderecé sin querer. Ella no me había visto, o quizá sí, y fingía no hacerlo. Emma la saludó enseguida.

—¿Todo bien, cariño?

—Sí —respondió Riley con una sonrisa amable—. Solo venía a pedir otra Coca-Cola.

—Te la pongo enseguida.

Emma me lanzó una mirada de esas que decía: “ahora o nunca”. No tuve escapatoria.

—Coca-Cola, ¿eh? —dije con tono neutro.

Ella giró la cabeza, sorprendida al principio, y luego sonrió.

—Sí. No bebo alcohol.

—Una mujer prudente. Eso no abunda por aquí.

—Supongo que alguien tiene que compensar —respondió, arqueando una ceja.

Sonreí. Tenía carácter, de eso no había duda. Emma colocó el vaso frente a ella y, muy oportunamente, se alejó fingiendo tener trabajo al fondo de la barra.

Riley se quedó mirando la bebida y luego me miró a mí.

—No pensé que le vería por aquí, sheriff.

—Prefiero Cole —dije—. Pero “sheriff” sirve si le resulta más fácil, señorita.

—Riley, por favor —dijo ella, con una sonrisa—. Después de todo, ya nos conocemos un poco.

—Nos hemos conocido en circunstancias casi trágicas.

Ella soltó una pequeña risa.

—Sí, parece que tengo una habilidad especial para cruzar calles en el peor momento.

—Y yo, para aparecer justo a tiempo —respondí.

—Entonces estamos empatados —replicó con un brillo juguetón en los ojos.

Durante unos segundos, el silencio se volvió cómodo. Extrañamente cómodo. Podía oír el rumor de las voces detrás, la música, el golpeteo de vasos, pero todo parecía lejos. Ella jugueteaba con la pajita de su vaso, sin apartar la mirada.

—¿Y qué te trae a Minden, Riley? —pregunté.

Su sonrisa se mantuvo, pero su mirada cambió. Un velo de reserva, casi imperceptible, se deslizó sobre sus ojos.

—Perfecto para unas vacaciones —respondió al fin—. Mi amigo y yo necesitábamos desconectar un poco de la ciudad.

—¿De Nueva York? —curioseé, y ella asintió.

—Sí. Es… un sitio complicado para encontrar paz.

—Eso dicen.

—¿Has estado?

—Una vez. No me gustó. Demasiada gente mirando al suelo.

Ella rio suavemente.

—Eso lo describe bastante bien.

Podría haber dejado la conversación ahí, pero había algo en su tono, una sombra que me empujó a seguir.

—¿Y cuánto tiempo planeas quedarte por aquí?

—Hasta Fin de Año, si todo va bien.

—Entonces te esperan unas cuantas navidades nevadas —dije, tratando de aligerar el ambiente—. Aquí la Navidad empieza en noviembre y termina en febrero.

—He oído que lo llaman "la Ciudad de la Navidad".

—Ajá. *"Nebraska's Christmas City".* Así nos apodan. Orgullo local.

—Tiene encanto —dijo Riley, mirando a su alrededor—. Es bonito ver un lugar que aún cree en algo.

No supe qué responder a eso. Había demasiada verdad en sus palabras.

El ruido del bar desapareció durante un instante. Solo estábamos los dos. Ella apoyó los codos en la barra, acercándose un poco más, lo suficiente para que percibiera el olor de su perfume: algo suave, limpio, con un toque a vainilla.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Siempre has vivido aquí?

—Toda mi vida.

—¿Y nunca te has planteado marcharte?

—Lo hice. Pero Minden tiene una forma peculiar de agarrarte. Y, además, alguien tiene que mantener el orden.

—El sheriff eterno —bromeó.

—El sheriff aburrido, más bien.

Ella sonrió de medio lado.

—No pareces aburrido.

Esa frase, dicha con tanta calma, me atravesó como una descarga. Hubo un silencio cargado, denso, y durante unos segundos sentí que el aire se espesaba

entre nosotros. Ella me miraba sin miedo, con esa mezcla de curiosidad y desafío que podía hacer perder la compostura a cualquiera.

Tuve que apartar la vista.

—Bueno —murmuré, rompiendo el hechizo—, espero que tus vacaciones sean más tranquilas que tu primer día.

—Lo intentaré —respondió, divertida.

—Y si vuelves a cruzar sin mirar, asegúrate de que esté cerca.

—¿Prometes volver a salvarme?

—Si hace falta, sí.

Ella se mordió el labio inferior y bajó la mirada, y por primera vez en mucho tiempo sentí cómo algo en mí se encendía de verdad. No el simple deseo físico, eso era fácil de conseguir, sino algo más profundo, más peligroso.

—Riley —la voz de un hombre rompió el momento—. ¿Todo bien?

Ella se giró, y su expresión se suavizó al ver al hombre con el que había llegado.

—Sí, todo bien. Solo pedía otra bebida. Jace, él es Cole Hawthorne, el sheriff —dijo, presentándome—. Sheriff, él es Jace, mi mejor amigo — sonrió, y no sabría explicar por qué en ese momento sentí un ligero alivio al saber que ese tipo no era su pareja.

Jace asintió y saludó con un gesto cortés.

—Sheriff, encantado. Y gracias por evitar que la atropellaran esta tarde. Riley es un poco despistada a veces.

—No ha sido nada —respondí, devolviéndole el gesto.

Había algo en su tono que no supe descifrar. No desconfianza exactamente, pero sí una vigilancia silenciosa. Como si me estuviera evaluando.

—Voy a fumar fuera —le dijo él a Riley—. No tardaré.

Ella asintió, y Jace se alejó hacia la puerta.

Durante unos segundos, ninguno de los dos habló. Solo el ruido de fondo y el suave golpeteo de sus uñas contra el vaso.

—Tu amigo te protege mucho, ¿eh? —pregunté finalmente.

—Siempre lo ha hecho —respondió sin dudar—. Es… como un hermano.

Asentí. No sabía por qué me aliviaba escucharlo, pero lo hizo.

Ella giró el vaso lentamente, observando las burbujas subir.

—Gracias otra vez, por cierto. Por lo de esta tarde.

—No hace falta que me lo agradezcas.

—Sí hace —insistió—. Podría haber acabado muy mal.

—Bueno… —sonreí—, podrías considerarlo un servicio público.

—¿Y te agradecen mucho tus "servicios públicos"?

—Solo cuando no multo a nadie.

Riley se rio, y esa risa… me desarmó.

Pasaron varios segundos antes de que dijera nada más. Ella parecía estar pensando, midiendo algo dentro de sí. Luego me miró con una franqueza que no esperaba.

—No pareces el tipo de hombre que se deja sorprender fácilmente, sheriff.

—Y tú no pareces el tipo de mujer que deja que la sorprendan.

—Tacto rápido.

—Oficio —dije, encogiéndome de hombros.

—O intuición.

Sonreí apenas.

—Puede que ambas.

Nos quedamos así, mirándonos, en un equilibrio extraño. Yo sabía que debía apartarme, romper el contacto, recuperar el control. Pero no podía. Había algo en sus ojos, una tristeza escondida, una historia no contada, que me tenía atrapado.

Jace volvió entonces, justo a tiempo para romper la tensión.

—No sé tú, pero yo necesito una ducha caliente y meterme en la cama —dijo.

Riley sonrió, bebiendo el último sorbo de su refresco.

—Yo también, necesito sentir un poco de calor. ¿Nos vamos?

—Claro.

En ese momento, Riley se giró hacia mí.

—Ha sido un placer hablar contigo, sheriff.

—El placer ha sido mío, Riley.

Volvió a sonreír, y esta vez la sonrisa fue distinta: más suave, más real.

Cuando se marcharon, la puerta se cerró tras ellos y el aire pareció enfriarse. Ryan volvió a sentarse a mi lado, lanzándome una mirada divertida.

—¿Y bien?

—Nada —respondí.

—Ya… “nada”. Claro.

No dije nada más. Me limité a mirar hacia la ventana, donde la nieve seguía cayendo lenta, silenciosa.

Y pensé en ella. En esa risa, en esos ojos, en el modo en que había dicho mi nombre sin miedo.

No sabía quién era realmente, ni por qué había llegado a Minden. Pero algo me decía que, desde ese momento, nada volvería a ser igual.

Capítulo 8



Riley

No podía recordar el momento exacto en que el sueño empezó, solo la sensación: el olor espeso del humo, como si alguien me hubiera metido la cabeza dentro de una chimenea encendida.

Dormía en la habitación del hostal, bajo el edredón mullido que olía a lavanda, pero de pronto no había edredón, ni paredes que me cobijaran. Había calor, pero no el de la calefacción que Helen tenía encendida. Era un calor imposible, asfixiante, que me lamía la piel como si tuviera vida propia.

Intenté moverme, pero en el sueño era otra, más pequeña, con los pies descalzos sobre un suelo que ardía. Oía los chasquidos de la madera partiéndose y el rugido del fuego devorándolo todo. Mi casa. Mi casa de cuando era niña.

—*Mamá…* —susurré, y el aire me raspó la garganta como si tragara cristales.

El humo me nublaba la vista. Tosí, una, dos, tres veces, hasta que me doblé sobre mí misma. Sentía los pulmones cerrarse, negándose a dejar entrar el aire, y cada jadeo era un golpe de cuchillo en el pecho. La voz de mi madre llegaba desde el pasillo, rota, mezclada con el crepitar de las llamas.

—*¡Riley! ¡Riley, cariño, sal!*

Pero no podía salir. Mis piernas no respondían. El miedo me había clavado al suelo. Miré hacia la puerta: las llamas subían por el marco como lenguas que intentaban alcanzar el techo. La pintura burbujeaba y el pomo ardía. Todo estaba cubierto de ese color naranja imposible, como si el infierno hubiese abierto la boca.

—*¡Mamá!* —grité, y fue como si el grito se disolviera antes de llegar a ninguna parte.

El humo se volvió más denso. Apenas veía la cama, y el osito de peluche que tenía apoyado en la almohada ya estaba ennegrecido por el hollín. Daba miedo verlo así, como si también él estuviera sufriendo.

El techo crujió. Una viga cayó con un estruendo seco, y el suelo tembló bajo mis pies. Corrí hacia la ventana, golpeé el cristal con los puños, pero el marco no cedía. El calor era insoportable, como si me estuvieran arrancando la piel.

Entonces la vi. Mi madre. Al otro lado de la puerta, una silueta borrosa entre el humo. Estiraba los brazos hacia mí, pero la barrera de fuego era demasiado alta. Su rostro se deformaba por las ondas del calor; parecía llorar, aunque no podía oírla.

—*¡Corre, Riley! ¡Corre!*

—*¡No puedo!*

El rugido del incendio se tragó mis palabras. El fuego saltó del marco de la puerta al techo, y por un instante el mundo se volvió completamente naranja.

Aún podía recordar su mano extendida, su voz inaudible. Y luego, el sonido que más miedo me había dado en toda mi vida: el grito que no acabó.

El humo me envolvió, espeso, vivo, metiéndose por la nariz, por la boca, por los ojos. Tosí hasta que me doblé sobre mí misma, hasta que creí que me iba a romper por dentro. Las lágrimas se mezclaron con el hollín.

—*Mamá…* —Fue lo último que dije antes de que todo se volviera negro.

Desperté gritando.

El sonido me rompió la garganta, un grito largo y ronco, y tardé un segundo en entender que no estaba ardiendo. Que las paredes no se estaban derrumbando. Que no tenía ocho años.

La habitación del hostal estaba oscura, apenas iluminada por el resplandor tenue de la lámpara de la mesilla. El aire olía a madera vieja y a la nieve que se filtraba desde fuera. Pero mi cuerpo no lo sabía. Mi cuerpo seguía allí, entre el fuego.

Estaba empapada en sudor. La camiseta del pijama se me pegaba al pecho, y el pelo mojado se me pegaba a la cara. Las manos me temblaban. No podía dejar de jadear. Sentía el corazón golpeando contra las costillas con tanta fuerza que me dolía.

—Riley, tranquila… tranquila, eh.

La voz me llegó desde el borde de la cama, ronca, entrecortada. Giré la cabeza y vi a Jace. Estaba a medio vestir, con el pantalón de dormir y una camiseta gris, el pelo revuelto y los ojos llenos de preocupación.

Me sujetó los hombros, firme, pero con cuidado.

—Eh, mírame, mírame —dijo, acercándose un poco más—. Estás bien. Estás aquí. No pasa nada, ¿vale? Era solo una pesadilla.

Negué con la cabeza, todavía temblando. Las lágrimas me nublaban la vista. No podía detenerlas; me salían solas, calientes y saladas, sin permiso.

—Era tan real… —murmuré—. La casa… mi madre…

Sentí que la voz se me rompía. Jace no dijo nada al principio; solo me atrajo hacia él, envolviéndome con los brazos. Mi frente chocó contra su pecho, duro y cálido, y noté el latido de su corazón contra mi piel empapada.

—Shh… —susurró—. Ya pasó, Riley. Solo ha sido un sueño.

Pero no era solo un sueño. No para mí. Cada vez que cerraba los ojos, la veía otra vez: su mano extendida, el fuego reflejándose en sus ojos. Y yo, paralizada. Siempre igual.

—Desde aquella noche en Nueva York —dije tan bajito que ni siquiera sabía si podría escucharme—. Desde que nos pasó todo eso, he vuelto a tenerlos. Los sueños del incendio.

Noté cómo Jace apretaba un poco más el abrazo, como si pudiera protegerme incluso de lo que vivía dentro de mi cabeza.

—No tienes por qué hablar de eso ahora —dijo igual de bajito que yo—. Lo importante es que estás aquí. Conmigo.

Asentí, pero seguía temblando. Me ardían los ojos, la piel, el pecho. Era como si el fuego hubiera vuelto a encenderse por dentro.

Jace apartó un mechón de mi cara y lo colocó detrás de mi oreja. Su gesto fue tan suave que por un momento me dieron ganas de llorar de alivio.

—Ven aquí —dijo, levantando un poco el edredón—. No voy a dejarte el resto de la noche sola.

No tuve fuerzas para discutir. Solo asentí y me deslicé bajo las mantas, aún temblando. Él se metió detrás de mí, y sentí el peso familiar de su cuerpo, su brazo pasándome por la cintura. Su respiración me rozaba el cuello, pausada, firme, un ancla en mitad del caos.

—Intenta dormir —me dijo—. Estoy aquí.

Cerré los ojos, todavía con lágrimas secándose en las mejillas, y me concentré en su respiración, en el calor de su cuerpo, en el sonido del viento fuera del hostal. Poco a poco, el temblor fue desapareciendo.

Mi cuerpo seguía tenso, pero la mente empezó a rendirse. Los latidos se fueron calmando, uno a uno, hasta que solo quedó el silencio, y su brazo alrededor de mí.

Antes de caer de nuevo en el sueño, me di cuenta de que seguía empapada, que el pijama se me pegaba a la piel, pero ya no importaba. No había fuego, ni humo, ni gritos. Solo el latido constante del corazón de Jace en mi espalda, y la sensación de que, al menos por esta noche, estaba a salvo.

Cuando abrí los ojos, la luz ya se filtraba por las rendijas de las cortinas. Era una claridad suave, de esas que parecían no querer molestar. Tardé unos segundos en ubicarme, en recordar que estaba en Minden, en el hostal de Helen, en medio de un pueblo donde hasta el aire parecía más lento.

Y tardé otros dos segundos más en darme cuenta de que no estaba sola.

El calor que sentía no era solo del edredón. Tenía el cuerpo pegado al de Jace, y su brazo seguía rodeándome la cintura, como si durante la noche hubiera decidido que soltarme no era una opción. Su respiración era profunda, tranquila, y el leve roce de su pecho contra mi espalda me hizo sonreír sin querer.

No sabía en qué momento me había dormido otra vez, pero por primera vez en semanas no recordaba haber soñado nada. Solo oscuridad. Y el calor de él.

Moví un poco la cabeza y, al hacerlo, le rocé el antebrazo. Su piel estaba cálida, firme. Él murmuró algo ininteligible, una especie de sonido entre gruñido y bostezo, y noté cómo su mano se movía despacio hasta posarse en mi mejilla. Me acarició con el pulgar, de forma distraída, como si lo hiciera dormido.

Me giré con cuidado, y entonces él abrió los ojos.

—Buenos días —dijo con una voz tan ronca que sonó más dulce de lo habitual.

—Buenos días —respondí, intentando no sonreír demasiado.

Jace sonrió, ese tipo de sonrisa pequeña y de medio lado que siempre le salía cuando no quería admitir que estaba de buen humor. Luego se inclinó y me dio un beso en la frente. Su barba de un par de días me rozó la piel y me provocó un escalofrío agradable.

—¿Has dormido bien? —preguntó.

—Sí. —Asentí, aunque todavía tenía la voz un poco ronca—. Gracias por quedarte conmigo anoche.

—No iba a dejarte sola después de eso.

Me quedé mirándole un momento. Su cara aún tenía las marcas del sueño, el pelo despeinado, los ojos entrecerrados, y aun así parecía más seguro de lo normal. Como si la noche anterior hubiera desaparecido junto con el humo del incendio.

—Tendrías que haber visto tu cara —murmuré, intentando romper el nudo que se me formaba en el pecho—. Parecías un héroe de película entrando a salvar a la chica en apuros.

—¿Y lo hice? —preguntó, con una ceja arqueada.

—Supongo que sí —dije, sonriendo.

Jace rio bajo, ese tipo de risa grave que se le escapaba cuando estaba realmente relajado.

Nos quedamos en silencio un momento, mirándonos. Yo sentía su brazo todavía sobre mi cintura, su pulgar dibujando círculos distraídos en mi piel por encima del pijama. Era tan natural que me costó recordar que entre nosotros nunca había pasado nada más allá de lo fraternal.

Hasta que él habló:

—Si lo piensas, nosotros podríamos ser la pareja perfecta.

Le miré de reojo.

—Ah, ¿sí? —dije, fingiendo interés.

—Claro. Vivimos juntos, nos cuidamos, dormimos en la misma cama cuando tienes pesadillas… Solo nos falta follar y ya está.

Solté una carcajada.

—¡Jace! —Le di un manotazo en el pecho, pero apenas se inmutó—. ¡Qué asco, por Dios! Eso sería rarísimo. Sería como acostarme con un hermano.

—¿Por qué? —preguntó con falsa inocencia—. En la antigüedad se casaban entre primos.

—Sí, y también creían que bañarse daba mala suerte.

Él se rio, y como siempre nos pasaba, su risa me contagió. Me incorporé un poco y le abracé por el cuello, con fuerza, hasta que casi me costó respirar.

—Prefiero tenerte el resto de mi vida como familia —le dije, con la voz más seria de lo que pretendía—, a perderte por un poco de sexo y que la cosa acabe mal.

Jace sonrió, esa sonrisa que le nacía de dentro, sincera.

—Yo tampoco quiero perderte, Riley.

Me besó de nuevo en la frente, y por un momento quise quedarme así, con los ojos cerrados, sintiendo la seguridad que solo él conseguía darme.
Después suspiré y me separé un poco.

—Vale, héroe, hora de levantarse.

—¿Tan pronto?

—Sí. Me prometiste que hoy no íbamos a vaguear.

—Prometí pensarlo —corrigió él, estirándose perezosamente.

Le lancé la almohada.

—Pues piénsalo mientras te duchas, porque yo voy a ducharme ya.

Él se levantó riendo y salió hacia su habitación. Le oí tararear algo mientras cerraba la puerta del baño.

Me quedé un momento sentada en la cama. El corazón me latía tranquilo, sin esa presión en el pecho que me acompañaba desde hacía semanas. Quizá Minden tenía algo. O quizá era él.

Fui al baño y dejé correr el agua caliente. Cuando el vapor empezó a llenar el espejo, me quité el pijama empapado de la noche anterior y me miré un segundo: el reflejo devolvía una versión de mí con los ojos hinchados pero vivos, la piel pálida, el cabello enredado. Seguía habiendo algo roto en mi mirada, pero también algo nuevo. Como si el miedo estuviera cediendo un poco de espacio.

Dejé que el agua me cayera encima, lenta, arrastrando el sudor, el cansancio, los restos del incendio que aún sentía en la piel. Me quedé así más de lo que debía, hasta que el agua empezó a enfriarse.

Después me vestí: vaqueros, jersey beige, botas negras altas y mi abrigo color crema. Me recogí el pelo en una coleta alta y bajé al comedor.

El aroma a café recién hecho me golpeó en cuanto crucé el pasillo. El hostal estaba silencioso, con esa paz que solo tenían los lugares donde aún se escuchaba el tic-tac de un reloj.

Helen estaba detrás del mostrador, colocando un jarrón con ramas de pino y cintas rojas. Cuando me vio, sonrió con esa calidez suya que parecía imposible que no fuera real.

—¡Buenos días, Riley! —dijo—. Estás radiante, hija.

—Buenos días, Helen. —Le devolví la sonrisa—. Será el café que huelo desde la planta de arriba.

—O será que esta nieve te sienta bien. —Me guiñó un ojo—. Ya decía yo que Minden rejuvenece a la gente.

Jace apareció unos segundos después, con el pelo todavía húmedo y la barba algo más ordenada. Llevaba vaqueros, una camisa de franela roja y su chaqueta gruesa. Se sentó frente a mí, y Helen nos trajo dos tazas de café humeante y una bandeja con panecillos, mermelada y huevos revueltos.

—¿Cómo habéis dormido? —preguntó ella, mientras dejaba las tazas—. ¿Se está calentito en la habitación?

Nos miramos un instante, y sentí una sonrisa escapárseme antes de poder evitarlo.

—Mejor de lo que pensábamos —dije—. La verdad es que este sitio tiene algo… diferente.

—Tranquilidad —añadió Jace, dando un sorbo a su café—. Es raro acostumbrarse al silencio después de haber vivido en Nueva York.

Helen se echó a reír.

—Eso dicen todos los que vienen de la gran ciudad. Al principio creen que el silencio es aburrido, y luego no quieren marcharse.

—Tiene razón —admití—. Aquí parece que el tiempo se detiene un poco.

Helen nos miró a ambos, con esa mirada suya que parecía ver más de lo que decía.

—Pues aseguraos de disfrutarlo —comentó—. Os garantizo que estas van a ser unas Navidades que nunca olvidaréis.

No supe por qué, pero sentí un pequeño nudo en el estómago.

—Eso espero —dije, y lo pensé de verdad.

Porque por primera vez en mucho tiempo, quería creer que eso era posible: unas Navidades sin miedo, sin fuego, sin pasado persiguiéndome entre los sueños. Solo paz, nieve, café caliente… y Jace.

Capítulo 9



Riley

La mañana amaneció con un aire tan limpio que dolía respirarlo. El cielo estaba de un azul claro casi imposible, y el frío se metía entre los dedos como agujas de cristal. Me envolví mejor en el abrigo y miré a Jace, que se ajustaba los guantes mientras salíamos del hostal.

—Si hace más frío que ayer, me vuelvo a la cama —dije, tiritando.

—No digas tonterías, esto es vitamina para los pulmones —respondió él, con esa media sonrisa suya.

Volteé los ojos.

—Sí, claro, vitamina congelada.

Caminamos por la calle principal del pueblo. Minden parecía sacado de una postal navideña: las fachadas de madera, los tejados cubiertos por una capa de nieve, los escaparates llenos de luces, guirnaldas y carteles de “Feliz Navidad”. En cada puerta había una corona de ramas de pino, y el aire olía a chimenea, a pan recién hecho y a invierno de verdad.

El suelo crujía bajo nuestras botas. Los pocos vecinos que pasaban por allí nos saludaban con una amabilidad que aún me resultaba desconcertante. En Nueva York nadie te miraba ni a la cara y aquí te daban los buenos días, aunque no supieran ni tu nombre.

—Hemos llegado —dijo Jace, señalando el escaparate.

Y sí, habíamos llegado a la *"Cooper's Clothing"*.

El cartel, pintado a mano, colgaba sobre una puerta de madera envejecida. Dentro se veía una tienda pequeña, cálida, con estanterías llenas de ropa doblada y un mostrador de roble pulido. Al entrar, una campanita sonó sobre nuestras cabezas.

El calor nos envolvió de golpe, y el olor a lana nueva y cuero me hizo sonreír. Detrás del mostrador había un hombre de unos cincuenta años, con barba gris y ojos amables. A su lado, una chica de unos veinte, rubia, con el mismo aire tranquilo que él.

—¡Buenos días! —dijo el hombre, dejando el periódico—. Bienvenidos. ¿De visita por Minden?

—Sí, señor —respondió Jace—. Vamos a pasar aquí todas las Navidades y necesitábamos renovar un poco el armario.

—Pues habéis venido al sitio correcto —dijo él con una sonrisa amplia—. Soy Thomas Cooper, y esta es mi hija, Hannah.

—Encantada —dije, estrechándole la mano—. Soy Riley, y este es Jace.

—Encantados —añadió la chica—. Si buscáis ropa de invierno, tenemos de todo. Abrigos, botas, jerséis... Hasta sombreros, si os queréis poner en modo vaquero.

—No le des ideas —dije, mirando a Jace—. Ya le veo comprándose uno.

—¿Y por qué no? —replicó él, divertido—. Hay que integrarse en la cultura local.

Los tres reímos, y la tensión se evaporó de golpe. Era increíble cómo en este pueblo la gente conseguía hacerte sentir parte de algo sin esfuerzo.

Thomas nos ayudó a buscar lo que necesitábamos. Me probé unos vaqueros ajustados, un jersey color crema que parecía hecho de nubes, una

falda vaquera con medias gruesas y unas botas negras tan cómodas que no me las quería quitar. Jace se probó camisas, pantalones y un abrigo oscuro que le sentaba peligrosamente bien.

—No sé si es por el aire del pueblo o por el abrigo, pero me das miedo de lo bien que te queda —le dije.

—Eso suena a cumplido, enana —respondió él, mirándose en el espejo.

Hannah, la hija del dueño, soltó una carcajada.

—Parecéis un matrimonio.

Jace levantó las cejas.

—Lo estamos ensayando para una película.

Yo le di un codazo.

—Sí, la película de "Cómo perder a un amigo en diez segundos".

Todos reímos. Thomas nos miraba divertido desde detrás del mostrador.

—Me alegra ver gente joven riéndose por aquí —comentó—. A veces el invierno se hace largo y la gente olvida cómo sonreír.

—Pues si es por eso, vuelva a invitarnos —dijo Jace.

—Hecho —respondió el hombre, guiñándole un ojo.

Al final, acabamos comprando más de lo que pensábamos: dos pares de pantalones, tres camisas, dos jerséis, una falda vaquera, medias, un abrigo nuevo y, por supuesto, dos sombreros vaqueros. Jace insistió en que el mío me quedaba bien; yo insistí en que parecía una turista ridícula. Ganó él, como siempre.

Pagamos y, antes de irnos, Hannah nos dio una bolsita de tela.

—Un detalle de la casa —dijo—. Jabones artesanales.

—Gracias, de verdad —le respondí—. Sois encantadores.

—Volved cuando queráis —añadió Thomas—. Y abrigaos bien, que dicen que esta tarde empieza a nevar.

—Eso espero —dije, sonriendo.

Salimos de la tienda con las bolsas en la mano y las mejillas enrojecidas por el cambio de temperatura. Caminamos un rato más por el centro, entrando en una tiendecita de productos de aseo donde una señora menuda nos vendió cremas, champú, colonia y un par de bálsamos labiales que olían a miel.

Mientras pagaba, Jace estaba empeñado en probar todas las lociones que veía.

—Esta huele a campo —dijo, oliéndose la mano.

—Eso es repelente para insectos, genio.

La señora soltó una carcajada y le dio una palmadita en el brazo.

—Déjala, hijo. Nosotras, las mujeres, siempre tenemos la última palabra en eso.

—No me cabe duda —contestó él con una sonrisa resignada.

Cuando salimos, la nieve empezaba a caer, apenas unos copos finos que se derretían al tocar el suelo. Caminamos de vuelta al hostal, disfrutando del silencio, del sonido suave de las pisadas sobre la nieve y del aire que olía a promesa de invierno.

Dejamos cada uno nuestras bolsas en la habitación y bajamos al salón justo cuando Helen colocaba una olla humeante sobre una mesa junto a la chimenea.

—¡Justo a tiempo! —dijo, con su habitual energía—. He hecho estofado de carne con patatas y vino tinto, receta de mi madre. Perfecto para entrar en calor.

El aroma era tan bueno que se me hizo la boca agua.

—Huele de maravilla, Helen —dije, sentándome.

—Eso espero —respondió ella, sirviéndonos—. No hay mejor medicina contra el frío que un plato bien hecho y una buena conversación.

Jace y yo comimos en silencio al principio, solo saboreando. La carne estaba tierna, la salsa espesa y reconfortante. De postre, Helen nos sirvió una tarta de manzana con canela que me hizo cerrar los ojos al primer bocado.

—Si sigo comiendo así, voy a tener que ampliar el abrigo —bromeé.

—Eso es lo bonito del invierno —contestó Helen—. Nadie se fija en las tallas, solo en las sonrisas.

Reímos los tres. Después del café, nos quedamos un rato más en el salón. Fuera, la nieve empezaba a caer de verdad, cubriendo el pueblo con una nueva manta blanca que brillaba bajo las luces navideñas.

La chimenea crepitaba, y el calor se extendía por la estancia. Me acomodé en el sofá con una taza de café entre las manos, mirando por la ventana cómo los copos caían sin prisa. Jace estaba sentado frente a mí, distraído con el móvil.

El silencio era agradable. Podía oír el viento, el chisporroteo del fuego, el leve tintineo de las tazas. Me quedé mirando el reflejo de la nieve en el cristal y sentí una calma extraña, como si el mundo se hubiera detenido solo para dejarnos respirar.

Por un momento pensé que tal vez eso era la felicidad: no algo grande ni espectacular, sino un instante así, simple, tranquilo, en el que no dolía recordar.

Miré a Jace, que seguía absorto en su teléfono, seguramente revisando alguna noticia o buscando información que después no querría compartir conmigo. Tenía el ceño fruncido, concentrado, pero se veía relajado. Le vi sonreír levemente ante algo que leyó, y eso me hizo sonreír a mí también.

Quizá podríamos quedarnos un poco más. Tal vez podríamos alargar nuestra estancia en Minden más allá de la última noche del año.

La nieve seguía cayendo, lenta e hipnótica. Apreté las manos alrededor de la taza caliente y dejé que el calor me llegara al pecho. Por primera vez en mucho tiempo sentí que podía hacerlo: dejar atrás el humo, el fuego, el miedo, lo que ocurrió antes de que dejáramos Nueva York, el pasado, todo.

Solo quedaba el silencio, el aroma a café y el sonido de la chimenea que parecía latir al ritmo del corazón del hostal.

Capítulo 10



Riley

La nieve seguía cayendo cuando salimos del hostal. No era una tormenta, sino una nevada suave, constante, que hacía que todo pareciera recién pintado.

El aire olía a madera húmeda y a humo de chimenea. Minden parecía más pequeño bajo aquel manto blanco, más íntimo, como si de repente todo el pueblo se hubiera encogido para abrazarse un poco mejor.

—¿Seguro que quieres salir? —preguntó Jace mientras se subía el cuello del abrigo—. Podríamos quedarnos dentro, junto al fuego, como personas razonables.

—¿Y perdernos la cena del bar de Emma? Ni loca. Me declaro fan absoluta de sus hamburguesas.

—Olvidaba tu pasión por las hamburguesas —suspiró.

—¿Culpa de quién es eso? Porque te recuerdo que fuiste tú quien me llevó a ese vicio.

Nos reímos y bajamos caminando despacio, con los copos cayéndonos sobre los gorros de lana y los hombros. A esa hora, las luces de los escaparates se reflejaban en la nieve del suelo. La gente iba y venía con gorros de lana, bufandas de colores y ese aire de pueblo donde todos se conocían.

El bar de Emma estaba a solo unas calles del hostal, en la esquina donde la calle principal se cruzaba con la plaza. El cartel luminoso parpadeaba con letras rojas y desde fuera ya se oía el murmullo de las voces, la música suave y las risas.

Cuando abrimos la puerta, un golpe de calor y sonido nos envolvió. El local estaba lleno, mucho más que las noches anteriores. El ambiente era vibrante, casi eléctrico.

Emma estaba detrás de la barra, moviéndose de un lado a otro con la rapidez de alguien que llevaba toda la vida haciendo eso. Su cabello rubio se iluminaba con las luces del techo, y su sonrisa era tan amplia como su evidente cansancio.

Nos vio enseguida y levantó la mano.

—¡Riley! ¡Jace! —gritó por encima del ruido—. ¡Qué alegría veros!

Nos acercamos entre la multitud, esquivando mesas y carcajadas.

—¿Qué pasa aquí? —pregunté—. Esto parece el *Madison Square Garden*.

—Noche de póker —dijo Emma, resoplando—. No sé en qué momento se me ocurrió la brillante idea de organizarla una noche al mes.

Nos fijamos en el fondo del local, donde varias mesas estaban ocupadas por hombres con gorros vaqueros y mujeres que parecían tomarse aquello tan en serio como si fueran a ganar un coche nuevo. Las fichas tintineaban, las risas subían, y el aire olía a cerveza y a hamburguesas.

—No queda ni una mesa libre —dijo Jace.

—Ya, lo sé. Y tengo a los cuatro camareros trabajando, cuando dos de ellos deberían estar descansando. Pero no me da la vida.

Me fijé en ellos. Sara iba de una mesa a otra con su sonrisa inagotable; Lucy equilibraba una bandeja llena de copas con la precisión de un funambulista. Adam hablaba y reía con un grupo de chicas que claramente lo

adoraban, y Mike, más serio, se encargaba de la barra, sirviendo y limpiando vasos sin parar.

El caos era absoluto, aunque Emma intentaba disimularlo con elegancia.

—¿Qué vais a tomar? —nos preguntó, con una bandeja en la mano.

—Lo que sea rápido —respondí—. Una hamburguesa y una cerveza para cada uno.

—Hecho. Pero puede que tardemos un poco.

—No te preocupes —le dije—. Esperamos aquí.

Nos hicimos un hueco en la barra, hombro con hombro, mientras el bar seguía llenándose. Detrás de nosotros alguien soltó una carcajada tan sonora que hasta temblaron los vasos. En una esquina, un grupo empezaba a cantar villancicos desafinados.

—Esto está a tope —murmuró Jace, mirando alrededor—. No sé cómo lo manejan.

—Con nervios de acero —respondí—. Y muchas ganas de morir jóvenes.

Reímos, pero luego la miré de nuevo. Emma se movía rápido, pero había algo en su expresión, una tensión en la mandíbula, en la forma de apretar la bandeja.

—Podríamos echarle una mano —dije en voz baja.

—¿Nosotros?

—Claro. No parece que se lo esté pasando bien.

Jace dudó unos segundos, pero luego asintió.

—Por mí no hay problema.

Llamé a Emma con un gesto, y ella vino enseguida, todavía con el delantal manchado de harina y cerveza.

—¿Qué pasa? ¿Está todo bien? —preguntó, jadeando un poco.

—Sí, pero se te ve desbordada —le dije—. Mira, yo soy camarera, puedo ayudarte con las mesas si quieres.

Emma parpadeó, sorprendida.

—¿En serio?

—Claro. Y Jace puede ponerse detrás de la barra contigo.

Ella se llevó una mano al pecho y cerró los ojos un segundo, como si le acabáramos de quitar un peso de encima.

—Me acabáis de salvar la vida —dijo, sonriendo de oreja a oreja—. ¡Os debo una! Al final de la noche os daré una buena paga, palabra de Hawthorne.

—No hace falta que nos pagues —respondió Jace, encogiéndose de hombros.

—Pues si no queréis dinero —replicó ella, señalándonos con una sonrisa traviesa—, estáis invitados a todas las consumiciones del bar mientras estéis en Minden.

—Cuidado con eso —dijo Jace, fingiendo seriedad—. Que a lo mejor decidimos quedarnos a vivir aquí para comer gratis.

Los tres reímos.

Emma le dio un delantal negro y un trapo a Jace, y luego me entregó a mí un delantal rojo, un block de notas y un bolígrafo.

—Eres un ángel, Riley. Si me sacas esta noche adelante, te haré una estatua.

—Hazla de chocolate, por favor —contesté, atándome el delantal.

Me guiñó un ojo y salió disparada hacia otra mesa. Jace, mientras tanto, se colocó tras la barra, justo al lado de Mike. Lo vi intercambiar un gesto de saludo con él, y en menos de un minuto ya estaba sirviendo cervezas como si lo hubiera hecho toda la vida.

Me metí entre las mesas, anotando pedidos, esquivando sillas, intentando no resbalar en el suelo húmedo. Sara me sonrió al verme.

—¿Os ha contratado? —preguntó entre dos bandejas.

—Solo por esta noche. Refuerzo de emergencia.

—Ah, bendito seáis —respondió, y desapareció hacia otra mesa.

Enseguida me contagié del ritmo del bar: los pedidos, las risas, el olor a carne a la parrilla, la música que sonaba de fondo. Era como volver a ser yo, pero sin los fantasmas de Nueva York, sin los clientes borrachos que gritaban ni los jefes que te miraban como si fueras invisible. Aquí la gente reía, hablaba, disfrutaba.

En una de las mesas, un anciano con gorro me dijo:

—Guapa, ¿te habías escondido por aquí todo este tiempo?

—No, acabo de aterrizar —respondí, sonriendo.

—Pues qué suerte la nuestra —dijo él, levantando su vaso.

Serví platos, recogí vasos, limpié mesas, y en medio del jaleo me sorprendí riendo de verdad. Me sentía útil, viva, parte de algo.

De reojo miré a Jace, que detrás de la barra se desenvolvía con naturalidad, riendo con Adam y sirviendo copas sin dejar de bromear. Hasta Lucy, que normalmente parecía tan seria, sonreía cada vez que él decía algo.

Por un momento, pensé que eso era lo más parecido a una familia que habíamos tenido en mucho tiempo.

Emma pasó junto a mí con una bandeja llena de platos.

—Eres una máquina, Riley.

—Solo estoy haciendo cardio gratis —bromeé, y ella soltó una carcajada.

—Si te cansas, te saco a hombros, te lo juro.

—No te preocupes, aguanto. —La miré con complicidad—. Pero de verdad, Emma, no tienes que darnos nada por esto.

Ella se detuvo un instante, y su expresión cambió, volviéndose más suave.

—Sois buena gente, ¿sabéis? No hay muchos así.

—Lo intentamos —dije, y nos sonreímos antes de separarnos de nuevo, cada una hacia una esquina distinta del caos.

El reloj del bar marcaba las diez cuando el ambiente empezó a calmarse un poco. Las primeras partidas de póker habían terminado, la música bajó de volumen y algunos clientes se marchaban tambaleándose bajo la nieve. Yo me apoyé un momento en la barra, exhalando un suspiro largo.

Jace me tendió una cerveza fría.

—Te la has ganado.

—Gracias, camarero —respondí, brindando con él.

—¿Ves? Esto tiene su encanto —dijo, señalando alrededor—. No hay sirenas, ni tráfico, ni humo. Solo ruido humano.

Le miré un segundo, y sin querer me vino a la cabeza lo que había dicho antes, en broma, sobre quedarse a vivir aquí.

Quizá no sería tan mala idea.

No había nada que nos esperase en Nueva York salvo recuerdos, peligro y heridas sin cerrar. En cambio, aquí… había paz. Nieve. Risas. Gente que te daba los buenos días sin pedirte nada a cambio.

Le di un trago a la cerveza y sonreí.

—Jace —dije, sin mirarle—. Si te digo que lo de quedarnos aquí no suena tan mal… ¿Me tomarías por loca?

Él me miró un segundo, con esa seriedad suya que aparecía cuando algo le tocaba de verdad.

—No, Riley. —Sonrió, despacio—. Te tomaría por alguien que empieza a sanar.

El bar olía a madera, a cerveza y a promesas sencillas. Fuera, la nieve seguía cayendo, y por primera vez en mucho tiempo, sentí que quizás habíamos llegado exactamente al lugar donde debíamos estar.

Capítulo 11



Cole

El aire dentro del bar me golpeó antes de que pudiera cerrar la puerta tras de mí: cálido, cargado de humo de leña y de la mezcla a cerveza y madera barnizada que siempre me había resultado familiar en los bares de pueblo.

Me moví un paso adentro, sintiendo cómo la humedad del exterior se evaporaba de mi abrigo y mis manos mientras mi mirada buscaba a Emma entre la multitud de jugadores y camareros. Ryan estaba a mi lado, encajando perfectamente en su papel de amigo confiable, siempre listo para cualquier lío que pudiera aparecer.

Lo primero que me detuvo en seco fue Riley. No podía ser otra persona. La vi moviéndose con confianza entre las mesas, sirviendo vasos y bandejas con una habilidad que denotaba experiencia, pero también una calma que, aunque profesional, irradiaba algo más… algo que me hizo fruncir el ceño sin quererlo.

Su cabello oscuro brillaba bajo la luz cálida del bar; la curva de sus caderas al caminar, incluso la sonrisa que dedicaba a algunos clientes, me hizo tensarme. No estaba acostumbrado a sentir este tipo de atracción repentina, y menos cuando intentaba mantener la cabeza fría.

Jace estaba detrás de la barra. Él también. No me sorprendió del todo, pero me hizo arquear una ceja mientras me acercaba a Emma. Tenía que entender lo que estaba pasando: no había planeado encontrármelos trabajando en

Minden. Mi hermana, siempre pragmática y con una sonrisa que ocultaba hasta el último detalle, se giró hacia mí y supo, sin que dijera nada, lo que estaba pensando.

—Cole, Ryan —saludó con la voz firme pero animada—. Riley y Jace están ayudándome esta noche porque el bar está hasta arriba y no quieren que les pague. Así que les dije que estaban invitados a todas las consumiciones durante sus vacaciones.

Sonreí, aunque estaba claro que no podía evitar que se me notara la sorpresa. Todo encajaba con la personalidad de Emma: responsable hasta el punto de involucrarse con cualquiera que necesitara su ayuda. Pero no pude apartar los ojos de Riley mientras ella esquivaba a un cliente demasiado entusiasta, un hombre que ya me caía mal solo por la forma en que se movía a su alrededor. Ryan se quedó en silencio a mi lado, esperando la señal de que haría algún movimiento, pero aún quería analizar la situación.

Tomé asiento en la barra junto a él, dejando que Jace nos pusiera las cervezas sin decir una palabra. El metal frío del vaso me reconfortó más de lo que habría imaginado. Tomé un sorbo largo, y mientras bebía, no pude evitar seguir observando a Riley: la forma en que su figura se movía entre las mesas, cómo los clientes parecían fascinados por ella, la manera en que mantenía la sonrisa mientras su mirada calculaba cada movimiento de la bandeja.

Y entonces lo vi: Ferguson. Uno de los más ligones del pueblo, conocido por pasarse de listo con cualquiera que trabajara en un bar. Estaba allí, demasiado cerca, tratando de tocarla de manera inapropiada mientras ella servía otra ronda.

La rabia me golpeó como un puño directo al pecho. Terminé mi cerveza de un trago y la dejé sobre la barra con un golpe seco. No podía quedarme quieto mientras alguien se atrevía a… a eso. Antes de que pudiera levantarme, Ryan me tocó el brazo de manera sutil, casi implorando.

—No hagas una estupidez —me dijo.

Suspiré, apretando la mandíbula. No era ninguna estupidez. No podía dejar que alguien tratara así a Riley.

—No es una estupidez, Ryan —dije con la voz contenida, pero baja, grave —. Solo es recordarle a ese idiota de Ferguson que las camareras no son mercancía.

Ryan asintió; conocía mi manera de ver las cosas: firme, directa, sin medias tintas.

Me levanté y caminé hacia la mesa. El bar estaba lleno, y cada paso me hacía consciente de cada mirada que se cruzaba conmigo, cada sonido: risas, monedas sobre la mesa de póker, el tintineo de vasos, las conversaciones dispersas. Ferguson seguía allí, demasiado confiado, con la mano sobre la cadera de Riley.

—El último que me tocó el culo mientras trabajaba acabó en urgencias — escuché que decía Riley, con la voz firme pero calmada—. Le clavé un tacón de aguja en el brazo. Esta noche no llevo tacones, pero soy igual de rápida con un tenedor.

Todos en la mesa estallaron en risas, incluso algunos hombres mayores que miraban sorprendidos, y Ferguson, lejos de intimidarse, sonrió con suficiencia.

—Vamos, sé buena chica… —dijo, mientras intentaba ofrecerle una cerveza y, con ello, insinuar más.

No lo soporté más. Di un paso adelante y mi voz, cargada y fría, cortó la tensión.

—Estoy cansado de ver que siempre haces lo mismo —dije, mirando a Ferguson directo a los ojos—. Este es un bar normal, no un club de carretera donde las mujeres se irían a la cama contigo por un puñado de dólares.

El rostro de Ferguson cambió, enfadado y sorprendido a partes iguales. Se levantó, rabioso, intentando acercarse. Pero Riley se movió un poco más rápido, se interpuso entre nosotros, con una mano firme sobre su pecho mientras yo notaba la proximidad de su cuerpo junto al mío.

—Nada de peleas —dijo ella, con voz clara y decidida—. El sheriff tiene razón. Hay muchos otros lugares donde las camareras estarían encantadas de

irse a la cama con un hombre tan guapo como tú.

Ferguson frunció el ceño, y Riley continuó, con la seguridad de quien sabía que tenía la situación controlada:

—Yo no —dijo con un guiño que dejó a todos boquiabiertos, y a mí sin palabras—. Mi tipo es más del estilo de Lucy.

El silencio que siguió fue eléctrico. Yo apenas respiraba, todavía procesando cómo Riley había manejado la situación sin perder ni un ápice de firmeza. Ferguson, furioso, se sentó de nuevo, mientras ella recogía la bandeja y se giraba para dirigirse a la barra.

La seguí, con mi respiración más controlada, aunque todavía sentía el calor del enfado mezclado con algo que no podía nombrar.

—¿Es cierto lo que has dicho? —pregunté cuando llegamos a la barra.

—¿Qué crees tú, sheriff? —dijo, arqueando una ceja.

Esperé un momento, no quería precipitarme.

—Espero que no —contesté finalmente.

Ella soltó una risita, ligera, despreocupada, y dijo:

Riley soltó una pequeña risa, casi un suspiro de satisfacción, y llenó de nuevo la bandeja de vasos.

—Esa es la mejor manera de espantar a un baboso —dijo, con esa sonrisa ligera que podía enfriar el corazón más caliente del mundo o encenderlo.

El alivio que sentí fue extraño, lo juro por Dios. Ni siquiera sabía que estaba reteniendo el aire dentro de mí hasta ese instante. Mientras ella se movía con la bandeja hacia otra mesa, me dejó un guiño que, sin que yo pudiera evitarlo, me desarmó por completo.

Mis ojos no podían apartarse de ella. La forma en que manejaba la bandeja, la ligera inclinación de su cuerpo al girarse, la seguridad de sus

pasos… Todo me atrapaba. Era imposible no notar cómo su trasero se movía con naturalidad y gracia mientras se interponía para proteger su espacio y mantener a raya a Ferguson.

—Mi tipo de hombre… —me dijo cuando regresó a la barra para dejar los vasos y botellas vacías que traía en la bandeja—. Es más, como tú.

El guiño final fue el golpe de gracia. Me dejó sin palabras, sin la capacidad de reaccionar de inmediato. La combinación de confianza, picardía y control absoluto de la situación me dejó más que impactado.

Ferguson, por su parte, seguía jugando su partida, pero se le veía molesto y más callado de lo habitual. Yo me quedé contemplando cómo Riley retomaba su trabajo con una naturalidad que parecía despreocupada, aunque yo sabía que no lo estaba.

Ryan me dio un codazo sutil.

—Y que luego me digas que no miras o piensas nada —susurró, con una media sonrisa—. Se te cae la baba, sheriff.

Le miré con el ceño fruncido, intentando recomponerme. Sabía que no podía perder la cabeza, aunque mi mente estuviera completamente atrapada en cada gesto de Riley, en cómo su presencia podía cambiar el ritmo de la sala sin esfuerzo.

Jace detrás de la barra parecía cómodo y eficiente, pero le notaba pendiente de Riley en todo momento, y Emma estaba corriendo de un lado a otro, con el ceño fruncido y la sonrisa profesional de siempre, agradecida por la ayuda de los dos nuevos camareros.

Pero Riley… ella era el epicentro de mi atención. Cada movimiento suyo era preciso, elegante y seguro, y, aun así, había una chispa de desafío en su mirada que me recordaba que no estaba allí para ser protegida, sino para imponerse y marcar límites. Una combinación peligrosa para alguien como yo, acostumbrado a tener el control.

—No sabía que tenías ese talento para… —dije, en voz baja, para que solo ella lo escuchara mientras pasaba cerca—…mantener a raya a los imbéciles.

Riley me lanzó una sonrisa que era mitad broma, mitad desafío.

—Te aseguro que no necesito protección —dijo—. Pero gracias por querer dármela.

No pude evitar una sonrisa tensa. Era imposible leerla completamente, y eso me desarmaba más que cualquier otro enfrentamiento que hubiera tenido como sheriff en Minden.

Mientras volvía a sus mesas, llevándose las bandejas con seguridad, me di cuenta de que esa noche no solo se trataba de mantener el orden en el bar o de proteger a alguien de un imbécil. Se trataba de algo más, algo que me ponía los nervios a flor de piel, algo que aún no podía nombrar, pero que estaba ahí, latente y peligroso, igual que la chispa que Riley había dejado encendida con ese guiño y sus palabras finales.

¿Cuándo fue la última vez que pensé en lo que una mujer me había dicho? ¿Cuándo una mirada me había dejado sin palabras o una sonrisa me había hecho querer que fuera solo para mí?

Mucho tiempo, demasiado, y esa persona ya no estaba a mi lado, la había perdido y creí que jamás volvería a sentir lo mismo. Y así había sido hasta ahora, hasta que Riley llegó a Minden como si de un regalo de Navidad se tratase.

Capítulo 12



Cole

Me apoyé en la barra, sintiendo el frío del metal bajo los dedos mientras el aroma del bar me envolvía: madera, whisky, tabaco, cerveza y un leve toque de leña quemada que provenía de la chimenea en el salón. Ryan estaba a mi lado, con la cerveza en la mano y la mirada en algún punto indeterminado, como siempre hacía cuando trataba de calmar el estrés del día a día.

—Timmy y Scott están impacientes —dijo Ryan, rompiendo el silencio—. No les llega con el papeleo, quieren acción, quieren sentir que están haciendo algo más que rellenar informes y escribir partes de incidentes menores.

Asentí lentamente, dejando que su comentario se mezclara con mis propios pensamientos. Los dos chicos eran novatos, jóvenes, con ganas de comerse el mundo, y eso siempre terminaba de la misma manera: frustrados por la rutina, deseando que algo importante sucediera para demostrar que valían.

—Así empieza todo —dije, tomando un trago de mi cerveza—. No hay atajos. Todos hemos pasado por eso.

Mis ojos, sin embargo, no podían dejar de mirar a Riley, que se movía entre las mesas con la facilidad de alguien que había nacido para ese trabajo, para ese espacio. La manera en que sonreía, la forma en que los clientes parecían admirarla… había algo en ella que me perturbaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Recordé aquellas noches, dos años después de perder a mi mujer, cuando buscaba un bar cualquiera; necesitaba conocer a alguien para luego pasar unas horas en una habitación de hostal. Sexo sin compromiso, sin emociones, solo para saciar una necesidad que no me dejaba dormir, que me mantenía despierto en la soledad de la granja y de mi casa vacía. Esa había sido mi rutina durante cuatro años: un ciclo de encuentros sin sentido, un intento inútil de llenar un vacío que nada ni nadie parecía poder tocar.

Y ahora estaba aquí, viendo a Riley. Estaba claro: la veía como una mujer deseable, y sí, me acostaría con ella si tuviera la oportunidad. Pero había algo más. No entendía del todo por qué la rabia que sentí cuando Ferguson intentó tocarla me había hecho perder la cabeza por un instante. Esa mezcla de deseo, protección y… otra cosa que no podía nombrar me estaba volviendo más consciente de mí mismo de lo que había estado en años.

Ryan me dio un codazo, sacándome de mis pensamientos.

—¿En qué piensas? —preguntó, con una sonrisa ladeada.

—En nada —respondí, intentando sonar despreocupado, aunque mi pulso no me dejaba mentir.

—Si sigues mirándola así —dijo, señalando discretamente a Riley mientras pasaba junto a otra mesa—, la vas a acabar desgastando.

Resoplé, bebiéndome la cerveza de un trago mientras comprobaba que nadie formara un escándalo. Intentaba mantener la calma, mantener la distancia emocional que me había protegido todos esos años. Pero la mera presencia de Riley hacía que cada regla que me había impuesto empezara a resquebrajarse. La seguridad que irradiaba, la manera en que se movía y hablaba, y esa chispa de desafío en los ojos me mantenían alerta y, al mismo tiempo, desarmado.

No podía dejar de preguntarme qué tenía ella que las otras mujeres no habían tenido. Quizá era la combinación de inteligencia, confianza y belleza que parecía surgir sin esfuerzo; o quizá era algo más profundo, algo que resonaba con partes de mí que llevaba tiempo intentando ignorar. Esa mujer, que simplemente estaba sirviendo mesas en el bar de mi hermana, había

conseguido que mi mente volviera a un estado de alerta, y no solo por deseo, sino por algo mucho más complejo, más incómodo de aceptar.

Ryan se rio suavemente, dándome un codazo más fuerte.

—Sheriff… despierta. No la vas a devorar con la mirada, ¿verdad?

Suspiré, dejando que el aire se escapara mientras volvía a centrarme en el bar, en los clientes, en la seguridad de que todo estuviera en orden. Riley seguía moviéndose entre las mesas con naturalidad, y yo, por mucho que quisiera, no podía dejar de observarla, no podía dejar de pensar en ella y en la extraña mezcla de admiración, deseo y respeto que me provocaba.

La noche avanzaba sin incidentes, y yo me sorprendía a mí mismo notando lo mucho que había pensado en las palabras de Riley, en cada matiz de su voz, en la seguridad con la que se movía entre las mesas. No podía evitar seguir mirándola, observando cómo cada gesto, cada sonrisa que dedicaba a los clientes, despertaba algo en mí que hacía años no sentía. Era un deseo que no se reducía a la carne; había algo más profundo, un impulso de protección y, al mismo tiempo, de conexión que no estaba seguro de poder controlar.

Cuando ya no quedaba ningún cliente y los camareros comenzaban a recoger, la barra se convirtió en nuestro pequeño refugio. Ryan y yo nos sentamos con Emma, mientras ella hacía caja y contaba la recaudación de la noche. Riley y Jace contaban las propinas con cuidado, sumando cada billete, cada moneda, y poco a poco el resto de los camareros se fueron despidiendo, exhaustos pero satisfechos.

Jace, con esa sonrisa tranquila que siempre tenía, se acercó a Lucy y le dijo algo en voz baja, ofreciéndose a acompañarla a casa. Ella sonrió tímidamente y asintió, y por un instante me sorprendió la ternura que se reflejaba en su mirada. Luego se despidió de Riley con un beso en la frente, y pude ver cómo hablaban bajito, con Jace riéndose de algo que ella decía, aunque nadie más podía oír. Era un gesto simple, pero transmitía una complicidad que no pude evitar envidiar en silencio.

Al final, solo quedábamos en el bar Emma, Riley, Ryan y yo. Emma miró a Riley con gratitud, como si quisiera transmitir mil palabras con la mirada.

—Gracias, Riley —dijo—. Sin vosotros, esta noche habría sido un caos. No habría podido atender todas las mesas tan rápido.

—No ha sido nada —respondió Riley, quitándole importancia con una sonrisa—. Y con las propinas de esta noche, he recuperado lo que me gasté en ropa por la mañana.

Los cuatro nos reímos, una risa ligera y compartida que llenaba el bar vacío de una calidez casi tangible. Riley cogió su abrigo y se preparó para salir, ajustándose el gorro de lana con cuidado. Antes de que llegara a la puerta, Emma me miró fijamente, resoplando.

—No seas idiota, Cole. Llévala tú —dijo—. Está nevando.

Arqueé una ceja, intentando mantenerme serio, y Emma suspiró:

—Por favor, no te hagas el inocente. He visto cómo la mirabas toda la noche.

Ryan se rio a mi lado y añadió:

—Date prisa antes de que se vaya.

Terminé mi cerveza de un trago, me levanté del taburete y llamé a Riley, que se giró mientras se colocaba el gorro, y yo simplemente dije:

—Te llevo al hostal.

—No hace falta —respondió, aunque su sonrisa delataba que esperaba que insistiera.

—Como sheriff del pueblo, debo velar por la seguridad de todos —insistí —. Y más la tuya. No vaya a ser que vuelvas a despistarte y te atropellen.

Riley se rio suavemente, negando con la cabeza.

—Está bien, pero solo porque está nevando y no quiero congelarme en el camino.

Salimos al frío, la nieve cayendo lentamente sobre nosotros y dejando un manto blanco sobre las calles silenciosas de Minden. Caminamos hacia mi camioneta, y cuando llegamos, le abrí la puerta y la ayudé a subir, rodeándola por la cintura para que no se resbalara. El contacto fue breve, pero suficiente para que mi cuerpo reaccionara, recordándome la tensión que había contenido toda la noche.

Subí al coche y arranqué el motor. Riley suspiró, recostándose en el asiento con los ojos cerrados, y yo no pude evitar preguntar.

—¿Estás bien?

—Sí —dijo suavemente—. Solo que me gustaría no tener la mente dando vueltas a todo constantemente.

Miré hacia la carretera mientras conducía, pensando en sus palabras, y en ese lugar donde mi mente parecía querer escapar, y en cómo, por un instante, conseguía que yo también me olvidara de todo lo que me perseguía día tras día. Tal vez… tal vez podía ser lo mismo para ella.

Riley se acomodó mejor en el asiento, y por un momento, el silencio entre nosotros fue cómodo, casi familiar. La nieve seguía cayendo, el mundo ahí fuera quedaba difuso bajo el blanco, y yo pensaba que, quizá, esa noche en Minden estaba empezando algo que ninguno de los dos había esperado.

El aire frío que entraba por la rendija de la ventana del coche no podía enfriar lo que sentía. Y mientras conducía, sentí que, por primera vez en mucho tiempo, tal vez estaba empezando a encontrar un motivo para no seguir huyendo de todo.

Capítulo 13



Riley

El aire helado que entraba por la ventanilla del coche me obligó a ajustarme el abrigo, aunque no era la temperatura lo que me mantenía alerta. Cole había tomado un camino que no reconocía, y los edificios del pueblo se habían quedado atrás hacía mucho. Lo miré con el ceño fruncido.

—¿A dónde me llevas? —pregunté, intentando sonar firme.

—A un sitio que espero que te guste —me respondió, con esa voz tranquila y profunda que siempre parecía controlar todo a su alrededor.

No pude evitar esbozar una media sonrisa, aunque la tensión me recorría.

—Más te vale no ser un asesino en serie en el puesto de sheriff de Minden —bromeé, y me sorprendí riéndome cuando él soltó una carcajada grave que resonó en el habitáculo.

La risa se convirtió en una complicidad instantánea y ligera que por un momento me hizo olvidar la preocupación de la vida cotidiana. Seguimos avanzando hasta que, finalmente, el paisaje cambió.

Dejamos atrás los últimos árboles del bosque y llegamos a un claro. La nieve caía suavemente, pero la capa era ligera, dejando el suelo casi intacto. Por encima de nosotros, un cielo estrellado se desplegaba con una claridad que cortaba la respiración; cada constelación parecía brillante, incluso en

aquella noche de invierno. El aire olía a pino y a tierra húmeda, y por primera vez en días, sentí una calma real.

—Esto es… precioso —susurré, bajando del coche y ajustándome el abrigo un poco más.

Cole se acercó y apoyó su mano en mi brazo, con un gesto que era a la vez protector y seguro. Me miró con intensidad y luego bajó la voz:

—Riley, ¿qué es eso que no deja de dar vueltas en tu cabeza?

Suspiré, tocando el colgante de plata que colgaba de mi cuello, la medalla azul que había pertenecido a mi madre.

—Solo son cosas… —dije en apenas un susurro inaudible.

—No tienes que guardártelas para ti —dijo él—. A veces es bueno hablar.

Cerré los ojos, dejando que el frío y la tranquilidad me ayudaran a soltar parte de todo lo que llevaba dentro, porque había cosas que, por mucho que quisiera, no podía contarlas a la ligera, ni a un sheriff como él, ni a nadie.

Así que le hablé del incendio, de la pesadilla que se repetía en mis sueños, de los recuerdos que me mantenían despierta, de la sensación de impotencia y de pérdida que me marcaba aún años después. Del dolor que sentí al quedarme sola, de aquellos años en el orfanato y de la esperanza de que alguien me llevara a un lugar al que poder llamar hogar, que nunca llegó.

Cole me escuchaba en silencio, sin interrumpir, solo con la mirada fija en mí, atenta y profunda.

Después de un momento, él habló con voz grave, con un dolor contenido que parecía pesarle en cada palabra:

—Sé cómo te sientes, porque yo también perdí a alguien a quien quería, y mucho. —Le vi cerrar los ojos y coger aire, como si necesitara ese pequeño impulso de valor para seguir hablando—. La noche en que perdí a Claire… todavía escucho el chirrido de los neumáticos, el golpe sordo contra el guardarraíl… y el silencio que vino después. Claire, mi esposa… se fue

demasiado pronto. La carretera estaba cubierta de hielo, y un ciervo apareció en el peor momento. Aún recuerdo su risa apagándose, su mano soltándose de la mía. Desde aquella noche no ha vuelto a haber más música, ni risas en mi coche. Me centré en el trabajo, en la granja familiar y en no dejar de culparme de que, si hubiera estado un poco más atento, no los habría perdido esa noche.

—¿Los? —pregunté, con el corazón encogido y una ligera sospecha.

—Claire estaba embarazada de seis meses. Hicieron todo lo posible por salvar a nuestro hijo, pero no pudieron. Murió, como ella. Perdí a los dos, y hay noches en las que ese momento se repite en mis sueños, y no hay un solo día en el que no piense que debí ser yo el que muriera, y no ellos.

Me estremecí al escuchar la verdad de su historia, la vulnerabilidad que estaba segura de que raramente mostraba. Me sentí un poco menos sola y, sin pensar, me lancé a abrazarlo. Él se quedó quieto un instante, sorprendido, y luego me rodeó con fuerza. Sentí su respiración mezclarse con la mía, y un suspiro profundo escapó de su pecho.

Cuando nos separamos, nos quedamos mirándonos fijamente. Con suavidad, él me secó las lágrimas de las mejillas con los pulgares, y sentí cómo mi corazón se aceleraba de forma irracional. Mi lengua pasó inconscientemente por mis labios y no pude dejar de notar cómo sus ojos se oscurecieron mientras me miraba los labios, y luego volvían a mis ojos.

Sin que ninguno de los dos supiera quién dio el primer paso, nos encontramos en un beso cargado de urgencia y necesidad, una mezcla de hambre y deseo contenida durante semanas. La nieve caía a nuestro alrededor, el silencio del claro hacía que todo pareciera más intenso, más íntimo. Cada gesto, cada roce de manos, cada inhalación compartida estaba lleno de tensión y complicidad.

Nos quedamos unos segundos atrapados en el claro, respirando con dificultad, los cuerpos todavía temblando por el beso. La nieve seguía cayendo con suavidad, y el silencio absoluto del lugar nos rodeaba como un escudo invisible, aislándonos del mundo.

—Vamos… —susurró Cole mientras señalaba la camioneta—. Dentro estaremos más cómodos.

Asentí, y caminamos juntos hacia la camioneta. El aire gélido hacía que el calor de su mano sobre mi cintura fuera más intenso, más necesario. Al llegar, él me abrió la puerta y me ayudó a subir, y sentí sus dedos rozando mi espalda de una manera que me hacía estremecer. Me senté en el asiento, todavía respirando con rapidez, y noté cómo su presencia llenaba todo el espacio a mi alrededor.

Cole se sentó a mi lado y arrancó el motor, pero ninguno de los dos habló. Fuera, la nieve caía con lentitud, girando como diminutas espirales de luz blanca bajo la débil iluminación de las farolas, pero dentro, el aire estaba cargado de algo distinto: una tensión cálida, cargada de electricidad y de esa energía que solo surgía cuando dos personas se reconocían de golpe, sin palabras, como si lo hubieran esperado toda la vida sin saberlo.

Me recosté contra el asiento, intentando respirar con normalidad, pero fue imposible. Cada movimiento de Cole me hacía sentir una mezcla de alerta y deseo, como si cualquier roce accidental fuera suficiente para encender un fuego que no podría apagar. Noté cómo sus ojos me seguían en cada gesto, cómo sus manos descansaban cerca de mí sin tocarme, pero enviando corrientes invisibles que recorrían mi piel de manera incontrolable.

Nos miramos, y antes de poder pensarlo demasiado, nos acercamos de nuevo.

Nuestros labios se encontraron con urgencia y hambre contenida, manos explorando, tocando, buscando. Cada roce, cada caricia, era un descubrimiento. La necesidad entre nosotros crecía con cada segundo, el deseo era palpable, eléctrico, y no pudimos resistirnos. Cole pasó una mano por mi espalda, tirando suavemente de mí hacia él, y yo correspondí apoyando mi frente contra la suya, respirando con dificultad.

—Riley —susurró, rompiendo el silencio de la camioneta—. Nunca había sentido algo así…

Me estremecí con su voz. Era grave, profunda, y cada palabra estaba impregnada de algo más que intención; estaba cargada de verdad, de necesidad. Incliné la cabeza, tratando de responder, pero no encontré palabras. Solo podía sentir cómo mi corazón latía con fuerza, cómo mi respiración se mezclaba con la suya, y cómo cada fibra de mi cuerpo pedía acercarse a él.

—Yo… —Empecé, y luego me callé, incapaz de articular algo más. Su proximidad era demasiado, y, sin embargo, era lo que más deseaba.

Fue él quien dio el primer paso, acercándose lentamente, hasta que nuestras frentes se tocaron. Sentí el calor de su piel filtrarse a través de la ropa, un calor que contrastaba con el frío de la noche afuera, y me dejé llevar, cerrando los ojos mientras mis manos buscaron instintivamente las suyas. Al principio nos tomamos de manera torpe, como explorando, pero después nuestras manos se entrelazaron con naturalidad, como si se reconocieran.

—Riley… —murmuró, y mi nombre en su boca fue un escalofrío que recorrió mi columna.

Nos quedamos así, atrapados en un momento que parecía detenido en el tiempo. Cada respiración, cada latido, cada pequeño contacto era un mensaje sin palabras. No había necesidad de hablar más; todo estaba dicho en la tensión de nuestras manos entrelazadas, en la proximidad de nuestros cuerpos, en la electricidad que saltaba entre nosotros.

Entonces, sus labios rozaron los míos. Un roce leve al principio, como tanteando el terreno, y luego el beso se volvió aún más urgente, hambriento, lleno de esa necesidad que ambos habíamos contenido toda la noche. Fue un beso que quemaba, que prometía, que arrancaba suspiros y hacía que el mundo entero desapareciera. Sentí cómo mi corazón se aceleraba, cómo mis manos se aferraban a su chaqueta, a su cuello, buscando sentirlo más cerca, más presente, más mío.

Capítulo 14



Riley

Jamás había sentido algo así, tan intenso, tan real. Había estado con otros hombres, por supuesto que sí, pero esto… Dios, esto era mil veces mejor que ninguna de las otras que había vivido antes.

—Cole… —susurré entre besos, y él respondió con un murmullo que hizo temblar cada fibra de mi cuerpo.

Nuestros cuerpos se acercaron aún más, y sentí cómo su brazo rodeaba mi cintura, atrayéndome hacia él con firmeza, pero sin violencia, con una mezcla de cuidado y necesidad que me dejó sin aliento. Cada caricia era un descubrimiento, cada roce un mensaje silencioso de deseo y ternura. No había prisa, y, sin embargo, todo ocurría con una intensidad que nos consumía.

—Esto… —susurré, apoyando la frente contra la suya—. Esto es perfecto.

—Sí… perfecto —replicó él, con esa suavidad en la voz que hacía que todo mi cuerpo temblara.

Sus manos recorrieron mi rostro con delicadeza, y al mirarme a los ojos, vi reflejada en ellos la misma mezcla de hambre, deseo y ternura que sentía yo.

Poco a poco nos fuimos despojando de capas y capas de ropa, de todas esas prendas que teníamos como barrera y que evitaban que sintiéramos nuestros cuerpos. Cuando quedé completamente desnuda ante él, sentí esa misma vergüenza que me había acompañado durante años, pero cuando Cole

vio esa zona quemada en mi cadera, esa piel rugosa y por el paso del tiempo, vi un destello en sus ojos que no supe descifrar. Y entonces hizo algo que me dejó sin palabras completamente.

Me recostó en el asiento y se inclinó sobre mí, acariciando esa marca que me quedó cuando lo perdí todo siendo una niña. Cerré los ojos tragando con fuerza y pensando que hasta ahí habíamos llegado en nuestro encuentro furtivo, y volví a abrirlos cuando sentí el calor de sus labios sobre esa parte de mi piel.

Le miré con los ojos abiertos y sorprendida, observando cómo besaba mi cicatriz, esa quemadura que a tantos otros les había resultado casi repulsiva. Cole me miró, sin dejar de acariciarme la zona, y volvió a besarla mientras deslizaba la mano libre por el interior de mi pierna hasta alcanzar mi muslo.

No tardé en sentir sus dedos deslizándose en mi entrepierna, tocando esa zona sensible de mi cuerpo que en ese momento se encontraba excitada y ligeramente húmeda. Sonrió al notarlo y, con una mirada de lobo hambriento, separó mis piernas y llevó su rostro entre ellas.

Gemí al sentir la punta de su lengua entre mis pliegues, lamiendo mi clítoris tan despacio que me estremecí de pies a cabeza mientras cerraba los ojos y arqueaba la espalda.

¿Cuándo fue la última vez que alguien se preocupó de darme placer a mí antes del suyo propio? Dios, no recordaba a nadie que lo hubiera hecho.

Seguí gimiendo mientras Cole lamía mi clítoris con lo que parecía devoción, mientras sus dedos se deslizaban entre mis pliegues despacio, de arriba abajo, y todo mi cuerpo se estremecía de puro placer. Me penetró con un dedo y me agarré al asiento de la camioneta mientras gritaba. Después sentí que añadía un segundo dedo y, cuando noté que comenzaba a penetrarme rápido y con fuerza, tirando hacia él con ambos dedos curvados sin dejar de lamer mi clítoris, supe que estaba perdida.

Bastaron unos pocos minutos para que me dejara llevar y me corriera con tal intensidad que pensé que se me romperían las uñas al agarrarme al asiento.

Tras el último coletazo de mi primer y brutal orgasmo, Cole me besó el interior del muslo antes de incorporarse. En el momento en el que se situó de rodillas entre mis piernas y vi su miembro, grande, erecto y de un grosor casi desmesurado, tragué de nuevo saliva pensando que sería imposible que pudiera acogerlo entero.

Él sonrió con suficiencia, sin duda sumamente acostumbrado a esa reacción, y se inclinó para besarme mientras su glande se acercaba a mi vagina y la rozaba despacio.

—Tranquila, que iré con cuidado —murmuró, y me sostuvo la pierna flexionada para que le rodeara la cintura con ella.

Después, poco a poco y mientras me acariciaba la mejilla y me miraba fijamente, fue adentrándose despacio, centímetro a centímetro, mientras todo mi ser se estremecía, mientras mis gemidos salían entrecortados de mis labios, y mis manos se aferraban con fuerza a su espalda.

—Oh, Dios —jadeé al sentirle completamente dentro.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Perfectamente —jadeé mientras movía las caderas, incitándole a moverse él.

Cole sonrió, se apoderó de mis labios en un beso hambriento y comenzó a moverse despacio al principio, entrando y saliendo, haciéndome gemir en su boca, hasta que comenzó a moverse aún más rápido y mis propias caderas iban al encuentro de sus embestidas.

Me incliné un poco más hacia él, sintiendo su respiración cerca, el calor de su cuerpo contra el mío. Cada beso se volvió más profundo, más prolongado, más urgente, como si quisiéramos comunicar sin palabras todo lo que sentíamos. Cada roce, cada suspiro, cada gesto aumentaba la tensión que nos envolvía, haciéndonos conscientes de cada pulso, de cada reacción, de cada latido compartido.

—Riley… —susurró de nuevo, y el simple sonido de mi nombre en sus labios era suficiente para hacerme estremecer—. Eres preciosa y perfecta.

—Sigue —jadeé—. No pares —le pedí, y mi voz tembló un poco al decirlo. Apoyé mi mano en su pecho, sintiendo cómo su corazón latía al unísono con el mío, y la cercanía nos envolvía en un mundo propio, separado de todo lo demás.

Volvió a besarme y el ritmo de nuestros cuerpos uniéndose cada vez era más rápido y sus penetraciones más profundas. Sentí de nuevo el orgasmo formarse y, en cuestión de segundos, los músculos de mi vagina rodearon el miembro de Cole con fuerza; él me miró y ambos comenzamos a movernos más deprisa, dispuestos a alcanzar el clímax.

Y lo hicimos, juntos, al unísono, gimiendo y gritando mientras el vaivén de nuestros cuerpos hacía que la camioneta se moviera con la nieve aún cayendo sobre ella. Cuando todo acabó, simplemente nos abrazamos, respirando entrecortadamente, recobrando el aliento.

Nos quedamos así durante un tiempo que parecía infinito, explorando con la mirada, con las manos, con los labios. Cada gesto era un diálogo silencioso, cargado de deseo y de algo más profundo, de una conexión que nos sorprendía a ambos. Me sorprendía la manera en que me leía, cómo sabía exactamente cuándo apartarme o acercarme, cuándo detenerse y cuándo continuar.

—Riley… —susurró él entre besos, su voz grave y cargada de tensión—. No he podido evitarlo.

Sonreí, acariciando su cabello con suavidad mientras lo miraba a los ojos.

—Ha sido perfecto —dije de nuevo, acariciándole el cabello, y él suspiró, dejando que mi mano deslizara los dedos entre los suyos—. No me importaría repetir, la verdad.

—¿Ahora? —preguntó, arqueando una ceja y sonriendo de esa manera que me hacía derretirme por dentro—.

—De todos modos… me iba a costar dormir —susurré, y el roce de nuestras frentes provocó otro escalofrío.

Nos acercamos otra vez, fundiéndonos en un beso largo, profundo, lleno de hambre y urgencia. Cada caricia era una confirmación de que lo que sentíamos era real, y que no había marcha atrás. La camioneta se convirtió en nuestro mundo, un refugio donde podíamos ser vulnerables, donde podíamos desear sin miedo, donde podíamos entregarnos al momento sin pensar en nada más.

Sentí cómo su mano recorría mi espalda con delicadeza, cómo sus dedos se enredaban en mi cabello, cómo su respiración se mezclaba con la mía. Todo era intenso, urgente, apasionado, y a la vez cargado de ternura y complicidad.

Nos separamos un momento, respirando con dificultad, con las frentes apoyadas una contra la otra, y nos sonreímos. No hacía falta hablar; todo estaba dicho en la manera en que nos mirábamos, en cómo nuestras manos aún se buscaban, en la tensión que nos mantenía unidos.

Nos abrazamos, nos exploramos con las manos y los labios, y cada contacto era una promesa silenciosa, un pacto entre nosotros. La nieve seguía cayendo afuera, lenta y silenciosa, mientras nosotros nos perdíamos el uno en el otro, compartiendo calor, deseo y una conexión que parecía desafiar el tiempo y el espacio.

Era intenso, era ardiente, era perfecto, y aunque sabía que no debía enamorarme del sheriff, no podía evitarlo. Cada mirada, cada beso, cada caricia me lo recordaba.

Y en medio de todo eso, supe que quería más, que necesitaba más, que deseaba estar allí, atrapada en aquel momento, con él, por siempre, aunque fuera solo por unas horas.

Capítulo 15



Cole

El aroma del café recién hecho siempre tenía algo de hogar. No el tipo de hogar que se construía con paredes y tejados. Sino el que se asentaba en los recuerdos, en las risas de la infancia y en las manos de mi madre moviéndose entre tazas, cucharillas y el sonido metálico del reloj de pared marcando las ocho en punto.

Llevaba casi una hora en la granja. La nieve había caído toda la noche, fina pero constante, cubriendo el terreno con una capa de blanco que relucía bajo el sol débil de finales de noviembre. El aire olía a madera húmeda y a tierra fría.

—Tienes las manos heladas, hijo —dijo mi madre al dejar la cafetera sobre la mesa de madera, esa misma que mi padre había hecho cuando yo era niño.

—He tenido que empujar la puerta del granero para poder entrar —respondí, frotándome las palmas mientras ella llenaba las tazas—. La nieve se había acumulado justo delante.

Mi madre se rio, ese tipo de risa suave que aún sonaba como una canción vieja.

—Deberías venir más a menudo, así me ayudarías con esas cosas.

—Sabes que, si me llamas, vengo.

—Lo sé —respondió, sirviendo el café y sentándose frente a mí—. Pero a veces prefiero dejarte tranquilo. Desde que te mudaste al centro del pueblo, apenas paras.

Le di un sorbo al café. Estaba fuerte, justo como a ella le gustaba, con ese amargor que despertaba hasta al más dormido.

—El trabajo no se hace solo —dije.

—¿Y cómo va la comisaría? —preguntó con una sonrisa cómplice—. ¿Sigues manteniendo el orden de todos esos hombres testarudos?

—Más o menos —contesté, encogiéndome de hombros—. Aunque últimamente el mayor problema del pueblo son las palas de nieve atascadas y los gatos que se meten en los motores de los coches.

—Ah, la rutina de Minden —dijo, divertida.

Durante un rato, el único sonido fue el del viento contra los cristales. La cocina seguía igual que siempre: cortinas de cuadros rojos y blancos, el horno de leña en la esquina, el calendario de la ferretería colgado junto al teléfono y ese olor a galletas que parecía no irse nunca del todo.

—He tenido nuevas crías —comentó mi madre con orgullo—. Cuatro ovejitas nacieron esta semana. Pequeñas, suaves; una de ellas tiene una manchita negra en el hocico, parece que lleva bigote.

Sonreí.

—¿Y pollitos? —curioseé.

—También —asintió, llevándose la taza a los labios—. Han salido seis esta vez. Uno no parecía que fuera a sobrevivir, pero lo he tenido en una cajita junto a la estufa, y ya picotea el pienso como si nada.

—Sabes que cuando necesites provisiones o leña, solo tienes que llamar —le dije—. Paso por el aserradero al menos dos veces por semana.

Ella me miró con esa expresión que solo una madre podía tener: mezcla de orgullo y ternura. Luego me frotó el brazo con los dedos, en ese gesto cariñoso que siempre me desarmaba.

—Lo sé, hijo. Pero no quiero molestarte.

—No es molestia —repliqué.

Ella sonrió de nuevo, pero en su mirada noté algo más: ese brillo curioso que solía preceder a los temas que no me gustaban.

—A propósito —empezó, revolviendo su café con la cucharilla—, la panadera me ha contado algo interesante.

—Ah, ¿sí? —dije, desconfiando ya de antemano.

—Sí. Me ha dicho que casi atropella a una chica el otro día Ben Smith con el camión. Que tú estabas allí y lo evitaste.

Solté un suspiro, apoyando los codos sobre la mesa.

—En este pueblo los cotilleos corren más rápido que las gallinas, mamá.

Ella soltó una carcajada.

—No lo dudo. Pero dime, ¿es cierto?

—Más o menos —respondí—. Ben salió sin mirar. Ella cruzaba la calle distraída. Si no llego a apartarla a tiempo, habríamos tenido que lamentar algo peor.

—Ay, ese Ben... —dijo, negando con la cabeza—. Siempre ha sido un buen muchacho, pero tan despistado que da miedo.

—Si sigue así, cualquier día tendremos una desgracia de verdad.

Mi madre asintió lentamente, pero no cambió de tema.

—¿Y la chica?

—¿Qué pasa con la chica? —pregunté, aunque sabía perfectamente a dónde quería llegar.

—Dicen que está de vacaciones en el pueblo. Emma me comentó que ella y su amigo estuvieron ayudando en el bar hace un par de noches.

—Sí —admití—. La noche de póker estuvo a tope y Emma aceptó su ayuda. Riley se ofreció voluntaria.

Mi madre se llevó la taza a los labios, y al hacerlo, vi cómo se le curvaba la comisura de la boca en una sonrisa sutil.

—¿Por qué sonríes así? —le pregunté, arqueando una ceja.

—Porque has dicho su nombre de un modo distinto al de cualquier otra mujer —contestó sin mirarme directamente, fingiendo inocencia.

—Por favor, mamá —protesté, levantándome para llevar mi taza al fregadero—. No empieces a inventarte historias.

Ella se rio, levantando las manos.

—Está bien, está bien. No diré nada.

Terminé el café de un trago y miré el reloj.

—Tengo que irme al trabajo.

—¿Ya? —preguntó—. Pensé que te quedarías un rato más.

—Ryan me espera. Tenemos que revisar la organización para la rifa y la entrega de regalos de Navidad.

—Ah, la rifa —dijo, entusiasmada—. ¿Ya tenéis todo preparado?

—Sí, más o menos. Ryan se está encargando de la mayoría de los detalles —contesté, y ella asintió satisfecha.

—Siempre me ha gustado que el pueblo se una por esas cosas.

—Sí, aunque cada año cuesta más que la gente colabore —respondí, poniéndome el abrigo.

Fui hacia la puerta, y ella se levantó para acompañarme. Cuando me agaché para darle un beso en la mejilla, me sujetó la cara con las dos manos, con esa calidez que ni el invierno podía enfriar.

—No es malo sentir algo por una mujer, hijo —dijo con suavidad—. Claire no querría verte solo el resto de tu vida.

Suspiré, bajando la mirada.

—Lo sé, mamá.

Me coloqué el sombrero, y el crujido de las botas sobre el suelo de madera marcó el fin de la conversación. Fuera, el aire cortaba la piel como cuchillas de hielo. La nieve se rompía bajo mis pasos cuando caminé hacia la camioneta aparcada frente al granero.

El cielo estaba despejado, de un azul pálido que prometía más frío antes del anochecer. Subí a la camioneta, encendí el motor y dejé que el rugido llenara el silencio del campo.

Mientras el camino serpenteaba hacia el pueblo, no podía apartar la mente de ella. De Riley.

La imagen de su cabello cayendo sobre el asiento volvió con fuerza. La forma en que me había mirado aquella noche, como si quisiera olvidar el mundo entero durante unas horas. Su respiración entrecortada, sus dedos enredados en mi camisa.

Habían pasado solo dos días desde entonces, pero me parecía más. Había algo en ella que no era como las demás. No era solo deseo. Había fragilidad bajo esa lengua afilada, una especie de melancolía que me recordaba demasiado a mí mismo.

Me había contado que perdió a sus padres en un incendio cuando era niña. Sin duda, la cicatriz en su cadera era el recuerdo de aquella noche. Y yo le había contado mi propia pérdida.

El viento golpeaba los cristales, y me obligué a centrarme en la carretera. Las ruedas chirriaban sobre el hielo, y los árboles desnudos se alineaban a ambos lados del camino, como centinelas grises.

Me pregunté qué pensaría Claire si pudiera verme ahora. Si entendería que, después de tantos años, el vacío que dejó seguía ahí, pero que quizá… quizá había alguien capaz de llenarlo un poco.

Negué con la cabeza, intentando espantar la idea. No era momento de pensar en eso. No era momento de sentir nada.

El pueblo apareció a lo lejos, con su hilera de casas cubiertas de nieve y las luces navideñas que Emma ya había empezado a colgar en el porche del bar. La torre del reloj sobresalía sobre los tejados, marcando las nueve y media.

Reduje la velocidad y giré por la calle principal. Un grupo de niños jugaba lanzándose bolas de nieve frente a la panadería. Saludé con la mano a uno de ellos y seguí hasta aparcar frente a la comisaría.

Antes de bajar del coche, me quedé un instante mirando mi propio reflejo en el retrovisor. Tenía el ceño fruncido, la barba algo más crecida de lo habitual y ojeras que ni el café de mi madre lograba borrar.

“No es malo sentir algo por una mujer”. La voz de mi madre llenó mi mente en ese momento. Resoplé y apagué el motor.

Fuera, el aire era aún más frío. Me subí el cuello del abrigo y miré hacia el cielo. Empezaban a caer pequeños copos de nieve otra vez, ligeros como cenizas.

Cerré la puerta de la camioneta y caminé hacia la entrada de la comisaría. Cada paso sobre el hielo y la nieve me recordaba que el invierno había llegado para quedarse, igual que los pensamientos que no podía dejar atrás.

Y aunque intenté convencerme de que solo había sido una noche, que lo que pasó con Riley no significaba nada… La verdad era que llevaba dos días enteros pensando en ella. Y eso, en mi mundo, era mucho más de lo que me permitía sentir.

Capítulo 16



Cole

El letrero de la comisaría crujió ligeramente con el viento cuando empujé la puerta de entrada. Dentro, el aire estaba más templado, impregnado del olor a café recalentado y papel viejo. La calefacción central zumbaba con ese sonido constante que ya se había vuelto parte del paisaje sonoro del lugar.

Timmy estaba junto al archivador, intentando meter una carpeta demasiado gruesa en un cajón que claramente no cerraría. El pobre llevaba apenas seis meses en el cuerpo, y aún no había aprendido que en esa comisaría nada encajaba a la primera, ni los cajones ni los horarios.

—Si empujas más fuerte, vas a romper el mueble —le dije, dejando mi sombrero sobre el perchero.

Timmy se giró sobresaltado.

—Sheriff, buenos días. Yo… esto… es que los informes de denuncias del mes pasado no caben ya en el archivador.

—Entonces empieza un nuevo archivador —respondí, quitándome el abrigo.

—Sí, señor.

Scott, el otro agente de turno, levantó la vista desde su mesa. Estaba con el uniforme perfectamente abrochado, el cinturón impecable, el cabello rubio

corto y el gesto serio de quien se tomaba su trabajo demasiado en serio para un pueblo tan tranquilo.

—Buenos días, jefe —saludó, levantando su taza.

—Buenos días —dije mientras me acercaba al despacho de Ryan.

Desde la puerta podía ver a mi ayudante y mejor amigo sentado tras su escritorio, tecleando con rapidez. Tenía la chaqueta del uniforme desabrochada y una expresión de concentración que pocas veces le veía.

—¿Qué haces tan temprano con cara de funeral? —pregunté, cruzando los brazos en el marco de la puerta.

Ryan alzó la vista, y sus ojos marrones reflejaron una mezcla de cansancio y picardía.

—Estoy con el asunto de Walter Jensen —dijo, girando la pantalla hacia mí.

Me acerqué para echar un vistazo. En el monitor aparecían unas fotos y un informe breve.

—¿Qué ha hecho esta vez? —pregunté.

—Dice que le han robado dos sacos de pienso del cobertizo. Pero según su vecino, anoche lo vio borracho intentando alimentar a los ciervos detrás de su casa.

Me pasé una mano por la cara, reprimiendo una risa.

—¿Y qué versión crees tú?

—La del vecino, sin duda —respondió Ryan con una media sonrisa—. Pero hay que redactar el informe, ya sabes. Procedimiento.

—Procedimiento —repetí, tomando asiento frente a él.

Durante unos segundos me quedé en silencio, mirando el escritorio lleno de papeles, el árbol de Navidad a medio montar en la esquina y el termómetro pegado al cristal de la ventana marcando cuatro grados bajo cero.

Ryan se giró hacia mí, apoyando los codos sobre la mesa.

—Vale, dime qué te pasa.

—¿Qué me pasa?

—Sí. Tienes esa cara que pones cuando estás pensando demasiado.

—Solo venía a preguntar cómo va la rifa y la entrega de juguetes para los niños —respondí, esquivando su mirada.

—Ajá… —dijo, con tono incrédulo—. Todo va bien, pero tenemos un pequeño problema.

—¿Qué clase de problema?

Ryan suspiró y se recostó en la silla.

—El viejo Leo no va a poder ser Santa Claus este año.

—¿Por qué? —pregunté arqueando la ceja.

—Se cayó ayer de la escalera, limpiando el granero. Se ha roto la pierna.

Fruncí el ceño.

—¿Es muy grave?

—No, pero tiene para seis semanas de escayola y muletas. Así que, ya ves… sin Santa Claus.

Me incliné hacia atrás en la silla, resoplando.

—Genial. Cada año lo mismo. Nadie se ofrece, y el único que lo hacía de buena gana ahora está en cama.

—Podrías hacerlo tú —dijo Ryan con un tono tan casual que supe que lo había estado guardando desde hacía rato.

Le miré fijamente.

—¿Yo?

—Claro. Eres el sheriff, los niños te adoran y tienes la voz grave perfecta para el "Ho. Ho. Ho."

—Ni hablar —repliqué, alzando las manos.

—Vamos, Cole. No sería tan terrible.

—Ryan, tengo una reputación que mantener. No pienso vestirme de Santa.

—¿Y si nadie más se ofrece?

—Entonces será un problema para el comité de eventos, no para mí.

Él soltó una carcajada.

—Te lo vas a pensar igual. Lo sé.

—Sigue soñando —dije, poniéndome de pie.

Salí de su despacho, y mientras lo hacía escuché cómo decía a mis espaldas:

—Te conozco, Hawthorne. Te acabarás poniendo el gorro rojo.

Negué con la cabeza, pero no pude evitar sonreír.

En mi propio despacho el ambiente era más silencioso. Olía a papel, a madera encerada y a café recién hecho gracias a la cafetera que había comprado Emma el año anterior "para modernizar un poco tu cueva", según sus palabras.

Dejé el abrigo y el sombrero en el perchero, encendí el ordenador y me senté. El sonido del arranque llenó el silencio, y durante unos segundos intenté concentrarme en los correos y en los informes de tráfico.

Pero mi mente no estaba allí. Volvió a aquella noche. La noche en que Riley había ayudado en el bar de Emma.

El local estaba a rebosar; las mesas llenas, la música demasiado alta, las risas y el olor a cerveza mezclándose con el humo del fuego en la chimenea. Emma iba de un lado a otro, y recuerdo ver a Riley entre las mesas con el delantal de mi hermana atado en la cintura.

Había algo en ella que atraía las miradas. No solo su cuerpo, aunque eso era difícil de ignorar, sino esa forma de moverse, ligera pero firme, como si estuviera acostumbrada a estar alerta. Su voz sonaba con un toque divertido, haciendo que su sarcasmo flotara en el aire como una provocación.

Cuando todo acabó, cuando los últimos borrachos salieron tambaleándose y Emma se quedó recogiendo vasos, Riley y yo terminamos fuera, bajo la luz amarillenta del porche. La nieve caía despacio, y ella temblaba a pesar del abrigo.

No recordaba quién se acercó primero. Solo podía recordar su mirada. Y después, su boca.

Había sido una noche corta, pero intensa. De esas que no se planeaban.

Pero lo que más se me había quedado grabado no era el sexo en sí, sino todo lo que vivimos. Y recordaba perfectamente su cicatriz. Esa marca de quemadura en la cadera izquierda.

Pude notar en su mirada cuando vio que me había fijado en ella que se avergonzaba, pero no era un problema para mí ni mucho menos; eso no le restaba belleza a su perfecto cuerpo. Así que hice lo que sentí que debía hacer para calmarla; besé la cicatriz con todo el cuidado del mundo.

Ahora, mientras revisaba los informes de la comisaría, volví a mirar la foto sobre mi escritorio. Era la misma que llevaba años allí: Claire y yo en la granja, el día que hicimos la foto para la tarjeta de Navidad. Ella embarazada,

con mi abrazo rodeándole el vientre, ambos sonriendo como si el futuro fuera invencible.

Nuestra última foto antes de la tragedia.

Pasé los dedos sobre el cristal del marco.

—¿Estaré haciendo lo correcto, Claire? —murmuré—. ¿O solo intento llenar el vacío con algo que no entiendo?

El silencio fue mi única respuesta. Fuera, el viento hizo vibrar los cristales.

Intenté volver al trabajo. Abrí los correos. Había uno de la alcaldesa pidiendo informes sobre las patrullas de noche y otro de la oficina regional solicitando estadísticas. Tecleé un par de respuestas automáticas, pero cada vez que la pantalla se quedaba en blanco, mi mente volvía a ella.

Riley riéndose. Riley susurrando mi nombre en mitad de la noche. Sacudí la cabeza.

—Céntrate, Hawthorne —me recriminé, pero era inútil.

Había algo en ella que me atraía de una forma que hacía años no sentía. Y no era solo deseo. Era… complicidad. Entendimiento. La sensación de que ambos sabíamos lo que era cargar con fantasmas.

Un golpe suave en la puerta me devolvió a la realidad.

—¿Sí? —dije.

Timmy asomó la cabeza.

—Sheriff, ¿quiere que saque el coche para patrullar la zona norte? Scott dice que la carretera hacia el molino está con placas de hielo.

—Hazlo —respondí—. Pero ten cuidado en la curva del puente. Ya sabes cómo se pone.

—Sí, señor.

Cuando cerró la puerta, me quedé un instante mirando el reflejo en el cristal del marco de la foto. El hombre que me devolvía la mirada tenía más arrugas, más peso sobre los hombros. No era el mismo que Claire conoció. Ni el que ella amó.

Y, aun así, Riley había visto algo en mí.

Suspiré, me levanté y caminé hasta la ventana. Desde allí se veía la calle principal cubierta de nieve. Emma cruzaba de un lado a otro con una caja de adornos en los brazos. Seguramente iba a decorar el porche del bar.

En ese momento pensé en lo que mi madre me había dicho esa mañana.

"No es malo sentir algo por una mujer". Quizá tenía razón. Pero sentir algo no significaba que debiera actuar en consecuencia.

No con alguien como Riley. No con alguien que claramente escondía tanto como yo.

Apreté la mandíbula y volví al escritorio.

El resto de la mañana pasó entre llamadas rutinarias, formularios y el sonido de Ryan discutiendo con el técnico del ayuntamiento por la calefacción rota del centro comunitario. De vez en cuando me preguntaba si Riley se quedaría más tiempo en el pueblo o si realmente solo había venido de paso.

Minden no era el tipo de lugar donde la gente se quedara mucho tiempo, a no ser que buscara precisamente lo que yo había aprendido a apreciar: silencio, anonimato y una forma de huir de los recuerdos.

Tal vez ella buscaba lo mismo.

Cuando el reloj marcó la una, Ryan apareció en mi puerta con un par de cafés.

—Paz y cafeína, sheriff —anunció, dejando uno sobre mi mesa.

—Gracias.

—¿Has pensado lo de Santa Claus?

Le lancé una mirada de advertencia.

—No.

—Mientes fatal —respondió, riéndose.

—Y tú hablas demasiado.

Ryan se sentó frente a mí.

—He hablado con Emma esta mañana. Dice que Riley y su amigo seguirán ayudando en el bar las noches que más lleno esté.

Intenté no reaccionar, pero él me observaba demasiado bien.

—¿Y qué? —pregunté, fingiendo indiferencia.

—Nada. Solo que parece buena chica. Emma dice que tiene carácter.

—Tiene —reconocí, y Ryan arqueó una ceja.

—¿Y tú qué opinas?

Le sostuve la mirada.

—Opino que no es asunto tuyo.

—Ah, entonces sí te gusta.

Resoplé.

—¿De verdad no tienes nada mejor que hacer?

—No hasta que llegue el informe del laboratorio —respondió con una sonrisa pícara, y me pasé una mano por la cara.

—Ryan, a veces me pregunto cómo llegaste a ayudante de sheriff.

—Encantador, eficiente y con un sexto sentido para detectar tus líos emocionales. Por no mencionar que soy tu mejor amigo y que era tu compañero cuando no éramos más que un par de polis como Timmy y Scott.

No pude evitar sonreír.

—Estás muy sobrado hoy.

—Es el espíritu navideño —dijo, levantándose—. Te va a alcanzar quieras o no, incluso si tienes que ponerte un gorro rojo para sentirlo.

Salió del despacho riendo antes de que pudiera lanzarle el bolígrafo y me quedé solo otra vez. Fuera empezaba a nublarse, y el cielo se teñía de un gris que prometía más nieve antes del anochecer.

Volví a mirar la foto. Luego al marco vacío sobre la repisa, donde solía estar otra foto: la de Claire en la granja, riéndose mientras sostenía un cachorro. La había guardado tiempo atrás porque dolía verla todos los días.

Ahora, sin embargo, no estaba seguro de si el dolor venía de la ausencia o del miedo a olvidar.

Riley tenía cicatrices visibles y otras que no mostraba, estaba seguro. Yo también. Y quizá por eso, cuando cerré los ojos un instante y dejé que el murmullo lejano de la calefacción llenara el silencio, supe que pensar en ella no era solo un error. Era una rendición.

Una que, a pesar de todo, no estaba seguro de querer evitar.

Capítulo 17



Riley

El aire de Minden olía a leña quemada y pan recién hecho. A veces, ese aroma me tranquilizaba; otras, me recordaba que no pertenecía a aquel lugar.

La nieve crujía bajo nuestras botas mientras caminábamos por la calle principal. Las luces navideñas ya colgaban de los postes, y los escaparates mostraban árboles decorados, cintas rojas y muñecos de nieve de peluche. Todo parecía sacado de una postal, y, aun así, yo solo podía pensar en lo lejos que estaba de Nueva York… y de la vida que habíamos dejado atrás.

—Vale —dijo Jace, rompiendo el silencio—. Han pasado tres días. ¿Piensas contarme ya qué pasó con el sheriff?

Le lancé una mirada de advertencia, pero él sonrió con ese gesto de medio lado que me sacaba de quicio desde que éramos adolescentes.

—No empieces, Jace.

—No me digas que solo te llevó al hostal, porque no me lo creo.

Suspiré. Sabía que no me dejaría en paz.

—Y tú podrías empezar contándome qué pasó entre tú y Lucy aquella noche —contraataqué, metiendo las manos en los bolsillos del abrigo.

Jace se rio por lo bajo, el aliento convirtiéndose en vapor frente a su cara.

—No tengo que contarte lo que estoy seguro de que ya sospechas.

—Entonces estamos empatados —repliqué, devolviéndole la sonrisa con sarcasmo, y él soltó una carcajada.

—Sabía que el sheriff te miraba como el lobo queriendo comerse a Caperucita.

—No seas idiota —resoplé—. Solo fueron un par de polvos, y dudo que se repita. Ni siquiera lo he vuelto a ver desde aquella noche. Y eso que este pueblo es más pequeño que el baño de nuestro antiguo piso.

—¿Te gusta? —preguntó con esa voz tranquila que usaba cuando sabía que me estaba pinchando en el sitio justo.

—No estoy ciega, Jace —dije, volteando los ojos—. Tengo ojos, y sí, es un hombre atractivo. Me gusta, como les gusta a otras veinte mujeres de este pueblo que lo miran como si fuera el último trozo de pastel.

Jace sonrió con suficiencia.

—No son competencia para ti. A ninguna la ha mirado como te mira a ti.

—Por favor —bufé—. No voy a hacerme ilusiones. Después de Fin de Año, nos iremos, y él seguirá aquí. No volveremos a vernos.

Él caminó unos pasos más en silencio, pateando un poco de nieve con la punta de la bota.

—Eso puede arreglarse.

—Ah, ¿sí? —pregunté, arqueando una ceja.

—Podríamos quedarnos. Buscar trabajo, vivir en el hostal una temporada. Helen no tendría problema. Este sitio podría ser el final de la huida.

Me quedé en silencio, mirando cómo un grupo de niños lanzaba bolas de nieve en el parque. El sonido de sus risas flotaba en el aire como campanas.

—Es un sueño muy bonito, Jace —dije al fin—, pero no tenemos tanto dinero. Ni siquiera sabemos cuánto tiempo podríamos resistir sin volver a correr.

—Solo piénsalo —insistió, mirándome de reojo—. Podemos seguir huyendo y empezar de cero en otro lugar, o podríamos parar aquí. Creo que Minden podría ser ese sitio, Lay… —corrigió enseguida, bajando la voz, y yo me tensé—. Riley.

—Lo pensaré —dije, aunque los dos sabíamos que era una mentira piadosa.

Jace me sonrió y me besó la mejilla antes de alejarse un paso.

—Eso me basta.

—¿Dónde vas? —pregunté, frunciendo el ceño.

—He quedado para comer con Lucy en su casa —respondió, con ese maldito guiño suyo.

—¿Y me lo dices ahora? —protesté.

—Así no intentas convencerme de que me quede contigo. —Se encogió de hombros, divertido—. No te enfades, anda.

Suspiré y crucé los brazos.

—Gracias por avisar.

—De nada, hermanita —contestó, dándome una palmada en el hombro antes de marcharse calle abajo.

Lo observé mientras se alejaba, silbando algo que se perdió entre el ruido del viento y el repiqueteo de los cascabeles que decoraban las farolas.

Jace y Lucy. Nunca lo habría imaginado, pero en cierto modo me alegraba por él. Llevaba demasiado tiempo protegiéndome, cargando con mis miedos, con mis mentiras. Merecía distraerse un poco.

Yo, en cambio, no tenía plan para el mediodía, salvo intentar no pensar en el sheriff. Cole Hawthorne.

Solo pronunciar su nombre en mi cabeza era suficiente para que el estómago me diera un vuelco. Y no porque me hubiera tratado mal, todo lo contrario, sino porque había sido demasiado fácil perderme entre sus brazos. Demasiado fácil olvidar lo que éramos, de dónde veníamos.

Y yo no podía permitirme eso. Las personas como yo no tenían derecho a enamorarse.

El viento se levantó mientras caminaba hacia el bar de Emma. El cartel de madera que colgaba sobre la entrada se movía ligeramente, tintineando con cada ráfaga. Al entrar, el calor me envolvió, junto con el murmullo de conversaciones y el olor a sopa, pan tostado y cerveza.

Emma estaba detrás de la barra, riendo con Adam, uno de los camareros, cuando me vio.

—¡Riley! —exclamó, quitándose el delantal—. Justo a tiempo. Iba a tomarme un descanso para comer. ¿Te unes?

—Claro —respondí, quitándome el abrigo.

Nos sentamos en una de las mesas junto a la ventana. La nieve caía despacio fuera, y dentro el ambiente tenía ese punto cálido y bullicioso que solo los bares de pueblo conseguían.

—Cada día está más lleno esto —comenté.

—Por suerte —dijo Emma, sonriendo—. Abrí este lugar pensando que no duraría ni un invierno. Minden no es precisamente Nueva York. Pero la gente necesitaba un sitio donde reunirse, beber, desahogarse un poco… y aquí estamos.

—¿Siempre has vivido aquí?

—Nací aquí —respondió—, pero me fui cuando tenía veinte años. Intenté buscar algo diferente, ya sabes. Pasé por Denver, por Chicago… pero al final

uno siempre vuelve a casa.

Asentí. Entendía perfectamente esa contradicción entre querer escapar y necesitar pertenecer.

—¿Y tu hermano? —pregunté con cuidado.

Emma sonrió con picardía.

—Así que quieres hablar de Cole.

—Tú lo has mencionado, no yo —dije, aunque el calor me subió a las mejillas.

—Ajá. —Se recostó en la silla—. ¿Fue un caballero? ¿Te dejó en la puerta del hostal, o debería preocuparme por lo contrario?

Levanté una ceja.

—¿Estás intentando averiguar si me acosté con tu hermano?

—Sí —respondió sin dudar, riéndose—. Porque estoy segura de que él no lo admitiría ni con diez cervezas en el cuerpo —contestó y me eché a reír.

—No pienso responderte.

—No hace falta. —Su sonrisa se amplió—. Sin palabras, ya me lo has dicho todo.

Volteé los ojos, pero no pude evitar reírme con ella.

—Eres terrible, Emma.

—Lo sé. Pero es mi trabajo sacar información.

Durante un momento, el tono se suavizó. Ella me miró con algo de ternura, apoyando el codo en la mesa.

—Mi hermano… —empezó—. Es buen hombre. Pero lleva demasiado tiempo encerrado en sí mismo. Desde que perdió a Claire y al bebé, vive para el trabajo. No quiere volver a enamorarse, no quiere volver a sentir.

Bajé la mirada, jugando con la servilleta.

—Lo entiendo.

—Pero lo he visto mirarte, Riley —añadió, con una sonrisa leve—. Y créeme, algo en ti le ha hecho despertar.

Iba a responder, pero en ese momento la puerta del bar se abrió y entraron dos hombres cubiertos de nieve. Reconocí al instante la figura alta y la barba oscura de Cole. A su lado, Ryan.

El corazón se me aceleró como si me hubieran pillado robando.

—Vaya —susurró Emma, sin dejar de sonreír—. Hablando del diablo.

Cole me vio. Y esa mirada bastó para borrar todo el ruido del bar. Emma soltó una risita traviesa.

—Tengo la sensación de que tu día va a terminar en su casa.

—¿Qué? ¡No! —protesté, casi atragantándome con mi agua.

—Ya lo veremos. Cuando se tomen el café, me darás la razón —dijo, levantándose para ir a la barra.

Cole se acercó mientras Emma se alejaba.

—Hola, Riley —saludó, con esa voz grave que me erizaba la piel.

—Hola —respondí en voz baja, intentando sonar casual.

—¿Puedo sentarme?

—Es un sitio público —dije, encogiéndome de hombros.

Sonrió y se sentó frente a mí. El olor a su colonia, madera, pino y algo más oscuro, me golpeó de lleno.

—Siento no haberte buscado antes —dijo—. He tenido mucho trabajo y he estado ayudando a mi madre en la granja.

—No pasa nada —contesté.

—Me gustaría invitarte a cenar esta noche en mi casa, pero no me daría tiempo a cocinar nada decente —añadió, mirándome de reojo—. Así que tendré que conformarme con invitarte a algún plato precocinado.

—No sería la primera vez que cenara uno —sonreí.

—¿Eso es un sí?

Lo pensé un segundo, pero acabé asintiendo.

—Eso es un sí.

Cole sonrió, solo un instante, pero suficiente para que el corazón me diera otro vuelco. Justo entonces Emma y Ryan regresaron con cuatro tazas de café.

—Reunión improvisada —anunció ella, dejándolas sobre la mesa.

Nos sentamos los cuatro. Hablamos del bar, de la fiesta de inicio de las Navidades que se celebraría la semana siguiente. Ryan y Cole contaron que estaban organizando la rifa y la entrega de regalos para los niños del pueblo.

—Todo va bien —decía Ryan—, salvo que el viejo Leo no podrá ser Santa Claus. Se ha roto la pierna.

—Vaya —murmuré.

—Así que ahora tenemos que encontrar otro voluntario —añadió Cole.

—Podrías hacerlo tú —saltó Emma, divertida, y Cole arqueó una ceja.

—¿Tú también? ¿Os habéis confabulado Ryan y tú?

Emma sonrió, y en ese instante noté algo en la forma en que Ryan la miraba. Había complicidad. Quizá algo más. Pero no dije nada.

—Sería la mejor opción y lo sabes —dijo Emma.

—Sí, sheriff —añadí, sin pensar demasiado—. Y si necesitáis ayuda, puedo ser tu elfa ayudante.

En cuanto lo dije, me arrepentí. Cole me miró y, durante una fracción de segundo, sus ojos se oscurecieron de tal modo que sentí cómo un escalofrío me recorría entera.

Emma aplaudió.

—¡Eso sería fantástico! Sé dónde conseguir el traje perfecto para ti. Si Cole acepta, lo encargo esta tarde.

Cole cerró los ojos un instante y suspiró.

—Está bien. Seré Santa Claus este año. Pero solo porque no quiero que los niños se queden sin verlo.

Emma chilló de alegría, se levantó y lo abrazó. Luego sacó un block y un bolígrafo del bolsillo del delantal.

—Riley, dame tus medidas y talla de zapatos, que pido el traje ya.

—¿Ahora? —pregunté, sonrojándome.

—Sí, ahora. —Me guiñó un ojo.

Tragué saliva y se las di. Ella las apuntó mientras tarareaba una canción navideña.

—Desde luego —dijo al terminar—, estas van a ser las mejores Navidades que haya vivido Minden en mucho tiempo.

Cole y Ryan se levantaron poco después. Un aviso en una granja cercana los obligaba a irse. Antes de marcharse, Cole se inclinó un poco hacia mí.

—Paso a recogerte por el hostal a las siete y media.

Asentí, con el corazón desbocado. Cuando se fueron, Emma se quedó mirándome con una sonrisa de lo más perversa.

—¿Qué? —pregunté.

—Sabía que acabarías la noche con mi hermano —respondió, riendo mientras se ponía de pie para volver al trabajo.

Yo me quedé allí, con el café enfriándose entre las manos, intentando convencerme de que no debía involucrarme tanto con aquella gente.

Porque cuando llegara enero, me marcharía. Y lo último que podía permitirme era dejar parte de mí en Minden.

Capítulo 18



Cole

Había nieve en el aire. De esa que no caía de golpe, sino que flotaba, girando despacio, iluminada por las farolas como polvo de cristal. El cielo estaba limpio y el frío se notaba incluso dentro de la camioneta, aunque el motor llevaba un rato encendido para calentar el interior.

Apreté el volante un segundo antes de bajar. No sabía por qué los nervios me habían dado tan fuerte. No era la primera vez que iba a buscar a una mujer para cenar, pero algo en Riley me descolocaba por completo. Tal vez era que no sabía qué esperar. Tal vez era el modo en que me miraba, como si viera lo que ni yo quería reconocer.

El hostal de Helen brillaba a lo lejos, con las luces de Navidad bordeando el tejado. En la entrada había un árbol adornado con cintas rojas y campanitas plateadas. Aparqué y bajé, ajustándome la bufanda mientras subía los escalones del porche.

Iba a abrir, pero la puerta se abrió antes de que lo hiciera, y tuve que hacer un esfuerzo consciente para no quedarme mirándola demasiado tiempo. Riley estaba preciosa.

Llevaba un vestido de lana beige que se ajustaba a su cuerpo con una elegancia simple, unas botas altas negras y medias oscuras que asomaban apenas cuando se movía. Encima, un abrigo marrón y un gorro de lana del mismo tono. El maquillaje era sutil, casi imperceptible, solo un toque que

realzaba sus ojos verde grisáceos, esos ojos que parecían capaces de leerlo todo.

Durante unos segundos no fui capaz de decir nada.

—Estás… —Me aclaré la garganta—. Preciosa.

Ella se sonrojó, bajando la mirada un instante antes de sonreír.

—Gracias, sheriff.

Le tendí la mano para ayudarla a bajar los escalones. La suya era cálida, pequeña, pero firme. La acompañé hasta la camioneta, abrí la puerta del copiloto y la ayudé a subir. Cuando cerré detrás de ella, vi cómo sus mejillas seguían encendidas.

El motor rugió cuando lo puse en marcha, y el aire caliente empezó a llenar el interior.

—Huele muy bien —comentó, aspirando el aroma.

—He recogido la cena antes de venir a buscarte —respondí, sonriendo.

—¿En el bar de Emma?

—Esta vez se lo he pedido a mi madre. No se puede competir con sus guisos.

Ella rio suavemente.

—Entonces promete ser una noche interesante.

El trayecto hasta mi casa fue tranquilo. No hablamos mucho; el silencio entre nosotros no era incómodo, sino expectante. A veces, cuando las palabras sobraban, el aire se llenaba de cosas que no se decían, y eso bastaba.

El cielo se había oscurecido del todo mientras la camioneta iluminaba el camino con sus faros, y la nieve seguía cayendo despacio, como si el mundo hubiera bajado el ritmo solo para observarnos.

Cuando llegamos, Riley se inclinó hacia el cristal.

—Vaya… —susurró.

La casa estaba rodeada por un terreno amplio, cubierto por una capa blanca que brillaba bajo la luz del porche. Era una construcción de madera envejecida, robusta, con un tejado inclinado y un ventanal grande en el salón que dejaba ver la luz del fuego en el interior.

—Es preciosa —dijo Riley, aún mirando a través de la ventanilla.

—Tiene sus años —respondí, apagando el motor—, pero me gusta pensar que todavía aguanta mejor que yo.

—No lo creo.

Su tono era suave, sincero, y tuve que apartar la vista para disimular la sonrisa que me arrancó.

Bajé y le abrí la puerta. Ella extendió la mano y la ayudé a salir. El aire frío nos envolvió al instante, y los copos se posaron sobre su gorro y sus pestañas. Por un momento pensé en besarla allí mismo, en mitad de la nieve, pero me limité a acompañarla hasta la puerta.

Empujé el pomo y el calor de la chimenea nos recibió como un abrazo.

La casa olía a leña, a esa mezcla de hogar y soledad que siempre había tenido. Encendí un par de lámparas, y Riley se detuvo en el salón, observando en silencio.

—Es preciosa —repitió, más despacio esta vez.

—Gracias —dije, dejando el abrigo en el perchero—. Me alegra que te guste.

La estancia principal era amplia: suelo de madera pulida, una chimenea de piedra encendida, el árbol de Navidad en una esquina, adornado con luces cálidas y cintas doradas, todo ello obra de mi hermana; no iba a mentir. Sobre la repisa había fotos enmarcadas y pequeños recuerdos de años pasados.

Riley se acercó despacio, fijándose en una de las fotos.

—¿Puedo? —preguntó, y asentí.

La cogió con cuidado. Era una de Claire y yo el día de nuestra boda. Ella llevaba un vestido de encaje blanco con botas vaqueras; yo, un traje gris y sombrero. Sonreíamos como si el mundo se redujera a aquel instante.

—Era preciosa —dijo Riley, casi en un susurro.

—Lo era —respondí, y me obligué a sonreír—. Muy cabezota, también.

Ella dejó la foto donde estaba y miró otra, en la que Claire, embarazada, apoyaba las manos sobre su vientre mientras yo la abrazaba por detrás.

—Parece feliz.

—Lo éramos.

El silencio se alargó un segundo más de la cuenta, y entonces Riley se giró hacia mí con una sonrisa que agradecí más de lo que podía decir.

—¿Dónde cenamos?

—Ven.

La mesa estaba ya preparada. Dos platos esperando que los llenáramos, pan recién hecho y una botella de vino. Riley se sentó frente a mí, y el fuego iluminaba su rostro con un brillo dorado.

—¿Esto es obra de tu madre, entonces? —preguntó al probar el guiso después de que lo sirviera.

—Enteramente —respondí, orgulloso—. Si la policía tuviera su mano en la cocina, nadie pasaría hambre.

Riley se echó a reír.

—Tiene talento.

—Demasiado. No sé cómo consigue que hasta las judías sepan a gloria.

—Probablemente con amor —dijo, mirándome con una sonrisa.

—O con manteca. —Le guiñé un ojo—. En este pueblo las dos cosas funcionan igual de bien.

La cena fue tranquila, llena de pequeñas bromas y risas. Me sorprendía lo fácil que era hablar con ella, lo natural que se sentía todo. Era como si hubiera estado sentada en esa mesa toda la vida.

Cuando llegó el momento del postre, una tarta de arándanos con nata que había preparado mi madre, Riley se inclinó un poco hacia delante.

—No puedo más, pero esto tiene una pinta increíble.

—Siempre hay sitio para el postre —repliqué.

—Eso dices tú porque eres alto y estás en forma y te lo puedes permitir. A mí se me va a ir directa a las caderas.

—Yo no hago trampas, solo trabajo demasiado. —Corté un trozo y se lo tendí—. Prueba.

Ella aceptó el tenedor y tomó un pequeño bocado. Sus ojos se cerraron un segundo, y soltó un leve suspiro.

—Dios… está buenísima.

—Te lo dije.

Riley rio y dejó el tenedor.

—Tienes razón, sheriff.

No hacía falta nada más. El fuego crepitó de fondo y por un momento sentí que todo en mi vida encajaba de nuevo.

—Entonces, ¿listo para ser Santa Claus? —preguntó, rompiendo el silencio, y resoplé.

—Listo no es la palabra. Más bien resignado.

—Oh, venga. —Riley sonrió—. No puede ser tan terrible.

—No deberías haberte ofrecido para vestirte de elfa. Bastante ridículo haré yo solo.

—No pienso que sea ridículo —dijo, apoyando el codo en la mesa—. Todo lo que tenga que ver con los niños merece la pena.

—¿Te gustan los niños? —curioseé.

—Mucho —respondió sin dudar—. Después de haber pasado diez años en un orfanato, aprendí que cada sonrisa cuenta.

Aquellas palabras me tocaron más de lo que esperaba. La miré, intentando imaginar a esa versión más joven de ella, una niña con los mismos ojos llenos de fuego y tristeza, aprendiendo a sobrevivir sin nadie.

—Debió de ser duro.

—Lo fue. Pero también me enseñó a no rendirme.

—Eso se nota.

Ella sonrió, y durante un segundo, el tiempo se detuvo.

Cuando terminamos de cenar, recogí los platos mientras ella insistía en ayudar.

—Eres una invitada, no mi sirvienta —protesté.

—Y yo no sé quedarme quieta —respondió, llevándose los cubiertos al fregadero, y me reí.

—Lo tendré en cuenta.

Cuando terminamos, le ofrecí una copa de vino.

—¿Te apetece una más junto al fuego?

—Claro. —Su sonrisa era suficiente respuesta.

Cogí la botella y dos copas, y la guie hacia el sofá frente a la chimenea. El fuego seguía vivo, proyectando sombras sobre las paredes. Riley se acomodó en un extremo, y yo en el otro, aunque la distancia entre nosotros parecía disminuir con cada palabra que cruzábamos.

Ella habló de Nueva York, de su trabajo, de lo importante que era Jace en su vida desde que la defendió en el orfanato. Yo hablé del pueblo, de mi madre, de los días largos en la comisaría y de cómo Ryan siempre encontraba la forma de hacerme perder la paciencia y la risa al mismo tiempo.

Nos reímos mucho. Más de lo que esperaba. Y cuando se hizo el silencio, no hubo incomodidad. Solo la sensación de que, por primera vez en mucho tiempo, no necesitaba llenar el vacío con nada.

La miré de reojo. La luz del fuego jugaba con su rostro, resaltando la curva de sus labios y el brillo de sus ojos. Tenía una manera de morderse el labio inferior cuando pensaba que me hacía perder el norte. Y lo sabía.

Esa era Riley: un torbellino disfrazado de calma.

Terminé mi copa y la dejé en la mesa baja. Ella hizo lo mismo, y nuestras manos se rozaron. Apenas un segundo. Suficiente para que el aire se volviera más denso, más eléctrico.

No dije nada. Ella tampoco. El fuego, el vino y la cercanía hicieron el resto. Y en ese momento supe, sin palabras, que esa noche no iba a ser una noche cualquiera.

Capítulo 19



Cole

El fuego crepitaba en la chimenea y el viento soplaba fuera con ese murmullo grave que parecía envolver la casa entera. Dentro, el calor era suave, casi somnoliento, y el silencio tenía peso.

Riley estaba sentada frente a mí, con las piernas cruzadas. Su mirada se había perdido en las llamas, y un mechón de su cabello caía sobre su mejilla.

Pensé que nunca había visto a nadie tan hermosa sin intentarlo.

El fuego proyectaba destellos dorados en su piel, y cada vez que respiraba, la lana de su vestido se movía apenas sobre su pecho, como si el aire mismo la acariciara.

Quise decir algo, cualquier cosa, pero las palabras no llegaban. Ella giró la cabeza entonces y nuestras miradas se encontraron. No fue una de esas miradas rápidas o educadas. Fue una que duró lo suficiente como para que todo lo demás dejara de existir.

Riley inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Qué estás pensando? —preguntó en voz baja y sonreí.

—Que no debería estar pensando lo que estoy pensando.

—¿Y qué es?

—Que, si te beso, no voy a poder detenerme.

Ella no se apartó. No se rio. Solo sonrió y, con ese gesto, supe que no necesitábamos más conversación.

Me incliné despacio. No hubo prisa ni torpeza, solo el sonido del fuego y el roce del aire. Cuando mis labios rozaron los suyos, fue como si el corazón me golpeara el pecho por dentro. Ella respondió enseguida, con una suavidad que me desarmó, y la mano que tenía en el sofá buscó la suya.

Su piel era cálida, suave, temblorosa.

El beso creció sin darnos cuenta, de lo dulce a lo urgente, de la duda al deseo. Sentí su respiración contra mi boca, el pequeño suspiro que escapó cuando la acerqué más, y supe que no había vuelta atrás.

Nos movimos casi al mismo tiempo, sin romper el contacto. Riley terminó sentada sobre mis piernas, el vestido de lana arrugado entre nosotros, sus manos en mi cuello, las mías en su espalda. El calor del fuego nos alcanzaba a los dos, mezclándose con el de la piel.

Cada beso era una conversación silenciosa. Cada respiración, una promesa que ninguno de los dos se atrevía a pronunciar.

—Cole… —susurró contra mis labios, y su voz me hizo estremecer de anticipación.

—Dime.

—No estoy segura de si esto es buena idea.

—Yo tampoco —admití—. Pero ahora mismo no quiero otra cosa.

Ella apoyó la frente en la mía.

—Ni yo.

El resto sucedió con esa naturalidad que solo tenían las cosas inevitables.

Sin dejar de besarnos, comenzamos a desnudarnos el uno al otro, a tocarnos y contemplarnos con los ojos brillantes por el deseo. Y sí, estaba seguro de que los míos estaban igual de brillantes que los de Riley.

Cuando la tuve desnuda y sentada sobre mi regazo, comencé a besarle el cuello, la clavícula, a bajar despacio por el torso y detenerme en uno de sus pechos. La miré al tiempo que deslizaba la lengua sobre su pezón, ya erecto, y vi cómo tragaba saliva con fuerza y se mordía el labio inferior.

Lamí, mordisqueé y tiré con mis dientes del pezón haciendo que Riley gimiera con los ojos cerrados mientras se agarraba con ambas manos a mis rodillas, dejándose caer ligeramente hacia atrás. Y mientras lamía y mordisqueaba el otro pezón, deslizaba mis manos por sus costados, notando bajo la yema de los dedos cómo cada centímetro de su cuerpo se estremecía bajo mi tacto.

La atraje hacia mí sin dejar de atender sus pezones, esos que cada segundo que pasaba notaba más duros y excitados, al igual que podía sentir el calor que desprendía su sexo sobre mi miembro erecto y palpitante. No sabía cómo era capaz de mantener todo ese autocontrol para no penetrarla allí mismo.

Pero no quería que esta noche fuera algo rápido como la primera vez, quería tomarme mi tiempo, saborearla, excitarla, darle placer y que se sintiera deseada, porque, joder, la deseaba como no había deseado a ninguna otra mujer en años.

Llevé una mano entre sus piernas y gimió al notar mis dedos deslizándose entre sus pliegues. La encontré tan húmeda que mi miembro dio un brinco de anticipación, y juro que me costó no penetrarla como deseaba.

Comencé a deslizar los dedos entre sus pliegues, acariciando y pellizcando su clítoris mientras ella gemía y seguía agarrándose a mis rodillas. Lamí, mordisqueé y besé sus pezones y seguí besando hasta llegar a su cuello y por fin a esa boca que tanto me llamaba y me tentaba.

Devoré sus labios sin miedo, con hambre y esa necesidad que la mujer que tenía entre mis brazos, gimiendo presa del placer, me hacía tener.

La penetré con dos dedos y comenzó a moverse al ritmo que marcaba mi mano; gemía y me pedía que no parara, cosa que no pensaba hacer en toda la noche. Apenas unos instantes después sentí que su cuerpo se preparaba para el orgasmo, por lo que me puse de pie sosteniéndola con un brazo y la acomodé en el sofá, sentada con las nalgas al borde, y me situé entre sus piernas.

La miré un segundo mientras seguía penetrándola con dos dedos, curvándolos y tirando hacia mí hasta que gemía y cerraba los ojos con una cara de deseo que me desarmaba, y volví a besarla mientras seguía penetrándola.

Me detuve y protestó, sonreí como un chiquillo travieso y, tras colocarme sus piernas flexionadas sobre los hombros, comencé a lamer su sexo húmedo y caliente, haciéndola gritar de puro placer.

—Cole… Jesús… —dijo entre jadeos mientras yo seguía lamiendo con mi lengua entre sus pliegues, torturando su clítoris y haciendo que se estremeciera y se moviera en busca de más.

Volví a penetrarla con dos dedos y en cuestión de segundos se dejó llevar y alcanzó el clímax mientras gritaba y sostenía mi cabello con una mano.

Cuando se quedó laxa en el sofá tras aquella intensidad que la recorrió por completo, besé el interior de su muslo y me puse en pie cogiéndole la mano para que me siguiera.

Nos dejamos caer despacio sobre la alfombra, frente a la chimenea. El fuego era un mar de luz anaranjada y sombras que bailaban sobre la madera.

Sus dedos recorrieron mi espalda, mi rostro, mi pecho, como si quisiera memorizarlo todo. Yo la miré sin poder apartar los ojos de ella. Riley era fuego y calma, ternura y tempestad. Cada movimiento suyo parecía una pregunta, y cada respuesta mía era un “sí” silencioso.

Me acomodé entre sus piernas y volví a besarla mientras ambos nos movíamos al unísono, dejando que nuestros sexos se rozaran, que la humedad que emanaba de ella cubriera mi miembro y que el deseo, las ganas y nuestra excitación fueran en aumento a cada segundo que pasaba.

Hasta que cuando ninguno de los dos pudo más, guie mi miembro a la entrada caliente de su vagina y me adentré en ella despacio al principio, uniéndonos por completo con una profunda embestida que hizo que ambos jadeáramos de placer.

Seguimos besándonos mientras mi miembro entraba y salía de su cuerpo, rápido y fuerte, profundo y certero, y mis jadeos se unieron a sus gemidos y gritos, mezclándose con el crepitar del fuego.

Sus manos recorrían mi cuerpo tanto como las mías recorrían el suyo; nuestras miradas se encontraban cuando nuestros labios se separaban para recobrar el aliento, y en sus ojos vi el deseo y la pasión que sentía en cada célula de mi cuerpo.

Esa mujer era increíble en todos los sentidos, y era mía; por cuánto tiempo no lo sabía, pero el que ella quisiera darme a su lado lo atesoraría como el mayor de los tesoros.

Entre besos y respiraciones entrecortadas, el tiempo se volvió borroso. Nada existía fuera de aquel pequeño espacio donde el calor nos envolvía y el mundo se reducía a la piel, a las miradas, a ese deseo que quemaba sin hacer daño.

La escuché pronunciar mi nombre entre jadeos suaves cuando ambos alcanzamos el clímax al unísono, y no supe si era una plegaria o una promesa. Yo solo podía responder con lo único que tenía: ternura.

Después, cuando el fuego empezó a bajar y solo quedaban brasas, Riley se quedó enredada entre mis brazos, con la cabeza sobre mi pecho. El silencio era tan profundo que se oía su respiración acompasada con la mía.

Le acaricié el pelo, despacio, y pasé los dedos por su mejilla. Su piel estaba tibia, y su sonrisa, una de esas pequeñas, como si se estuviera quedando dormida, me golpeó más fuerte que cualquier palabra.

La besé en la frente, en la nariz, en los labios. Y ella abrió los ojos apenas un segundo, mirándome con una mezcla de ternura y vértigo.

—¿En qué piensas? —preguntó.

—En que no sé cómo describir esto. —Mi voz sonó más baja de lo que pretendía—. En que hacía mucho que no me sentía así.

Ella sonrió con un brillo travieso.

—¿Eso es bueno o malo?

—Creo que es… real. —Le acaricié la mejilla con el pulgar—. Y eso me asusta un poco.

Riley no respondió enseguida. Se limitó a mirar el fuego, que aún chisporroteaba. Luego volvió a mí.

—A mí también.

Sus palabras flotaron en el aire, tan sinceras que dolieron. La besé de nuevo, con suavidad, solo un roce de labios.

—No tienes que tener miedo.

—No lo tengo —susurró—. Solo… no quiero pensar en el mañana por el momento.

—Entonces no lo hagas.

Ella cerró los ojos, apoyando la frente en la mía.

—¿Quieres que te lleve al hostal o quieres quedarte aquí a dormir? —pregunté, esperando que dijera lo segundo.

—¿Qué quieres tú? —contestó.

Riley me miró fijamente, y el brillo de las brasas se reflejó en sus ojos.

—Quiero que te quedes —dije con toda sinceridad, porque deseaba que se quedara.

—Entonces, me quedo —sonrió.

Y no necesité más. La besé despacio, disfrutando del placer de saber que esa noche no tendría que despedirme de ella.

Me incorporé y extendí una mano hacia ella. Riley la tomó sin vacilar. Su piel encajó en la mía con una familiaridad que me estremeció.

—Ven —dije.

La ayudé a levantarse, y en ese movimiento tan simple hubo algo de ceremonia, de promesa muda. Ella se rio por lo bajo cuando la rodeé con los brazos y la cogí para llevarla.

—No hace falta que me lleves —protestó, divertida.

—Sí que hace —repliqué—. Porque puedo.

—Eres un cabezota.

—Y tú una tentación andante.

Riley apoyó la cabeza en mi hombro mientras subía las escaleras. Su respiración rozaba mi cuello, y el sonido de nuestros pasos era lo único que rompía el silencio.

Al llegar a mi habitación, empujé la puerta con el pie. El fuego de abajo proyectaba aún una luz anaranjada que se filtraba por el pasillo. La dejé sobre la cama, despacio, y me quedé mirándola, sin poder evitarlo.

Riley levantó la mano y me tocó la barbilla, guiándome hacia ella.

—Ven aquí, sheriff —susurró con esa sonrisa que podía incendiar un bosque entero. Y fui.

No sabría decir cuánto tiempo pasó después.

Solo recordaba su risa ahogada, mis dedos enredados en su pelo, su nombre escapándose de mis labios entre suspiros.

Fue un momento hecho de deseo, sí, pero también de calma. No fue una conquista, ni una huida. Fue una rendición mutua. Y mientras la tenía entre mis brazos, con su cuerpo encajando contra el mío, entendí algo que no había querido aceptar en mucho tiempo: que aún era capaz de sentir.

Cuando todo se calmó, ella se acurrucó junto a mí, con la sábana cubriéndonos hasta la cintura. Fuera, el viento seguía soplando, pero dentro solo había paz.

Le aparté un mechón del rostro.

—¿Estás bien?

—Más que bien. —Su sonrisa era serena, cansada y jodidamente hermosa.

—No sé si esto es una locura —dije en voz baja—, pero si lo es, no quiero cura.

—No lo pienses —murmuró ella—. Solo… vívelo.

Me reí con suavidad.

—Eso intentaré.

—Y mañana ya veremos. —Apoyó la cabeza en mi pecho, y en un susurro añadió—: Si esto termina cuando acabe el año, al menos lo habremos vivido bien.

Sus palabras me atravesaron como un cuchillo. La abracé más fuerte, como si así pudiera convencer al tiempo de quedarse quieto.

Pensé que quizá tenía razón. Que, si esto iba a acabar, entonces viviría cada segundo como si fuera el último.

Y mientras ella se dormía, con el fuego ya convertido en brasas, supe que había algo más en juego de lo que ninguno de los dos estaba dispuesto a admitir.

Capítulo 20



Riley

Desperté con la luz dorada del amanecer filtrándose a través de las cortinas. La habitación olía a leña, café y a él.

El silencio era tan dulce que no quise moverme durante unos segundos, solo respirar, sentir, quedarme flotando en esa paz que hacía tanto no conocía.

Habían pasado dos semanas desde aquella primera noche en casa de Cole, y no había habido un solo día que no hubiéramos cenado juntos… ni una sola noche que no acabara igual que aquella.

Cada vez me decía que no debía dejar que se convirtiera en costumbre. Y, sin embargo, cada vez que me miraba, que rozaba mi piel o que me hablaba con esa voz grave y tranquila, se me olvidaba todo lo que no debía sentir.

Me giré un poco, y sentí el peso de su brazo rodeándome la cintura, fuerte, cálido, firme. La yema de sus dedos se movía despacio por mi vientre desnudo, trazando círculos perezosos sobre mi piel.

Sonreí sin abrir los ojos, sabiendo que estaba despierto y que, muy probablemente, sonreía también.

—Buenos días, sheriff —murmuré con voz ronca.

—Buenos días, preciosa —susurró junto a mi oído, y su aliento me erizó la espalda.

Me giré despacio hasta quedar frente a él. Cole tenía los ojos entreabiertos, el pelo despeinado, esa sombra de barba que me encantaba, y una sonrisa ladeada que era puro peligro.

—¿Has dormido bien? —preguntó.

—Demasiado bien —contesté, rozando su mentón con la punta de los dedos—. Creo que te estás volviendo una mala influencia.

—Eso ya lo sospechaba —murmuró antes de besarme.

El beso fue lento al principio, suave, casi perezoso, pero pronto se volvió más profundo, más hambriento, más inevitable. Sentí su mano subir por mi espalda, mis dedos enredándose en su cabello, la respiración volviéndose una sola entre los dos.

El resto fue una corriente que nos arrastró sin resistencia: la piel contra la piel, el calor del cuerpo ajeno, las miradas entrecortadas.

No era solo deseo; era esa mezcla peligrosa de ternura y necesidad que hacía que cada roce pareciera la primera vez.

Cole me besaba cada rincón de cuerpo que encontraba en su camino hacia mi entrepierna, esa donde comenzó a lamer con avidez como si del mejor manjar del mundo se tratase. Y mientras su lengua juguetona y perversa se deslizaba entre mis pliegues lamiendo mi clítoris, y sus dientes lo mordisqueaban haciéndome gemir y arquear la espalda, mis manos se agarraban con fuerza a las sábanas.

Llegué al orgasmo solo unos minutos después y es que este hombre ya había aprendido el modo en el que se hacía con el control de mi cuerpo y me llevaba al clímax con una facilidad que me seguía sorprendiendo.

No tardó en penetrarme con fuerza de una sola embestida, y comenzó a moverse a un ritmo tan rápido, fuerte, profundo y frenético que acabamos los dos gritando y corriéndonos al unísono de manera irremediable.

Después, mientras el fuego del momento se apagaba y solo quedaba el calor entre las sábanas, nos quedamos abrazados en silencio, escuchando

nuestros latidos acompasarse.

—Tendríamos que levantarnos —murmuró él, sin apartar la frente de la mía.

—No, todavía no.

—La rifa navideña empieza en dos horas, Riley.

—Entonces tenemos tiempo para una ducha —le dije, mirándole a los ojos con una sonrisa que provocó justo el efecto esperado.

Cole sonrió, esa sonrisa lenta y peligrosa tan suya, y sin decir nada me levantó la sábana.

—Ven.

La ducha fue otra forma de seguir hablando sin palabras. Entre risas, agua caliente y besos que se perdían entre el vapor, me descubrí feliz, como si el mundo fuera de cristal y por un rato no pudiera romperse.

Cuando salimos, la casa olía a café recién hecho y pan tostado. Me puse unos vaqueros ajustados, un jersey blanco de lana y mis botas marrones, mientras él se abrochaba la camisa azul oscuro que tanto me gustaba. Nos cruzamos miradas en el espejo del pasillo antes de bajar.

—Pareces lista para conquistar el pueblo —dijo.

—Solo voy a acompañar a Santa Claus —bromeé.

Él bufó, pero sonrió de lado.

—No empieces.

Desayunamos juntos en la cocina, entre tazas humeantes de café y el sonido de la radio que hablaba del mercadillo navideño en la plaza. Era sábado, el pueblo entero estaría allí, y Cole, como sheriff, tenía que asistir.

Yo había prometido ayudar en todo lo que pudiera, aunque la idea de ver a tanta gente me intimidaba un poco.

El aire frío nos recibió en cuanto salimos de la casa. El cielo estaba despejado y la nieve crujía bajo nuestras botas mientras caminábamos hasta la camioneta. Cole me abrió la puerta, como siempre hacía, y me guiñó un ojo antes de rodear el capó.

Durante el trayecto, el paisaje era de postal: los árboles cubiertos de blanco, las chimeneas humeantes, los adornos rojos y dorados en cada ventana.

Cuando llegamos al centro de Minden, el bullicio era encantador. El mercadillo navideño ocupaba toda la plaza principal, con puestos de madera decorados con guirnaldas, luces cálidas y cintas. Se escuchaban villancicos, el sonido del hielo al ser rasgado por los patines, las risas de los niños corriendo con tazas de chocolate caliente en las manos. El aroma a galletas, a castañas y a canela flotaba por el aire.

Cole aparcó y me ayudó a bajar.

—¿Te gusta? —preguntó.

—Es precioso —respondí, mirando a mi alrededor con una sonrisa en los labios—. Parece sacado de una película.

—Bueno, es lo más cerca que tenemos de la magia navideña aquí —dijo encogiéndose de hombros—. Pero funciona.

Y sí, funcionaba. Era imposible no sonreír.

Paseamos por los puestos, saludando a vecinos que conocían a Cole y, poco a poco, a mí también. Me ofrecieron probar tartas, dulces, vino caliente. En cada esquina había un detalle que me recordaba por qué aquel pueblo me estaba robando algo del alma.

Llegamos a la pista de patinaje sobre hielo, instalada justo en el centro. Cole insistió en que patinara, aunque yo llevaba años sin hacerlo.

—Si me rompo una pierna, será culpa tuya —advertí, poniéndome los patines.

—Lo asumo —contestó divertido.

Terminamos riendo porque tropezábamos más de lo que patinábamos. Me caí dos veces, las dos en sus brazos, y no puedo negar que no me importó lo más mínimo. Los niños pasaban a toda velocidad, y había música sonando. En un momento, él me sostuvo de la cintura, tan cerca que todo pareció detenerse.

—Eres terrible patinando —susurró.

—Y tú muy confiado —le devolví con una sonrisa.

—A veces eso ayuda.

Cuando salimos del hielo, mis mejillas ardían por el frío y por las veces que me había reído.

Comimos en los puestos de comida: hamburguesas, chili, pastel de carne, tarta de calabaza. Cole no dejaba de saludar a todos, y yo sentía que, sin proponérmelo, empezaba a formar parte de aquel pequeño universo.

Fue allí, entre risas y vasos de sidra caliente, cuando conocí a Maggie, la madre de Cole.

Ella se acercó con paso tranquilo, envuelta en un abrigo grueso y una bufanda de lana. Sus ojos azules eran idénticos a los de su hijo, pero con una calidez que me desarmó.

—Cole, hijo.

—Hola, mamá —Cole sonrió mientras se inclinaba—. Ella es Riley —me señaló.

—Así que tú eres Riley —dijo sonriendo—. Por fin te conozco.

—Sí, señora Hawthorne. Es un placer.

—Llámame Maggie, por favor —me corrigió, cogiéndome las manos entre las suyas—. Y el placer es mío.

Era de esas personas que te hacían sentir bienvenida en cuanto te miraban. Su sonrisa era pura ternura.

Charlamos un rato, y me contó que Cole había pasado varios días ayudando con la rifa, que la granja estaba llena de nieve y de animales nuevos.

Cole se excusó un momento porque Ryan le llamó para revisar los premios de la rifa, dejándome a solas con su madre.

—Deberías venir a la granja algún día —me dijo Maggie—. Te encantaría. Tenemos ovejas recién nacidas y pollitos que no dejan de piar.

—Me encantaría —respondí, y lo decía de verdad.

—Pues entonces está hecho. Y, por supuesto, estás invitada a cenar el día veinticuatro y a comer el día de Navidad. Vendrán Emma, Ryan, los camareros del bar… y puedes traer a tu amigo, ese tal Jace.

Justo entonces lo vi a lo lejos, caminando con Lucy, riendo juntos. Le llamé con la mano, y cuando se acercó, Maggie se volvió hacia él.

—Jace, ella es Maggie, la madre de Cole.

—Así que tú eres Jace —dijo con una sonrisa maternal—. Estás invitado a mi casa para Navidad.

Jace me miró con una ceja arqueada.

—Lo que diga Riley.

—No hay nada que pensar —replicó Maggie, decidida—. Os espero a los dos.

Jace sonrió divertido.

—En ese caso, no se hable más.

Maggie se disculpó para ir a saludar a unos vecinos, dejándonos a solas.

Capítulo 21



Riley

—Parece que te estás ganando a la familia Hawthorne —bromeó Jace cuando nos quedamos solos, y no pude evitar sonreír.

—No es tan difícil —contesté—. Son encantadores.

Él miró en dirección a Lucy, que se alejaba con una bandeja de chocolate caliente.

—¿Sabes? Empiezo a pensar que quedarme en este pueblo no sería tan mala idea.

—¿Por Lucy? —pregunté sonriendo, y Jace se encogió de hombros.

—Por la tranquilidad. Y quizá un poco por Lucy, sí.

—Me alegra verte así, pero no deberíamos encariñarnos. Cuando acabe el año, nos iremos.

—Riley… —suspiró—. Ya te lo dije. Creo que Minden podría ser nuestro sitio.

Le di un beso en la mejilla y sonreí.

—Eres incorregible.

—Y tú testaruda. —Me guiñó un ojo antes de añadir—: Voy a buscar a Lucy. Nos vemos en la rifa.

Y se marchó entre la gente, dejándome con el corazón un poco apretado.

Miré alrededor, las luces, los niños, los villancicos. Y pensé que, tal vez, solo tal vez, Jace no estaba tan equivocado.

La tarde se fue envolviendo en una luz dorada que hacía brillar la nieve como si estuviera salpicada de polvo de estrellas.

Minden parecía un pequeño universo donde todo giraba en torno a la rifa navideña, el evento que llevaba semanas mencionándose en cada esquina del pueblo.

Emma me encontró justo frente al puesto de chocolate caliente.

—¡Ah, ahí estás! —dijo con esa sonrisa suya que parecía contagiar alegría —. Ven conmigo, vamos a buscar un buen sitio para ver la rifa.

La seguí entre la multitud. Los vecinos se agrupaban frente al escenario principal, donde una urna enorme de cristal rebosaba de papeletas. Encima, un cartel con letras doradas anunciaba: “Rifa de Navidad de Minden — Todo lo recaudado irá a los niños del pueblo”.

Los altavoces lanzaban música festiva y el aire olía a galletas recién horneadas y madera quemada. A un lado, Ryan revisaba una lista mientras Cole hablaba con el alcalde, serio, con su chaqueta oscura y las manos en los bolsillos. Cada vez que lo miraba, una parte de mí se derretía un poco.

—Han recaudado muchísimo este año —me contó Emma mientras nos acomodábamos—. Casi el doble que el pasado.

—No me extraña. Está todo precioso —respondí mirando alrededor.

—Y todo gracias a la gente. Este pueblo tiene un corazón enorme, ya lo verás.

En el escenario, una niña de unos ocho años subió dando saltitos, con un vestido rojo y un gorro de lana con pompón blanco. Era la hija del panadero, y según dijo Ryan al micrófono, sería la encargada de sacar los números de la urna. La plaza estalló en aplausos.

El primer premio fue un juego de construcción gigante, y el niño que lo ganó gritó tan fuerte que todos acabamos riendo.

Después vinieron los premios para adultos: una cafetera moderna, una bicicleta eléctrica, un televisor enorme, cestas de productos caseros, entradas para el cine del condado… Cada número que la niña sacaba era recibido con vítores y aplausos.

El ambiente era tan cálido que por un momento olvidé el frío. Había risas, brindis, abrazos, canciones improvisadas. Miré a mi alrededor y me descubrí sonriendo sin darme cuenta. Era como si por fin perteneciera a algún lugar. Y esa sensación, nueva y extraña, me hizo pensar en lo que había dicho Jace: que quizá Minden podía ser nuestro sitio.

Cole estaba en el escenario cuando lo anunciaron como el encargado de entregar los últimos premios. Lo observé mientras hablaba con los niños, con esa mezcla de autoridad y ternura que le salía sin esfuerzo.

Su sonrisa era auténtica, su risa profunda, y el modo en que los pequeños le miraban hacía que entendiera por qué todos en ese pueblo le querían tanto.

—¿Has visto cómo te mira? —me susurró Emma, dándome un pequeño codazo.

—Emma… —dije intentando sonar seria.

—No lo niegues, Riley. Casi se le cae el micrófono cuando te ha visto entre la gente.

—Solo está de buen humor —intenté restarle importancia, aunque noté cómo se me encendían las mejillas.

Emma rio, complacida consigo misma.

—Claro, “buen humor”. Ahora lo llaman así, ¿no?

La rifa siguió entre risas, y cuando por fin terminó, todos aplaudimos a los organizadores. Cole y Ryan bajaron del escenario con expresión satisfecha, y poco después nos encontramos en mitad de la plaza. Cole me abrazó brevemente, con una calidez que me desarmó.

—Ha salido bien —dijo, mirándome con esos ojos que siempre parecían saber más de lo que decían.

—Sí. Ha sido… bonito —respondí, sin poder apartar la vista de él.

—¿Te apetece venir al bar? Emma organiza la cena previa a Navidad. Estarán todos allí.

—Claro —dije, y él sonrió antes de apartarse para hablar con el alcalde un momento.

Emma me guiñó un ojo.

—Te lo dije: el sheriff te mira como si fueras la única persona en este pueblo.

—Eres incorregible —le dije entre risas.

—Y tú cada vez te sonrojas más, cariño —replicó, encantada.

El bar de Emma era un espectáculo de luces cálidas y madera reluciente. Había guirnaldas en las vigas, velas rojas en las mesas y un árbol enorme en el rincón, decorado con la ayuda de todo el pueblo. El ambiente era tan festivo que contagiaba.

Cenamos los cinco juntos en una mesa cerca de la chimenea. Cole, Ryan, Emma, Jace y yo. Los camareros iban de un lado a otro entre risas y villancicos. Lucy no dejaba de sonreír cuando pasaba junto a Jace, y él la seguía con la mirada disimuladamente mal disimulada.

La comida fue abundante: costillas al horno, pan de maíz, puré de patatas, pastel de manzana… y vino, mucho vino. Las risas no tardaron en llenar el

aire. Emma y Ryan discutían amistosamente sobre quién bailaba peor, y Jace se unió cantando a coro un villancico de manera tan desafinada que todos acabamos riendo a carcajadas.

En algún momento, Cole me tendió la mano y me arrastró a la pista improvisada. La banda local tocaba una canción country alegre, y sin saber cómo, terminé riendo mientras intentaba seguir su paso.

—No bailas tan mal —dijo él con una sonrisa ladeada.

—Ni tú tan bien como crees —le contesté, riendo mientras girábamos.

El calor del momento me envolvió. Por un instante, solo existíamos él y yo. Su mano en mi cintura, su mirada fija en la mía, el sonido de nuestras risas mezcladas con la música. Era sencillo y perfecto.

En ese instante olvidé por qué estaba de verdad allí, por qué había dejado todo atrás, por qué había huido con Jace de Nueva York. Nada importaba, solo ese momento en el que Cole me sostenía entre sus brazos y me miraba con…

No, no quería pensar en eso.

Cuando la canción terminó, nos quedamos unos segundos más de la cuenta sin soltarnos. Y después volvimos a la mesa, todavía sonriendo.

Cole se excusó para ir al baño y Ryan fue a buscar otra ronda. Me quedé a solas con Emma, que ya me miraba con una expresión que conocía demasiado bien.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Nada… —dijo fingiendo inocencia mientras daba un trago a su copa—. Bueno, sí.

—Sabía que venía un “pero”.

—Solo te diré que medio Minden ha notado algo distinto en Cole. Dice la gente que está… cambiado. Más tranquilo. Más feliz.

Me quedé en silencio, mirándola sin saber qué decir.

—¿Y tú crees que tiene algo que ver conmigo?

—Yo no lo creo —dijo con una sonrisa traviesa—, lo sé.

Sentí cómo se me encendía la cara, literalmente. Emma apoyó la barbilla en su mano y me observó con aire satisfecho.

—¿Ves? Ni siquiera necesitas contestar.

Iba a replicar, pero justo entonces Cole volvió a la mesa. Cuando nuestros ojos se cruzaron, mi corazón dio un vuelco. Él sonrió de medio lado, esa sonrisa que me dejaba sin defensa. Y, antes de que pudiera reaccionar, se inclinó y me besó.

Un beso suave, seguro, lleno de intención. En mitad del bar. Con todos mirando.

El bar estalló en aplausos y silbidos. Emma se llevó las manos a la boca, Ryan se rio y Jace levantó su vaso en un brindis mudo.

Yo me quedé paralizada un segundo, sin poder respirar. Cuando Cole se apartó, me miró a los ojos, tan cerca que todo se redujo a ese instante. No hizo falta decir nada.

Supe, con una certeza que me asustó y me emocionó a la vez, que aquello ya no era solo un juego.

Y mientras la música seguía sonando y la nieve empezaba a caer otra vez al otro lado de los ventanales, me pregunté si él estaría sintiendo lo mismo que yo. Porque yo… Yo ya no sabía cómo imaginarme irme de Minden y estar sin él.

Capítulo 22



Cole

Habían pasado tres días desde la rifa navideña, y Minden seguía envuelta en esa magia invernal que hacía que todo, incluso los detalles más pequeños, parecieran especiales. La nieve caía suavemente, cubriendo tejados, ramas y calles, y el aire olía a leña quemada y galletas recién horneadas.

Yo estaba en mi despacho, frente al espejo, ajustándome la barba postiza y asegurándome de que el traje de Santa Claus quedara perfecto.

—Bien, Sheriff —me dije en voz baja, sonriendo—. Hoy toca repartir alegría.

Pero lo que realmente me hacía sonreír no era el traje, sino Riley. La había encontrado en la cocina, rebuscando entre gorros de elfo y cascabeles, y el espectáculo de verla vestida para ayudarme esa tarde me dejó sin palabras.

El disfraz le sentaba como un guante: el gorro de elfo encajaba perfectamente sobre su cabello suelto, la blusa verde ceñida acentuaba su figura sin resultar exagerada, y la falda corta con medias y botines negros hacía que cada movimiento suyo pareciera ligero y gracioso. Era guapa, divertida, sexy y adorable al mismo tiempo. Mientras la miraba mover cajas de regalos, no pude evitar sonreír de medio lado.

—Listos para repartir alegría, Santa y su elfa favorita —dijo ella, guiñándome un ojo.

—Claro que sí —respondí, tratando de sonar serio, aunque por dentro estaba completamente desarmado.

Salimos a la plaza principal del pueblo, donde los niños ya esperaban impacientes. Sus ojos brillaban con emoción, y las carcajadas de unos cuantos se mezclaban con el crujir de la nieve bajo sus botas.

Emma, Ryan y Jace estaban allí, ayudando a organizar la cola de pequeños que no podían dejar de mirarnos. Jace se había ofrecido a repartir golosinas y a asistir con los niños más tímidos, mientras Ryan tomaba fotos para el periódico local.

El primer grupo de niños se acercó, y yo empecé a repartir regalos, viendo cómo Riley se agachaba para escuchar a cada uno, preguntándoles sus nombres, sus deseos y riendo con cada comentario inesperado.

No pude evitar notar cómo sus ojos brillaban y su sonrisa iluminaba toda la plaza. Cada vez que un niño se le abrazaba o le daba las gracias, ella sonreía todavía más, y algo en mi pecho se encogía, pero de la manera más agradable posible.

—Tienes buena mano con los niños —le dije en voz baja mientras Jace la ayudaba con un pequeño que lloraba.

—Gracias —respondió, con una sonrisa que me hizo sentir que podía derretirme ahí mismo—. Me gustan mucho.

Y en ese momento entendí algo que había estado ignorando: Riley era algo más que una aventura, algo más que un juego o una diversión pasajera. Verla así, con los niños, con esa alegría pura en los ojos, hizo que todo lo demás desapareciera. Sentí que había algo dentro de mí que ya no podía controlar.

El ambiente era perfecto. Las risas de los niños se mezclaban con las bromas de Jace, que hacía malabares con los regalos, y los comentarios graciosos de Ryan y Emma, que no podían evitar meterse en cada escena.

—Cuidado, Santa, ¡que se te caen los regalos! —gritó uno de los niños, y yo levanté una ceja teatralmente antes de inclinarme para entregarle su paquete.

—¡Eso es lo que los ayudantes de mi elfa se encargan de recoger! —dije, señalando a Riley, y todos rieron, incluso ella.

Sentí que mi corazón latía más rápido cada vez que la veía interactuar con los niños, y cada sonrisa que me dirigía me atravesaba de forma inesperada. Había algo en ella, en su forma de moverse, de hablar, de reír, que me hacía querer protegerla, querer estar cerca, querer más.

La tarde continuó con juegos, fotos y villancicos. Los niños corrían por la plaza mientras Emma y Ryan los vigilaban con una mezcla de diversión y paciencia infinita. Jace y Riley organizaron un pequeño juego de adivinanzas para los más pequeños, y cada vez que ella se inclinaba para mostrarles algo o darles un premio, sentía un calor en el pecho que me sorprendía y me confundía.

Cuando llegó la hora de la foto final, con todos los niños y sus regalos, me puse detrás de ellos, intentando mantener la compostura. Riley estaba justo a mi lado, con los brazos rodeando a un par de niños, y sonreía de una manera que parecía iluminar la plaza entera.

No pude evitar pensar que esa sonrisa era mía, que de algún modo me pertenecía, y que no quería que se apagara nunca.

—Muy bien, Santa, hora de irnos —dijo Emma cuando los últimos niños se despidieron—. La comida y el chocolate caliente nos esperan.

—Sí, sí, vamos —dije, aunque no podía apartar la mirada de Riley.

Mientras caminábamos hacia la camioneta, con los gorros ladeados y los cascabeles sonando, sentí que algo había cambiado dentro de mí. No era solo la Navidad, no eran los niños, no era la diversión. Era ella. Siempre ella.

Y mientras me sentaba al volante, con Riley a mi lado todavía riendo de alguna broma de Jace, supe que nunca había sentido nada igual por nadie.

Cuando llegamos a mi casa, todavía con los disfraces puestos, sentí un cosquilleo en el estómago. La nieve crujía bajo las botas, y el aire olía a madera y a chocolate caliente, recordándome las tardes que solíamos pasar frente a la chimenea.

—Bueno… llegamos —dije, intentando sonar casual, aunque mi corazón latía más rápido de lo normal.

Riley me miró con esos ojos brillantes y llenos de complicidad, y una sonrisa traviesa apareció en su rostro.

—Eres el Santa Claus más sexy que he visto nunca —susurró, mientras se acercaba más a mí—. Y eso es peligroso, ¿sabes? Podríamos… causar un desastre ahora mismo. Haría que engañaras a la señora Claus con una joven elfa y…

—¿Intentas tentarme, joven elfa? —arqueé la ceja.

—Puede que un poquito.

No pude evitar reír, y antes de darme cuenta, sus labios estaban sobre los míos. Fue un beso suave al principio, cálido y tierno, contenido incluso, lleno de promesas y tensión acumulada durante la tarde. Pero pronto nos dejamos llevar. La pasión que conteníamos desde que nos conocimos estalló en un instante.

Me acerqué más, rodeando su cintura con los brazos mientras sentía cómo su cuerpo se adaptaba al mío con naturalidad y deseo. Cada beso, cada caricia, era un descubrimiento. Su risa contenida se mezclaba con sus suspiros, y cada mirada que nos cruzábamos estaba cargada de complicidad.

—Eres… increíble —murmuré entre besos, dejando que mis manos recorrieran suavemente su espalda y sus hombros, admirando lo bien que se adaptaba a mí.

—Tú también… —susurró, rozando mis labios con los suyos, juguetona y a la vez intensa.

Nuestros disfraces apenas nos contenían; el abrigo de Santa y la falda de elfa se convirtieron en un accesorio de juego y deseo, y no pudimos evitar bromear entre caricias.

—¿Qué regalo quieres pedirle a Santa, preciosa? —le pregunté con media sonrisa, rozando su mejilla con mis dedos.

—Un sheriff para Navidad —contestó ella, con un guiño que me hizo estallar en carcajadas.

—Vaya, creo que puedo cumplirlo —dije, y la besé de nuevo, más profundo esta vez, sintiendo cómo el deseo nos envolvía sin poder detenerlo.

Nos dejamos llevar sobre la alfombra frente a la chimenea encendida. Cada caricia, cada beso, cada roce estaba cargado de sensualidad y complicidad, y el calor del fuego parecía intensificarlo todo.

—No puedo… no quiero esperar —murmuré, mientras mis manos recorrían su cuerpo con cuidado, apreciando cada curva, cada reacción suya.

Ella me respondió igual de intensa, mirándonos a los ojos, hablando con sus gestos y sus suspiros, dejándonos llevar por un fuego que no era solo físico, sino emocional también. Cada movimiento era consciente, cada roce buscado, cada suspiro un recordatorio de lo que sentíamos.

—Cole… —susurró entre besos—. Te deseo…

—Yo también, Riley… —dije, sosteniendo su rostro entre mis manos, besando cada centímetro de su piel con ternura y pasión a la vez.

Nos perdimos en el momento, en la intensidad del deseo, en la conexión que había crecido entre nosotros en estas semanas, y cada instante estaba cargado de emoción y fuego. Fue un encuentro donde la pasión y el cuidado se mezclaban, donde la sensualidad se convertía en complicidad absoluta, y donde la ternura y el erotismo se entrelazaban sin descanso.

Finalmente, exhaustos y satisfechos, nos quedamos abrazados sobre la alfombra, con el calor de la chimenea envolviéndonos.

Le acaricié la mejilla y la besé con ternura, y sentí algo que no sabía cómo describir: una mezcla de felicidad, alivio y una certeza silenciosa de que esto era especial.

Pero con ella nunca parecía tener suficiente. Volvimos a besarnos y cuando sentí que sus ganas eran las mismas que las mías, sin poder ni querer evitarlo, la cogí en brazos y la llevé hasta mi habitación, sintiendo cada latido de su

cuerpo contra el mío. Una vez allí, nos dejamos llevar de nuevo por el deseo, ese que nos hizo alcanzar el clímax de nuevo juntos, algo que entre nosotros se sentía de lo más natural.

Mientras la abrazaba después de todo, pensé que, aunque el año tuviera un final, al menos íbamos a vivir cada segundo como si fuera el último. Y por primera vez, me sentí completamente feliz, con la certeza de que lo que estaba pasando no era casualidad, sino algo que ambos deseábamos y merecíamos.

Capítulo 23



Riley

Cuando Jace y yo llegamos a la granja de la familia de Cole, la primera sensación que tuve fue de calidez y hogar. La luz de las farolas iluminaba suavemente la entrada, y las guirnaldas navideñas colgaban de los marcos de las ventanas con pequeños destellos dorados. El aroma a leña quemada se mezclaba con el perfume de galletas recién horneadas que llegaba desde dentro, y por un instante sentí que todo lo que había fuera desaparecía.

—¡Riley! ¡Jace! —exclamó Maggie, la madre de Cole, nada más abrir la puerta, con los brazos abiertos—. ¡Qué alegría veros!

Su abrazo fue tan cálido y cercano que por un segundo me sentí completamente en casa. Cole estaba justo detrás de ella, con esa sonrisa tranquila y esa mirada que me hacía sentir que todo lo que había a nuestro alrededor desaparecía cuando él me miraba. Emma, Ryan, Lucy, Sara, Adam y Mike también estaban allí, y cada uno nos saludó con entusiasmo, como si nos conociéramos de toda la vida y no de unas pocas semanas.

—Entrad, entrad —nos invitó la madre de Cole mientras nos apartábamos de la puerta—. Hemos preparado todo con mucho cariño.

Al entrar, me quedé un momento observando la decoración. El árbol de Navidad era enorme, con luces que parpadeaban suavemente, bolas brillantes en tonos dorado y rojo, y la estrella en la punta parecía casi tocar el techo. Guirnaldas adornaban los marcos de las ventanas, y pequeñas velas en

candelabros de plata iluminaban la estancia con un brillo cálido. La mesa estaba impecable: un mantel rojo oscuro, vajilla elegante, copas relucientes y un centro de mesa con velas y piñas doradas. Todo invitaba a sentarse y disfrutar de una Navidad familiar perfecta.

—Vaya… —le susurré a Jace mientras dejábamos los abrigos colgados—. Esto es precioso.

—Sí que lo es —respondió él, sonriendo—. Pero creo que tú tienes algo más brillante que cualquier decoración navideña.

Me sonrojé y miré a Cole, que me devolvió la mirada con una media sonrisa divertida y cálida. Sentí un calor intenso en el pecho y tuve que desviar la mirada antes de que él notara cómo se me encendían las mejillas por su culpa.

—¡Cole! —dijo la madre de Cole, interrumpiendo mis pensamientos—. Venid a sentaros, que ya está todo servido.

Nos dirigimos a la mesa y nos acomodamos, sentándome justo al lado de Cole. Desde el primer momento, él me hizo sentir cómoda: me pasó la fuente de puré de patatas con una sonrisa traviesa.

—Cuidado con las calorías, Riley —dijo mientras me servía un poco—. No queremos que termines rodando como un muñeco de nieve.

—Ah, ¿sí? —contesté con una sonrisa—. Entonces será mejor que me ayudes a mantenerme en forma mientras vigilas que no me coma toda la tarta de arándanos.

Cole soltó una carcajada profunda y me guiñó un ojo, lo que hizo que un calor agradable subiera por mi cuello. Ryan y Emma intercambiaron una mirada divertida mientras comentaban algo sobre nuestras bromas privadas, y sentí que todo el grupo estaba cómodo y relajado, era como si aquello lo hubiéramos hecho más veces.

—Recuerdo cuando Cole y Emma eran pequeños —dijo Maggie mientras servía el pavo—. La mañana de Navidad era una locura. Corrían por toda la

casa, con los ojos brillantes, abriendo regalos y gritando de emoción… Siempre me hacía sonreír verlos tan felices.

—Parece que algunos hábitos familiares no cambian —bromeé—. Porque el sheriff parece que todavía corre cuando ve algo que le gusta.

Cole me miró de reojo, con esa mirada intensa y divertida que me hacía sentir que todo lo que decía yo le llegaba al alma.

—¿Eh? ¿Quién, yo? —dijo, exagerando la sorpresa, y luego se inclinó hacia mí—. Bueno, sí… pero solo cuando se trata de alguien que realmente me importa.

Me sentí débil por un segundo. Intenté no sonrojarme demasiado y desvié la mirada hacia la mesa, pero él pasó su mano por encima de la mía con un toque suave y ligero, que decía más que cualquier palabra.

La cena transcurrió entre risas y bromas constantes. Cole y yo nos lanzábamos comentarios con doble sentido que solo nosotros entendíamos, provocando que Ryan y Emma se miraran y sonrieran, disfrutando de nuestra complicidad. Cada vez que nuestras manos se rozaban accidentalmente al pasar un plato, sentía un pequeño cosquilleo eléctrico que recorría mi brazo hasta el pecho.

—Riley, ¿te has dado cuenta de que te estás comiendo toda la tarta de arándanos? —dijo Cole en un momento, con una sonrisa traviesa—. Creo que necesito negociar un trozo para mí.

—¿Negociar? —pregunté, fingiendo indignación—. No creo que tengas muchas posibilidades contra mi hambre navideña.

—Oh, eso ya lo veremos —respondió, con un guiño—. Y recuerda que el sheriff siempre gana.

Todos estallaron en risas, incluida la madre de Cole, que me miraba mientras comíamos, con una expresión cálida y tierna. Su mirada me hizo sentir que aceptaba y apreciaba mi lugar junto a su hijo, y me llenó de una sensación de calma y felicidad que hacía mucho que no experimentaba.

Después de la cena, mientras ayudaba a Maggie a recoger los platos, hablamos de manera más sincera.

—Hacía mucho tiempo que no veía a mi hijo así —me dije mientras organizábamos los cubiertos—. Tan sonriente, relajado y feliz…

No supe qué decir, me quedé en silencio mirándola y noté cómo mi corazón latía un poco más fuerte y rápido de lo normal.

—Eso es gracias a ti, Riley —añadió, sonriendo suavemente—. Has hecho que vuelva a ser quien era antes de perder a Claire y al bebé. Has traído alegría a su vida, y no sabes cuánto significa para mí verlo así.

Sus palabras me hicieron sonreír y sentirme ligera, y mientras doblábamos los manteles, no pude evitar mirar a Cole de reojo. Él me devolvió la mirada con esa mezcla de ternura y deseo que ya empezaba a resultar familiar.

—¿Sabes? —dijo, inclinándose hacia mí mientras nadie nos prestaba atención—. Me encanta verte reír con ellos. Haces que todo parezca más fácil, más cálido.

—Es fácil cuando estoy con alguien que me hace sentir como en casa —respondí, sonriendo mientras sostenía su mirada.

—Entonces espero que nunca te vayas —susurró, con un brillo en los ojos que me hizo sentir que todo en esta noche podía durar para siempre.

Nos quedamos unos segundos en silencio, simplemente disfrutando de la presencia del otro. Cada mirada, cada sonrisa compartida parecía cargar la habitación de electricidad tranquila y de complicidad. Por un momento, sentí que nada más importaba: ni el tiempo, ni las responsabilidades, ni siquiera los planes de futuro. Ni el pasado, ni mis miedos, nada. Solo estábamos nosotros, en esa casa cálida y llena de risas, rodeados de la familia de Cole que nos aceptaba a Jace y a mí tal como éramos.

Mientras terminábamos de recoger la última bandeja de comida, la madre de Cole nos miró de nuevo y sonrió, y algo dentro de mí se aflojó, un sentimiento que mezclaba gratitud, felicidad y un deseo silencioso de

pertenencia. Quería que estos momentos duraran para siempre, que no terminaran nunca.

Y mientras ayudaba a colocar las sillas de nuevo en su sitio, pude notar a Cole mirándome con una mezcla de diversión y algo más profundo, y supe, sin tener que decirlo, que ambos sentíamos lo mismo: un vínculo que ya no era solo deseo, sino algo más real, más intenso y mucho más dulce que todo lo que había experimentado antes.

Cuando salimos de la granja, la noche se había asentado sobre Minden como un manto silencioso y brillante. Las luces navideñas del pueblo parpadeaban a lo lejos, y yo sentía un cosquilleo en el estómago anticipando lo que nos esperaba: la fiesta en el bar de Emma. Cole caminaba a mi lado, con la chaqueta abotonada y esa media sonrisa traviesa que ya me conocía demasiado bien.

—¿Lista para enfrentarte a la locura navideña? —preguntó, apoyando su mano en mi cintura mientras caminábamos—. Porque te aviso, hoy nadie se salva de los bailes y los besos bajo el muérdago.

—Oh, vaya —le respondí, fingiendo sorpresa—. ¿Eso incluye también al sheriff?

—Especialmente al sheriff —replicó, con una carcajada profunda—. Y a sus ayudantes de confianza.

Entramos al bar y la música country comenzó a sonar de fondo cuando Adam encendió la máquina de música. Esa noche el bar era solo para nosotros.

Nos acercamos a la barra y Emma nos sirvió unas copas de ponche caliente con especias; sin duda, todos estábamos listos para disfrutar de la noche.

—¡Hora de bailar! —gritó Emma, a quien se le notaba que estaba más que preparada para hacer de aquella noche una inolvidable para todos.

Pronto, la música cambió a un ritmo más animado, y Ryan me cogió de la mano para invitarme a bailar. Cole me miró con una sonrisa que combinaba diversión y celos fingidos.

—Ah, ¿sí? ¿Me vas a dejar aquí solo mientras te vas con el ayudante del sheriff? —preguntó en tono burlón.

—Tranquilo, te reservo el siguiente baile —contesté, guiñándole un ojo mientras me levantaba de la silla—. Pero tendrás que ganártelo.

Ryan y yo nos movimos entre risas y pasos torpes, y Cole no perdió oportunidad de mirarme con intensidad desde el borde de la pista. Cuando regresé, él extendió la mano y me llevó de nuevo al centro.

—Hora de demostrar quién manda en la pista —dijo, abrazándome y haciendo que nuestro baile fuera un juego de miradas, sonrisas y contacto constante—. Y recuerda: si me pierdo, será tu culpa.

—¡No pienso perderte! —exclamé, riéndome mientras nos movíamos al compás de la música.

Alrededor nuestro, todos bailaban y reían, y la atmósfera estaba cargada de energía y complicidad. En un momento, Cole me sostuvo más cerca, y pude sentir su calor y el latido de su corazón al mismo ritmo que el mío.

—Riley… —susurró, con la voz baja y cargada de intención—. ¿Sabes que eres increíble?

—Gracias… —susurré, acercándome un poco más, dejando que nuestras frentes se tocaran—. Tú tampoco estás nada mal.

Su sonrisa se ensanchó y, sin previo aviso, nos vimos bajo un muérdago colgando del techo. Los demás nos miraron y rieron, y Cole no perdió ni un segundo:

—Bueno… ya que estamos aquí… —dijo, inclinándose hacia mí para un beso suave y prolongado.

Sentí que todo el bar desaparecía por un instante. Cada sonido, cada luz, cada movimiento de los demás quedó en un segundo plano mientras nos entregábamos al momento, con caricias y risas contenidas.

—Ay, sheriff… —susurré entre besos, riendo—. Siempre encuentra la manera de ser travieso.

—Y tú siempre encuentras la manera de hacer que pierda el control —contestó Cole, con una mirada llena de deseo y complicidad.

La noche continuó entre bailes y risas, y en cada canción Cole y yo encontrábamos excusas para acercarnos, tocar nuestras manos o rozar nuestras mejillas. Ryan y Emma también se sumaban al juego de besos bajo el muérdago, y fue imposible no reír cuando Emma gritó al ver a Ryan inclinarse hacia ella:

—¡No, no! Por Dios… No hagas eso delante de mi hermano.

—A ver, Emma, ¿crees que no sé que lleváis dos años tonteando? —dijo Cole, pillando a Emma por sorpresa—. Lo sé desde el principio. Ryan se quedaba cada noche a ayudarte con el cierre, supuestamente para velar por tu seguridad, y al día siguiente aparecía por comisaría con una sonrisa de oreja a oreja y silbando como un adolescente.

—¿Lo sabías y no has dicho nunca nada? —preguntó ella.

—Esperaba que me lo dijera alguno de los dos —se encogió de hombros.

—En ese caso, nena, si el sheriff ya lo sabe y no pone impedimentos, se acabó el ocultarnos. Ven aquí —dijo Ryan, que la rodeó con los brazos atrayéndola hasta él.

Emma se sonrojó, pero no protestó, y todos vitoreamos cuando se besaron con pasión. Mike y Sara también compartieron un momento parecido, y Sara quedó claramente ruborizada mientras Mike le guiñaba un ojo y decía algo en voz baja que hizo que Lucy y Emma silbaran y rieran.

Yo, mientras tanto, sentía la mirada constante de Cole sobre mí. Cada vez que nuestras manos se rozaban, un pequeño cosquilleo recorría mi cuerpo. Cada sonrisa suya, cada comentario juguetón, me hacía desear quedarme en ese momento para siempre.

—Riley —dijo, acercándose a mí de nuevo mientras la música bajaba un poco de ritmo—. ¿Sabes lo que le pediste a Santa Claus?

—Sí… un sheriff para Navidad —contesté, sonriendo y apartando un poco la mirada, sonrojada.

—Pues parece que tus deseos se cumplen —replicó él, con esa media sonrisa que me volvía loca—. Porque creo que no hay mejor regalo que poder estar contigo así, frente a todos, sin esconder nada.

—Eso me gusta mucho —susurré, dejándome llevar por la cercanía, con la sensación de que cada segundo a su lado era un regalo en sí mismo.

Nos quedamos un instante abrazados, disfrutando del calor del otro, y luego Cole me llevó a la pista de baile de nuevo. Esta vez, entre risas y pasos torpes, nuestros cuerpos se movían con una sincronía perfecta, y no importaba que el mundo entero estuviera alrededor: en ese instante éramos solo él y yo, compartiendo un momento de alegría, complicidad y amor naciente.

La fiesta continuó hasta altas horas de la noche, con mucha bebida y momentos compartidos. Cole y yo aprovechábamos cada oportunidad para mirarnos, tocarnos y reír juntos. Cada guiño suyo, cada caricia, cada beso robado me hacía sentir que este podía ser el inicio de algo real, algo que no querría soltar jamás.

Cuando finalmente nos sentamos para descansar un momento, Cole me cogió la mano y la besó mientras me miraba fijamente a los ojos.

En ese momento deseé poder congelar esta noche para siempre, porque sentía que de verdad había encontrado algo que quería conservar, o más bien, alguien.

Y mientras las luces del bar titilaban suavemente sobre nosotros, supe que, aunque la vida nos llevara por caminos inciertos, lo que sentía por Cole era verdadero y profundo. Y en ese instante, rodeada de risas, música y alegría navideña, me permití soñar que podría tener a mi sheriff para siempre, y no solo para Navidad.

Capítulo 24

Cole

El vapor del café ascendía en espirales perezosas, atrapado un instante por la luz que se colaba por la ventana de la cocina. Fuera, el mundo era un manto blanco, un silencio apenas roto por el crujir del viento contra las contraventanas. Era una mañana fría incluso para Minden, de esas que se sentían en los huesos.

Me había acostumbrado a ese tipo de frío, el que te recordaba que seguía vivo solo porque dolía un poco.

Mi madre, en cambio, parecía inmune. Se movía por la cocina con esa calma práctica que tenía desde siempre, removiendo algo en una cazuela, tarareando un villancico que llevaba días repitiendo. Había pasado la Navidad sin perder la sonrisa, y aunque a mí me costaba más mantener el espíritu festivo, ver su entusiasmo ayudaba.

—¿Quieres más café? —preguntó sin mirarme, ya levantando la cafetera.

—Sí, gracias, mamá. —Empujé la taza hacia ella; el sonido del plato contra la mesa resonó en el silencio cálido del hogar.

Ella se sirvió también un poco, se sentó frente a mí y me dedicó esa sonrisa de siempre, la que usaba cuando quería sacarme conversación.

—Has estado callado esta mañana, Cole. Ni siquiera has gruñido por tener que venir a ayudarme tan temprano. Y eso ya es preocupante.

Solté una leve risa.

—Supongo que me estoy haciendo viejo.

—Oh, por favor. Eres un crío comparado conmigo. —Me miró por encima de las gafas con un brillo divertido—. O quizá es que hay alguien que te tiene distraído.

Levanté la vista del café, arqueando una ceja.

—¿Alguien?

—Riley. —Dijo el nombre como si lo hubiera estado esperando toda la mañana—. Esa chica encantadora que ha pasado la Navidad con nosotros.

No respondí. Bebí un sorbo del café, demasiado caliente, lo suficiente para obligarme a mirar a otro lado. Mi madre no necesitaba que yo confirmara nada. Su intuición era legendaria.

—No empieces, mamá. Solo son huéspedes. —Intenté sonar convincente, aunque el eco de mis propias palabras me traicionó.

—¿Huéspedes? —repitió con una risa breve—. Cole, cariño, no me tomes el pelo. Esa muchacha es… —Levantó una mano al aire buscando la palabra exacta— encantadora. Alegre, con ese toque de humor que te hace reír incluso cuando no quieres. Tiene un brillo en los ojos que ilumina cualquier lugar cuando entra.

—Tiene un carácter complicado, eso sí. —Intenté restarle importancia, aunque la imagen de Riley riendo mientras ayudaba a mi madre a recoger la mesa volvió a mi cabeza sin permiso.

—Complicado, dice. —Mi madre se recostó en la silla, cruzando los brazos—. Las personas interesantes suelen serlo. Además, se nota que tiene buen corazón. Lo vi el día de Nochebuena. Y qué decir de cómo habla contigo —añadió, apuntándome con una cuchara de madera—. Y tú, Cole, tú la miras de una forma que hace años no te veía mirar a nadie.

—Mamá… —Empecé, pero ella me interrumpió arqueando una ceja.

—No me vengas con que me lo imagino. A tu edad, las madres ya no imaginan esas cosas, las ven. Y yo veo muchas. —Se levantó para ir a por la mantequilla, hablando mientras abría el armario—. Creo que deberíamos invitarla otra vez, a ella y a Jace, para pasar la Nochevieja. Qué demonios, también el día de Año Nuevo. La casa estará más alegre, y me encanta veros a los dos juntos.

La idea me pilló desprevenido.

—¿Invitarlos de nuevo?

—Claro. La Navidad fue maravillosa con ellos aquí. Y se nota que ella y Jace te aprecian. Y Riley… ella tiene una forma de mirar las cosas que me gusta. Es una mujer fuerte, independiente, pero dulce. Me recuerda un poco a mí cuando era joven.

—No dudo de eso. —Le devolví la sonrisa, aunque por dentro algo se tensó.

—Además —siguió ella—, no todos los días encontramos a alguien que consiga que mi hijo el sheriff se relaje un poco. No lo arruines dejando que se vaya sin más.

Las palabras me golpearon sin aviso. Miré mi taza, concentrado en el reflejo oscuro del café.

—Se irá igual. —La frase salió más seria de lo que pretendía—. El día uno vuelven a Nueva York. Solo vinieron a pasar las fiestas. Tienen su vida allí. No hay nada que los ate a Minden.

—Vaya. —Mi madre se cruzó de brazos, mirándome con esa mezcla de ternura y firmeza que solo una madre sabía usar—. Y tú, ¿vas a dejar que se marche así, sin decir nada?

—No hay nada que decir. —Mentira. Lo supe en el mismo instante en que lo dije.

Ella se acercó despacio, se apoyó en la mesa y me observó con calma.

—Cole Hawthorne, te he visto pasar por muchas cosas en la vida. Te he visto romperte y recomponerte. Pero hace años que no te veía mirar a alguien como la miras a ella. No me digas que no sientes nada, porque no te creería ni aunque me lo juraras sobre la Biblia.

—Mamá, no es tan sencillo.

—Nunca lo es. Pero si esa mujer te importa —dijo con voz suave, pero firme—, no la dejes ir sin pelear por lo que quieres.

Me quedé en silencio. El reloj de pared marcó los segundos con un tic-tac que parecía más fuerte de lo normal. No sabía qué decir. No sabía si quería decir algo. Lo que sí sabía era que, por alguna razón, la idea de verla marchar me provocaba un vacío en el pecho. Uno de esos vacíos que no llenabas con trabajo ni con whisky.

—Si te he dejado sin palabras —dijo al fin, sonriendo—, es que tengo razón.

Soltó una risa baja, satisfecha, y se giró para volver al fogón. Yo la observé en silencio, sintiendo el calor del café enfriarse entre mis manos.

Mi madre empezó a cortar verduras, tarareando otra vez ese villancico, como si nada. Pero a mí el aire de la cocina se me antojaba distinto, más denso, cargado de pensamientos que no había pedido.

Me quedé mirando por la ventana. La nieve seguía cayendo, lenta y silenciosa sobre los campos. El cielo tenía ese gris lechoso típico del invierno. Riley se marcharía en unos días. Y, por primera vez, comprendí que eso me importaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Deberías invitarla tú mismo, Cole. Así la sorprenderías. —me dijo de pronto, y su voz tenía un tono cómplice.

—No creo que sea buena idea. —Intenté mantener el tipo.

—¿Por qué no? —preguntó, sin levantar la vista—. Si algo he aprendido en esta vida, hijo, es que los silencios pesan más que los rechazos.

No supe qué responder.

—Además —añadió, como quien no quiere la cosa—, Riley no parece del tipo de mujer que se asusta fácilmente. Si siente algo por ti, lo sabrá manejar. Y si no… bueno, al menos tendrás la conciencia tranquila.

—Mamá, eres una estratega. —Dije con una sonrisa cansada.

—No, cariño. Soy una mujer que lleva toda la vida viendo cómo el amor se escapa por miedo. —Su voz se suavizó—. Te proteges demasiado. Y, aunque no lo creas, a veces eso duele más que arriesgarse.

Asentí despacio. Las palabras se me quedaron pegadas en el pecho, igual que el aroma del café en la cocina.

Después de ese café salí al porche. El aire era tan frío que el aliento se hacía visible enseguida. Me apoyé en la barandilla de madera y respiré hondo. Desde allí se veía todo: la colina, los árboles desnudos, el corral. Todo parecía cubierto por un silencio limpio, el tipo de calma que solo un pueblo pequeño podía ofrecer.

Pensé en Riley. En su risa, en la forma en que fruncía el ceño cuando se concentraba, en cómo me había tocado el brazo al despedirse la noche anterior. Un roce leve, insignificante… y, sin embargo, me había dejado despierto más tiempo del que quería admitir.

¿Qué haría ella ahora? ¿Estaría con Jace en el centro, tomando un café? ¿Habría empezado ya a hacer el equipaje para volver a Nueva York?

El simple pensamiento me provocó una punzada.

No sabía cuándo había empezado todo. Lo cierto era que algo había cambiado, y yo no podía fingir que no lo sentía.

Mi madre tenía razón. La tenía más de lo que quería admitir.

—¿Estás pensando? —preguntó mi madre desde la puerta.

—Sí. —Respondí con una honestidad que me sorprendió.

—¿Y?

—Y… —Me pasé una mano por el cuello—. No lo sé. Pero no quiero que se vaya.

Ella sonrió, satisfecha, sin decir nada más.

Y yo me alejé para comenzar el día con todas esas tareas que mi madre necesitaba que hiciera en la granja, sin dejar de pensar en que, dentro de mí, algo se agitaba. Algo que ni siquiera el invierno podía enfriar.

Porque, aunque no lo había dicho en voz alta, sabía que ya era tarde para fingir indiferencia. Y que el uno de enero, cuando Riley se marchara, algo en mí se iría con ella.

Capítulo 25



Cole

“Si esa mujer te importa, no la dejes ir sin pelear por lo que quieres.”

Las palabras de mi madre se me habían quedado grabadas, repitiéndose una y otra vez como un eco testarudo. Me pasé una mano por la nuca, intentando despejarme. No era el tipo de hombre que le daba tantas vueltas a las cosas, pero desde que Riley había aparecido en mi vida, todo parecía al revés.

Cogí la pala y me puse a despejar la entrada del granero. La nieve crujía bajo mis botas, y cada palada era una excusa para mantener las manos ocupadas. La mañana se estiraba lenta, el sol apenas asomando entre las nubes.

El trabajo físico siempre había sido mi mejor terapia. Cuando la mente no para, el cuerpo necesita cansarse. Pero ni siquiera eso bastaba aquel día.

Mientras apartaba la nieve del camino que conducía al establo, pensé en Riley. En cómo había llegado al pueblo con esa sonrisa fácil y esa mirada curiosa, como si todo lo que veía le fascinara. Recordé la primera vez que la vi, y en todas las que habían llegado después.

Pensé también en la noche de Navidad, cuando me quedé mirándola más tiempo del que debía. Estaba de pie junto al fuego, se giró y me sorprendió

mirándola, y en vez de apartar la vista, sonrió. No fue una sonrisa cualquiera, sino una que me atravesó como un cuchillo envuelto en seda.

Ahora, mientras echaba pienso a las gallinas, me descubrí preguntándome qué demonios iba a hacer cuando se marchara. El pensamiento me dolía más de lo que quería admitir.

"No la dejes ir sin pelear."

Mi madre tenía razón. Pero ¿cómo se podía pelear por alguien que parecía llevar un mundo entero en los ojos? ¿Por alguien que claramente no pertenecía a este lugar, a esta vida de montañas, nieve y silencio?

Riley era todo lo contrario a mí: ruido, color, fuego. Yo era estructura, rutina, invierno.

Y, sin embargo, me atraía con una fuerza que no entendía.

Entré en el granero para recoger y limpiar. Un par de golondrinas se habían colado entre las vigas, moviéndose con rapidez. El lugar estaba en calma, solo interrumpido por el ruido de mis pasos.

Volví a pensar en Riley. En su forma de hablarme, en las veces que me había respondido con sarcasmo y en cómo luego se había reído, como si el mundo entero fuera una broma privada entre los dos. Había algo en ella que me descolocaba: no tenía miedo de mí. Ni de mi silencio, ni de mis respuestas cortantes, ni de mi pasado.

Y eso… eso era peligroso.

La pala cayó contra la pared con un golpe seco. Apoyé los codos sobre el borde de una de las vallas y dejé que la mente divagara.

A veces pensaba que ella veía algo en mí que ni yo mismo era capaz de ver. Algo que había enterrado hacía años, junto con la idea de volver a sentir.

El viento golpeó la puerta del granero y me sacó del ensueño. Me giré para asegurarla, pero entonces escuché algo que me detuvo en seco. Una voz.

—Buenos días, sheriff.

La reconocí al instante. Su timbre, su cadencia, el modo en que convertía una frase simple en un roce invisible. Cerré los ojos y solté un suspiro.

—Genial —murmuré—, ahora escucho su voz.

—¿Qué has dicho? —preguntó ella.

Me giré tan rápido que casi tiré el cubo de agua. Y allí estaba.

Apoyada en el marco de la puerta, con la nieve cayendo detrás de ella como un telón de luz. Llevaba un vaquero ajustado que resaltaba cada curva de sus piernas, botas altas, un jersey negro que se asomaba bajo su abrigo color crema y un gorro de lana negro que dejaba escapar algunos mechones de su cabello.

La sonrisa que se había dibujado en sus labios podría haber derretido el hielo del tejado.

Durante unos segundos me quedé mudo. No era habitual que me dejaran sin palabras, pero Riley tenía ese poder.

—¿Qué haces aquí? —logré preguntar al fin.

—Fui a la comisaría a invitarte a un café, pero Ryan me dijo que hoy estabas aquí, ayudando a tu madre. —Su voz tenía ese tono entre desenfadado y provocador que me sacaba de quicio y me encantaba al mismo tiempo—. Así que pensé en hacerte una visita. Tu madre me dijo que te encontraría en el granero… y tenía razón.

Reí bajo. Ella avanzó un paso dentro, y la luz del exterior dibujó un halo suave sobre su piel. Su olor a café, a invierno y a algo que no supe definir, me alcanzó antes de que pudiera moverme.

Y, de pronto, las palabras de mi madre volvieron a mi mente como una campana: “Si sientes algo por esa mujer…”

Lo supe entonces. Lo que sentía no era una simple atracción pasajera. Era hambre. Hambre de su risa, de su presencia, de su manera de hacer que incluso la granja pareciera un lugar distinto.

—Así que querías invitarme a un café —dije, intentando mantener el control.

—Sí, aunque parece que tienes bastante trabajo aquí. —Señaló el montón de heno a medio mover.

—Siempre hay trabajo en una granja.

—Ya veo. —Sonrió y se acercó un poco más—. ¿También sueles mirar así mientras trabajas, o es un privilegio navideño?

No tuve respuesta. La distancia entre los dos se volvió demasiado corta, demasiado peligrosa. Pude ver el brillo de sus ojos, el leve temblor de sus pestañas por el frío y no lo pensé. No podía pensarlo.

Me acerqué, rodeé su cintura con una mano y la atraje hacia mí. Sentí su respiración cortarse un segundo antes de que nuestras bocas se encontraran.

El beso fue todo lo que no había querido admitir que deseaba: urgente, crudo, inevitable. Su sabor mezclado con el aire helado me encendió la sangre. Ella respondió con la misma intensidad, aferrándose a mi abrigo, como si llevara días esperando aquello.

El mundo desapareció. Solo quedaron el calor de su cuerpo y el eco de nuestras respiraciones.

Cuando al fin nos separamos, los dos estábamos sin aliento. Ella me miró con una mezcla de sorpresa y deseo.

—Vaya… —susurró—. ¿Así saludas a todas tus visitas, sheriff? —preguntó, y sonreí.

—Solo a las que pienso no dejar marchar.

Riley me sostuvo la mirada, y durante un segundo pensé que iba a reír. Pero no lo hizo. En su lugar, bajó la vista un instante y murmuró:

—Entonces supongo que tendré que quedarme un rato más.

No supe qué responder. Todo lo que había pensado decirle, que no sabía qué éramos, que no debía pasar nada, se evaporó con el vapor de nuestras respiraciones.

Ella levantó la vista, todavía sonriendo, y al hacerlo me di cuenta de algo: el miedo que solía esconder en los ojos no estaba allí. Solo quedaba luz.

—Así que estás trabajando. —Sus ojos recorrieron el lugar y luego se posaron en mí—. Muy productivo, sheriff.

—Intento mantenerme ocupado. —Clavé la pala en el suelo y me limpié las manos con un trapo, más por necesidad de hacer algo que por suciedad real.

Ella inclinó la cabeza, evaluándome con esa expresión que siempre mezclaba burla y curiosidad.

—No pareces muy convencido.

—Depende de lo que consideres “productivo”. —Le sostuve la mirada.

El silencio que siguió estaba cargado. Podía oír cómo respiraba, el ritmo suave y constante, como una música que se metía debajo de la piel.

Dio un paso más. Ya estaba a menos de un metro. El olor a su perfume me alcanzó y mi pulso se aceleró.

Sus ojos buscaron los míos, y por un instante me pareció que el mundo se encogía hasta caber en el espacio entre nosotros. El frío quedó fuera. Aquí solo quedaba calor.

—¿Te pasa algo, Cole? —preguntó con voz baja, casi un susurro, y tragué saliva.

—Sí. Tú.

Riley arqueó una ceja, divertida, pero el leve temblor en sus labios me delató que no era la única alterada. Sus ojos bajaron un segundo a mi boca, y ese simple gesto me bastó.

No pensé. No pude.

En dos pasos la tenía entre mis brazos. La rodeé por la cintura y la atraje contra mí. El golpe de su cuerpo contra el mío fue una descarga eléctrica. Sentí su respiración chocar contra mi cuello, el calor que emanaba incluso a través de las capas de ropa.

Durante una fracción de segundo, ninguno de los dos se movió. Solo la tensión, el silencio y el temblor leve de su pecho contra el mío. Luego, ella levantó la mirada. Y el tiempo se detuvo.

Su boca estaba a centímetros de la mía, y el aire entre nosotros era fuego. Podía oír el sonido de su respiración, podía oler el leve dulzor de su perfume mezclado con el aroma del heno. Mi mano subió por su espalda casi sin permiso, deteniéndose en la nuca.

Ella no se apartó. Al contrario, se acercó. Y entonces la besé.

No fue un beso medido ni prudente. Fue hambre. Hambre acumulada durante semanas. Su boca se abrió bajo la mía, suave y cálida, y el mundo se redujo a ese contacto. Su sabor era dulce, con un eco de café y deseo.

Riley respondió al instante. Me agarró del abrigo y tiró de mí con fuerza, como si temiera que me alejara. El golpe de nuestros cuerpos se sintió como un latido.

El beso se hizo más profundo, más urgente. Mis dedos se entrelazaron en su cabello, sintiendo la suavidad de cada mechón. Ella murmuró mi nombre contra mis labios, un leve susurro, y eso bastó para encenderme por completo.

No había lugar para la razón. Solo piel, aliento y el sonido de nuestros corazones golpeando al mismo ritmo.

Nos movimos sin darnos cuenta. La empujé suavemente contra la pared del granero, entre el olor del heno y la madera. Su espalda chocó contra la madera, pero no se quejó. Al contrario, se rio, una risa baja que me atravesó el pecho.

La miré a los ojos y me quedé sin aliento. El verde grisáceo de su mirada brillaba como una tormenta.

—Esto… —Empecé a decir, sin saber qué palabra buscaba.

—Sí —susurró ella—. Esto.

No había más que decir.

La besé de nuevo, más lento esta vez. Un beso que no buscaba devorarla, sino memorizarla. Sentí sus dedos rozar mi mandíbula, su respiración acelerada, su cuerpo encajando perfectamente contra el mío.

Y eso bastó para que nuestros cuerpos tomaran el control de ese momento por completo, para que mi mente dejara a un lado la razón y el decoro y se dejara llevar por el deseo y la necesidad de sentir a Riley entre mis brazos una vez más.

Capítulo 26



Cole

El beso continuó sin pausas, como si el mundo entero hubiera desaparecido.

Riley se fundía contra mí, y cada movimiento suyo era una invitación a perder la razón. Sentía sus manos en mi cuello, el roce de sus dedos contra mi piel helada, su respiración entrecortada chocando con la mía.

Nunca había sentido algo así. No desde Claire. Y eso me golpeó como un puñetazo suave en el estómago.

Con Claire había habido amor, calma, ternura. Con Riley… era otra cosa. Era fuego, vida, el temblor que creías olvidado y que de repente te despertaba.

No sabía cuándo había dejado de pensar. Tal vez cuando la besé por primera vez, o cuando sus dedos se deslizaron por el cuello de mi abrigo y me buscaron con esa urgencia que quemaba más que el frío.

La rodeé por la cintura, la levanté sin esfuerzo, y su risa, una risa breve, cálida, que me rozó la piel, me hizo sonreír contra su boca.

—Cole… —susurró mi nombre, y aquello fue el fin de cualquier intento de mantener el control.

La llevé entre mis brazos hasta el montón de paja que había en una esquina del granero. La luz se filtraba por las rendijas, dorada, iluminando el polvo

que danzaba en el aire. La deposité con cuidado sobre el heno, y ella me miró desde abajo, con los labios aún húmedos, las mejillas encendidas y esa sonrisa traviesa que me desarmaba por completo.

—¿Así tratas a todas las chicas que vienen a visitarte a la granja? —bromeó, sin apartar la mirada.

—No. Solo a las que me quitan el sueño.

Ella se echó a reír, pero la risa se apagó en cuanto me incliné sobre ella. Nuestras respiraciones se mezclaron, lentas, cargadas de algo que ninguno de los dos se atrevía a nombrar.

El roce de su piel bajo mis manos era un ancla y un incendio. El sonido de su voz, un hilo de música en mitad del silencio. Nos movíamos entre risas y suspiros, entre palabras apenas susurradas que no buscaban sentido, solo mantener viva esa corriente invisible que nos arrastraba.

Nos desnudamos con prisa, con urgencia, sin que importara el frío que hiciera a nuestro alrededor. Nos quedamos desnudos sobre aquel montón de paja, besándonos, acariciándonos y explorando cada rincón del otro sin vergüenza ni pudor.

Besé el cuello de Riley y bajé con un camino de suaves besos por su torso, deteniéndome en uno de sus pezones. La miré y vi cómo sus ojos me pedían que no me detuviera; sonreí y deslicé la lengua muy despacio sobre su pezón, lo acogí en mi boca y comencé a lamerlo con suaves y lentos círculos mientras notaba cómo ella se estremecía bajo mi cuerpo y ese pequeño botón se endurecía con cada segundo que pasaba.

Cuando Riley gimió en mi boca, deslicé la mano por su costado, acariciándole esa suave piel que sentía caliente bajo la yema de mis dedos. La llevé despacio hacia su entrepierna y ambos gemimos al sentir mis dedos entre sus pliegues. Ella, por el placer que sentía; yo, por la satisfacción de encontrar a mi mujer tan húmeda y lista por y para mí.

Jugué con su clítoris entre mis dedos, pellizcándolo y tirando de él, haciendo que Riley gimiera sin parar en mi boca mientras nuestras lenguas se entrelazaban en ese beso voraz y hambriento que estábamos compartiendo.

Cuando la penetré con dos dedos, sentí cómo todo su cuerpo temblaba presa del placer, cómo arqueaba la espalda mientras sus uñas se clavaban en mi espalda y cómo comenzó a mover las caderas en busca de más.

Dios, esa mujer me volvía loco de una manera indescriptible, de un modo en el que ninguna de las que había tenido entre mis brazos después de Claire lo había hecho.

No permití que llegara al orgasmo y cuando retiré mis dedos de su interior y me aparté rompiendo el beso, me miró con el ceño fruncido y la respiración tan agitada que me provocó una leve risa.

Comencé a besar su vientre y bajé hasta alcanzar ese lugar en el que deseaba perderme, en el que necesitaba que me sintiera, pero aún no había terminado con ella.

Lamí y mordisqueé su clítoris y ella respondió con un grito de puro placer. Cuando comencé a lamer aún más rápido, manteniendo sus piernas sujetas y notando cómo movía las caderas para sentirme mucho más, me perdí en el sonido de sus gemidos y en el modo en el que me suplicaba que no me detuviera.

Y no lo hice, obviamente, hasta que Riley, con ambas manos aferrándose a mi nuca y a mi cabello, gritó liberando un orgasmo que hizo que mi propio miembro palpitara de puro placer y necesidad.

Sin tiempo a que se disipara su orgasmo, me acomodé entre sus piernas y la penetré con una certera y profunda embestida. Riley gritó y se agarró a mis antebrazos con fuerza, mirándome fijamente a los ojos, jadeando y gimiendo mientras su mirada no abandonaba la mía en ningún momento.

Me incliné para besarla y seguí entrando y saliendo, penetrándola con fuerza y llenándola por completo, hasta que sentí que mi propio clímax se acercaba, al igual que también lo hacía el de Riley.

Aumenté el ritmo, la penetré más rápido, más fuerte y más profundo, rompí el beso y me quedé mirándola fijamente a los ojos, perdido en esa mirada que me desarmaba, en el modo en el que sus iris brillaban con el deseo

instalado en ellos, y así nos dejamos llevar por el momento, alcanzando el clímax juntos.

—Estás temblando —dije contra su cuello cuando todo acabó, aún dentro de ella, abrazándola.

—Tú también.

—Debe de ser el frío. —Mentí.

—Claro. El frío. —Su sonrisa me rozó la mejilla y volvió a besarme, lenta, profunda, como si quisiera grabar aquel momento en la piel.

Y entonces entendí que no era solo deseo. Era algo más. Algo que me atravesaba y me dejaba sin aire.

Porque no se trataba solo de tenerla cerca, sino de sentir que, de algún modo, la vida volvía a empezar justo allí, en ese granero cubierto de heno y luz dorada.

Riley se movió debajo de mí con suavidad, buscándome, respondiendo a cada gesto con la misma urgencia contenida. Su risa volvió a colarse entre nosotros, ligera, brillante, y me hizo sonreír sin poder evitarlo.

—Nunca pensé que diría esto —susurró contra mis labios—, pero eres mucho mejor guía de lo que esperaba.

—¿Guía? —pregunté, divertido.

—Sí. Vine buscando una visita por la granja… y acabé obteniendo un polvo salvaje con el granjero.

Reí, bajando la cabeza hasta su cuello, respirando su perfume, su calor.

—Si te quedas a vivir en Minden, te prometo más visitas como esta.

—Ah, ¿sí?

—Claro. Visitas, recorridos… y todos los "polvos salvajes" con el granjero que quieras. —Dije aquello entre risas, sin pensar, solo disfrutando del momento.

Riley estalló en carcajadas, apoyando la cabeza en la paja.

—Eres un caso perdido, sheriff.

—Y tú una tentación con piernas.

Nos quedamos mirándonos, los dos sonriendo, los dos sin aire, como si el tiempo se hubiera suspendido entre el deseo y la risa.

Ella extendió una mano y me tocó la cara, despacio, con esa delicadeza que desarmaba más que cualquier pasión.

—Cole…

—¿Mm?

—No sé qué es esto. Pero me gusta.

—A mí también.

Y no dije nada más. Solo la besé de nuevo, suave esta vez, con la calma de quien sabía que ese instante sería un recuerdo al que volver una y otra vez.

La luz se filtraba en haces finos, el polvo bailaba alrededor y, por un momento, el mundo dejó de girar. Allí, entre el olor a heno y el calor de su cuerpo, sentí que la vida, esa vida que creía acabada, volvía a tener sentido.

Cuando nuestras respiraciones por fin se calmaron, Riley apoyó la frente en mi pecho y soltó una risa ahogada.

—Yo solo quería una visita guiada por la granja —murmuró, divertida—, no un revolcón con el granjero.

No pude evitar reírme. Su humor era como ella: inesperado, brillante, imposible de resistir.

—Entonces me temo que no puedo devolverte el dinero de la entrada. — Acaricié su cabello con una sonrisa.

Ella me besó de nuevo, un beso suave, con esa chispa que tenía el poder de volverlo todo fácil, incluso lo que daba miedo.

Y así, entre risas, suspiros y el olor a heno, supe que no había vuelta atrás. No después de eso.

Capítulo 27



Cole

El silencio que siguió fue cómodo, casi dulce. El sonido del viento fuera del granero, el crujido de la madera, el suave respirar de Riley apoyada en mi pecho. Me habría quedado así toda la mañana, sin moverme, sin pensar en nada más que en el calor de su cuerpo junto al mío.

Pero la realidad, esa que nunca dejaba de llamar, acabó haciéndose presente. Ella fue la primera en hablar, con esa voz suave que me volvía loco.

—Deberíamos vestirnos, ¿no crees? Antes de que tu madre venga a buscarte y me encuentre así.

Solté una carcajada baja.

—No creo que mi madre se sorprenda demasiado. Ha visto de todo en esta granja.

—Ah, ¿sí? —preguntó, arqueando una ceja mientras se incorporaba, con la paja enredada en el cabello—. ¿Incluido a su hijo haciendo travesuras con las visitantes?

—No digo que sea habitual —repliqué, poniéndome en pie y buscándole el abrigo—, pero eres una excepción en muchos sentidos.

Ella me miró mientras se colocaba el jersey, con esa media sonrisa que siempre escondía más de lo que mostraba.

—Entonces espero que ser tu excepción valga la pena.

—Créeme, lo vale. —Me acerqué y le besé la frente antes de apartarme un poco, porque si me quedaba más tiempo, la mañana no avanzaría.

Una vez vestidos, salimos del granero. El aire helado nos golpeó el rostro, pero no importaba. La nieve cubría el campo, el cielo estaba despejado y el sol invernal se reflejaba en cada copo, haciendo que todo pareciera sacado de un sueño.

Riley se frotó las manos, riendo.

—Vale, ¿por dónde empieza la visita oficial del sheriff granjero?

—Por los animales, supongo. —Sonreí y le ofrecí la mano. Ella la tomó sin dudar.

Su mano era pequeña, cálida, y se ajustaba a la mía como si siempre hubiera pertenecido allí.

La llevé hasta el establo. Dentro, el olor era fuerte, mezcla de heno, madera húmeda y vida. Las ovejas balaban suavemente, algunas acurrucadas junto a sus crías recién nacidas.

—Oh, Dios mío —susurró Riley, llevándose una mano al pecho—. ¿Has visto esas caritas?

—Sí, las veo muy a menudo —respondí, divertido.

—Pues eres un hombre con suerte.

—¿Por las ovejas o por ti?

Ella me dio un suave empujón con el hombro, riendo.

—Por las ovejas, aunque no negaré lo otro.

Observé cómo se agachaba junto a una de las pequeñas corderas, que apenas se mantenía en pie. Riley extendió la mano despacio, dejándola

olfatear sus dedos antes de acariciarla. La escena era tan pura, tan simple, que por un instante sentí algo en el pecho que dolía de lo hermoso que era.

—Eres buena con los animales —dije, sin poder apartar la mirada.

—Me gustan —respondió sin mirarme, concentrada en la cría que intentaba mordisquearle el abrigo—. Son honestos. No fingen.

—¿Y las personas sí?

Levantó la vista hacia mí, con una chispa de melancolía.

—A veces. Pero tú no.

Eso me dejó sin palabras durante un segundo. La sinceridad en su voz me atravesó más que el frío.

Antes de que pudiera responder, otra oveja se acercó por detrás y empujó a Riley con el hocico, haciéndola perder el equilibrio y caer de rodillas sobre la paja.
Estallé en carcajadas.

—Creo que no te has ganado su confianza todavía.

—¡Muy gracioso! —dijo entre risas, intentando apartar a la oveja que seguía olfateándole el gorro—. ¡Ayúdame, sheriff!

—No puedo, señorita, estoy en pleno interrogatorio. —Crucé los brazos, fingiendo seriedad—. Parece que esta futura policía te ha pillado con las manos en la masa.

Riley se echó a reír tan fuerte que incluso las ovejas se apartaron un poco. Al final la ayudé a levantarse y ella se limpió la paja del abrigo, aún riendo.

—Vale, reconozco que esto es mucho mejor que cualquier gimnasio en Nueva York.

—Y más barato —añadí.

Seguimos recorriendo la granja: los pollitos, los campos cubiertos de nieve. Cada paso con ella se sentía natural, fácil, como si siempre hubiéramos caminado así, de la mano, compartiendo silencios y risas.

Cuando llegamos de nuevo a la casa, el aroma a pan recién hecho nos envolvió. Mi madre estaba en la cocina, con el delantal puesto y las mejillas sonrosadas por el calor del horno.

—Ah, ahí estáis —dijo sonriendo al vernos entrar—. Justo a tiempo para desayunar.

—Huele increíble, señora Hawthorne —dijo Riley, dejando el abrigo sobre una silla.

—Por favor, llámame Maggie, cariño. —Mi madre se acercó a ella y le dio un abrazo sincero—. ¿Qué te ha parecido la granja?

Riley sonrió, mirando por la ventana.

—Preciosa. Es tranquila, acogedora… No tiene nada que ver con el ruido de Nueva York. Podría acostumbrarme a algo así.

Mi madre me miró entonces, con esa sonrisa suya que decía más que mil palabras. Una sonrisa que me tradujo de inmediato con la mirada: “Pídele que se quede, muchacho. Esta mujer es tu hogar”.

Negué con la cabeza muy despacio, intentando disimular, y mi madre volteó los ojos, divertida, antes de volver a su tarea.

Nos sentamos los tres a la mesa. El desayuno fue tranquilo, lleno de bromas y alguna anécdota de mi madre sobre mí cuando era un niño. Riley reía a carcajadas mientras mi madre contaba cómo me había pillado intentando ordeñar una oveja del lado equivocado.

—No sé de qué te ríes —le dije a Riley, fingiendo indignación—. Tenía siete años.

—Y un futuro brillante como ganadero —respondió ella entre risas.

Cuando terminamos, mi madre dejó la taza de café sobre la mesa y, con su habitual tono dulce pero firme, dijo:

—Me encantaría que Jace y tú cenarais aquí la noche de Fin de Año, igual que en Navidad. Y que vengáis también el día siguiente. No quiero que paséis esos días solos en el hostal, eso sería muy triste.

Riley sonrió con gratitud.

—Nos encantaría, Maggie. Pero al día siguiente ya nos marcharemos. Tenemos que volver a Nueva York tal como habíamos planeado.

—Bueno —dijo mi madre con calma—, si cambiáis de opinión, la invitación seguirá en pie.

El silencio que siguió pesó más de lo que esperaba. No me gustaba la idea de que se fuera. No ahora. No, después de todo esto.

Después del desayuno, Riley se levantó para despedirse. Mi madre le dio otro abrazo y le dijo algo al oído que no alcancé a escuchar, pero que la hizo sonreír.

La acompañé hasta la puerta. El aire frío nos recibió otra vez, y ella se giró para mirarme. No pude evitar rodearla por la cintura y atraerla hacia mí. La besé con esa necesidad que no entendía, la que me consumía cuando estaba con ella y también cuando no lo estaba.

Cuando nos separamos, Riley sonreía, con la respiración entrecortada. Apoyé la frente en la suya.

—No quiero que te vayas, Riley —murmuré, y ella suspiró.

—Podría quedarme un rato más. Ayudarte en la granja el resto de la mañana. Pero no he traído ropa adecuada…

—No me refería a eso. —Su mirada se encontró con la mía y vi cómo se tensaba, cómo entendía cada palabra antes de que terminara de decirlas—. No quiero que te vayas de Minden el día uno de enero.

Riley tragó saliva, sin apartar los ojos de los míos. Luego sonrió, esa sonrisa suya que era mitad ternura, mitad escudo, y me besó una vez más.

—Te dejo seguir trabajando, sheriff. No vaya a ser que se te eche el día encima.

Y sin más, se apartó, caminando hacia el coche que sabía que era de Jace. Se giró antes de subir, levantó la mano en un gesto de despedida y me regaló una última sonrisa.

Me quedé allí, mirando cómo se alejaba por el camino cubierto de nieve, el coche reduciéndose hasta ser solo un punto en el horizonte. Sentí una punzada en el pecho, una certeza amarga: tal vez para ella esto no fuera más que una aventura. Un simple romance navideño.

Una mano cálida me rozó la espalda. Era mi madre.

—No pienses tonterías, hijo —dijo con voz serena sin necesidad de preguntar en qué pensaba porque ella lo sabía.

Era mi madre, la mujer que me dio la vida, la mujer que me había visto enamorarme de Claire años atrás, quien me vio ser feliz y construir un hogar y tener una familia. Era quien me había visto perderlo todo y hundirme, ser la sombra de quien una vez fui.

Era mi madre, y como tal, sabía en todo momento lo que pensaba y lo que se me pasaba por la cabeza. Y por mucho que no fuera a decir en voz alta lo que sentía por Riley, a ella no le hacía falta escucharlo porque ella ya lo sabía.

—Esa mujer siente algo por ti —continuó—. Y si no se queda, será por una buena razón. Pero no te des por vencido.

—No lo sé, mamá… —murmuré.

—Sí lo sabes —respondió con una sonrisa suave—. A veces la cabeza intenta mandar, pero al final es el corazón el que tiene la última palabra.

Miré hacia el horizonte blanco, respirando hondo. Tenía solo cuatro días. Cuatro días para convencer a la mujer de la que, sin la menor duda, me había

enamorado… de que su lugar estaba aquí, conmigo, en Minden.

Capítulo 28



Riley

El camino desde la granja hasta el pueblo estaba cubierto por una capa de nieve que el sol de la mañana hacía brillar como polvo de cristal.

Conducía despacio, sin música, con las manos tensas en el volante. El silencio del coche era tan denso que podía oír mis propios pensamientos, y eso era justo lo que no quería.

“No quiero que te vayas de Minden.” Su voz seguía dentro de mí, repitiéndose una y otra vez, tan clara que parecía estar sentado en el asiento del copiloto.

Cole Hawthorne. El hombre al que no tenía derecho a querer.

Cada vez que pensaba en él, algo dentro de mí se encogía y se expandía al mismo tiempo. Me hacía sentir viva, pero también vulnerable. Me hacía imaginar un futuro que no podía tener.

Ojalá pudiera quedarme. Ojalá pudiera decirle que sí, que me quedaría en Minden, en su granja, con su madre y sus ovejas y ese calor de hogar que me estaba enseñando a recordar lo que era pertenecer a algún sitio.

Pero no podía.

Cuanto más lejos de Nueva York estuviera, mejor. Cuanto más lejos de aquella noche, más segura estaría.

Y Minden… Minden no estaba lo bastante lejos.

Tragué saliva y parpadeé varias veces, intentando no llorar, pero era inútil. Las lágrimas se escaparon sin permiso, resbalando por mis mejillas frías. No podía seguir conduciendo así, así que aparqué frente al bar de Emma, el único sitio donde sabía que podía esconderme unos minutos del mundo.

El sonido de la campanita sobre la puerta me sacó de mi ensimismamiento. El calor del local me envolvió al instante: olor a café, a pan recién hecho, a madera. Emma estaba tras la barra, limpiando vasos con un paño, y en cuanto me vio, frunció el ceño.

—Riley… ¿Estás bien?

Negué con la cabeza, porque en ese momento era incapaz de hablar.

—No. Nada está bien.

Ella no preguntó más. Simplemente rodeó la barra, me pasó un brazo por los hombros y me llevó hacia una puerta lateral.

—Ven conmigo, cariño. Vamos a mi despacho.

El pequeño despacho de Emma era cálido, con una estufa encendida en una esquina. No tardó en servir dos tazas de café de la cafetera que tenía allí.

Me senté, con las manos temblando, mientras ella se acomodaba enfrente. Durante unos segundos, solo escuché el tic-tac de un reloj viejo en la pared.

—¿Tiene algo que ver con mi hermano? —preguntó al fin, con suavidad.

La miré, sorprendida por lo directa que había sido, pero no tenía sentido mentir. Asentí despacio.

—Sí.

Emma entrelazó las manos sobre la mesa.

—¿Te ha hecho algo? ¿Te ha dicho que se ha acabado lo vuestro o algo así?

—No. —Negué rápidamente—. Nada de eso. Él… él me ha pedido que no me vaya de Minden.

—Oh. —Emma asintió despacio, como si todo encajara de golpe—. Y tú no puedes quedarte.

—No. —Sentí el nudo en la garganta apretarse—. No puedo.

—¿Hay alguien esperándote en Nueva York? —preguntó entonces—. ¿Una pareja… alguien que te impide quedarte?

Abrí la boca, pero no salieron palabras. Durante un instante, pensé en mentir. Pensé en decir que sí, que había alguien. Que todo esto con Cole había sido solo un error pasajero, una aventura de invierno.

Pero la sola idea de pronunciar esa mentira me dolió más que la verdad. No podía hacerle eso. No a él.

Negué con un hilo de voz.

—No es eso. Es… más complicado.

Emma me observó unos segundos, con esa paciencia tranquila de quien sabe cuándo no debe presionar. Alargó la mano y me tocó la mía, suave, maternal, a pesar de que tenía la misma edad que yo.

—No te voy a insistir, Riley. Pero si algún día necesitas hablar de ello, puedes venir. Aquí o con Cole. Él sabrá escucharte.

Mi cuerpo se tensó antes de poder evitarlo. La sola idea de contarle la verdad a un sheriff, a un policía… me provocó un escalofrío.

No podía hacerlo. Si Cole supiera lo que ocurrió aquella noche, si supiera por qué Jace y yo dejamos todo atrás… todo se derrumbaría.

Emma notó mi tensión, pero no dijo nada.

—No quiero ser indiscreta —continuó después de un silencio—, pero… ¿Sientes algo por mi hermano?

Me quedé quieta, sin saber si huir o confesarlo. Luego, simplemente, asentí.

—Sí. No quería que pasara, pero me he enamorado de él. —Mi voz se quebró en la última palabra—. Por favor, no se lo digas.

Emma sonrió, una sonrisa que me pareció triste y cálida al mismo tiempo.

—Tranquila, no saldrá de esta habitación. Pero, Riley… estoy segura de que él siente lo mismo. Y no creo que te deje marchar sin luchar por ti.

Una lágrima me rodó por la mejilla y la limpié rápidamente.

—Sería un sueño tan bonito… —susurré—. Quedarme aquí, olvidarlo todo, empezar de nuevo. Pero no puedo.

Emma apretó mi mano. No dijo nada más, y lo agradecí. A veces el silencio era la única respuesta posible.

Nos quedamos así unos minutos. El reloj seguía marcando el paso del tiempo y el olor del café se mezclaba con la madera vieja.

Cuando terminé mi taza, me levanté despacio.

—Me voy al hostal. No me siento muy bien.

Emma se levantó también.

—Descansa, cariño. Y recuerda lo que te he dicho.

Asentí y salí del despacho. El bar estaba tranquilo, con un par de clientes en las mesas del fondo y la luz de la mañana filtrándose por las ventanas.

Fuera, el aire me golpeó con fuerza. Inspiré hondo y cerré los ojos. El olor a leña quemada, a pan recién hecho, a bollos recién horneados… todo era tan simple, tan reconfortante, que dolía.

El frío me cortaba el rostro, pero las lágrimas volvieron a caer sin que pudiera evitarlo. Ojalá pudiera quedarme. Ojalá pudiera dejar atrás todo lo que me perseguía.

Pero no podía. No mientras aquel pasado siguiera vivo en alguna parte.

Me metí en el coche, limpiándome las lágrimas con el dorso de la mano, y arranqué hacia el hostal, con el corazón latiendo demasiado rápido y una única idea repitiéndose una y otra vez en mi cabeza.

Ojalá pudiera ser libre para amarlo.

El hostal estaba casi vacío cuando llegué. Fuera, la nieve seguía cayendo despacio, como si el cielo quisiera tapar el mundo con un manto blanco para que todo doliera un poco menos. Nada más cruzar la puerta, vi a Jace sentado frente a la chimenea, con una taza de café entre las manos.

La luz anaranjada del fuego le daba un aire más sereno de lo habitual. Pero cuando me vio, su expresión cambió por completo.

—¿Has estado llorando? —preguntó, dejando la taza sobre la mesa baja.

No pude mentirle. Asentí y se levantó al instante.

—Vamos a la habitación. —Su voz fue baja pero firme, como cuando me hablaba de niña para protegerme de un miedo que no sabía explicar.

Subimos en silencio. El viejo suelo de madera crujía bajo nuestras botas. Una vez dentro de mi habitación, Jace cerró la puerta tras de sí y se apoyó contra ella, cruzándose de brazos.

—¿Qué ha pasado, Riley?

Me senté en la cama, mirando mis manos.

—He estado en la granja. Con Cole.

—Lo imaginaba. —Se acercó y se sentó frente a mi lado—. ¿Qué ha pasado?

Cogí aire con fuerza antes de hablar.

—Su madre… nos ha invitado a cenar en Fin de Año, y también a comer al día siguiente. Y él… —Hice una pausa. El nudo en la garganta volvía a apretarse—. Él me ha pedido que no me vaya de Minden.

Jace frunció el ceño.

—¿Que no te vayas? —preguntó, y asentí.

—Dice que no quiere que me marche el día uno. Que… —Mi voz se volvió un susurro— que quiere que me quede.

Durante unos segundos, el silencio llenó la habitación. Solo se oía la leve brisa del viento a través de los cristales.

Jace se frotó la mandíbula, pensativo.

—No es una mala idea quedarnos unos días más.

Le miré sorprendida.

—¿Qué?

—Podríamos decir que los jefes nos han ampliado las vacaciones, o que el coche tiene una avería. —Se encogió de hombros—. Lo que sea. No tenemos por qué marcharnos justo el día uno.

—¿Y luego qué, Jace? —pregunté con la voz rota—. ¿Hasta cuándo seguimos inventando mentiras?

Él guardó silencio. Su mirada, siempre tan firme, se volvió más blanda.

—Lo que haga falta, Riley. Hasta que podamos estar seguros.

Me cubrí el rostro con las manos.

—¿Y si le contáramos la verdad? —dije con un susurro—. Él es policía, podría ayudarnos. Tal vez… tal vez si supiera lo que pasó aquella noche,

podría protegernos.

Jace negó de inmediato.

—No. Si hacemos eso, estamos perdidos.

Levanté la cabeza, buscándole la mirada.

—Pero es Cole. No es como los demás.

—Precisamente —replicó con un tono más bajo, casi triste—. Es policía. No puede no actuar, Riley. No puede mirar hacia otro lado, aunque quiera. Y si sabe lo que pasó, si sabe lo que hicimos… ni siquiera su amor podría salvarnos.

Esa palabra, amor, me golpeó el pecho como un eco. No lo había dicho él, pero lo había sentido yo.

Me temblaron los labios antes de hablar.

—Me he enamorado de él, Jace. —La confesión salió entre lágrimas, casi sin aire—. No quería, no debía hacerlo… pero ha pasado. Y ahora tengo que marcharme, y sé que tendré que mentirle para hacerlo, y eso… eso me está matando.

Jace se levantó despacio y se arrodilló frente a mí. Sus manos se apoyaron en mis rodillas, cálidas, firmes.

—Eh… —dijo en voz baja—. Vamos a encontrar una solución, ¿de acuerdo? Pero ahora mismo, no pienses en lo que no puedes cambiar.

Negué con la cabeza, llorando sin poder detenerme.

—No quiero hacerle daño. No a él.

—Lo sé —susurró.

Y entonces me abrazó, fuerte, como cuando tenía doce años y todo en mi vida se desmoronaba y solo él sabía cómo sostenerme. Apoyé la cabeza en su

hombro y lloré en silencio.

—Nos quedamos en Minden unos días más —dijo con decisión, sin soltarme—. Ya pensaremos qué decir después.

Asentí sin fuerzas.

Él me apartó un poco el cabello del rostro y me besó la frente, como solía hacer cuando las pesadillas me despertaban en mitad de la noche.

—Todo irá bien, Riley. Te lo prometo.

—¿Cómo puedes seguir prometiéndome eso, Jace? —susurré.

—Porque si dejo de hacerlo, tú dejarás de creer que el mundo puede arreglarse. Y no pienso permitirlo.

Me apretó entre sus brazos, y durante unos segundos, volví a ser aquella niña del orfanato que se escondía en un rincón, con las rodillas contra el pecho, esperando que alguien viniera a decirle que todo iba a ir bien. Y él siempre venía.

Cerré los ojos, agotada, con el corazón dividido entre dos realidades imposibles: el pasado que me perseguía… y el amor que empezaba a darme esperanza.

Capítulo 29



Cole

La granja estaba envuelta en un silencio suave y frío, roto únicamente por el crujido de la nieve bajo las botas de los que llegaban para la cena de Fin de Año.

El aroma de la leña quemada y el pan recién horneado se colaba por las ventanas, mezclándose con el olor de la comida que mi madre había estado preparando desde primera hora de la tarde. Yo me apoyé en el marco de la puerta de la cocina, observando cómo se movía entre ollas y bandejas con una destreza que solo los años de experiencia podían otorgar. La familiaridad de la escena me hizo sentir extraño; conocía cada rincón, cada sonido, cada gesto de mi madre. Pero había algo diferente esta noche, algo que no podía apartar de mi mente.

Cuando la puerta principal se abrió, mis ojos se dirigieron instintivamente hacia ella. Riley entró seguida de Jace, y mi corazón dio un vuelco que no había sentido en años.

Su vestido de lana rojo caía con suavidad sobre su figura, acentuando cada curva de manera elegante, sin esfuerzo. El cabello negro azabache brillaba bajo la luz cálida del recibidor y sus ojos verde grisáceos parecían captar cada detalle del lugar como si lo estuviera descubriendo por primera vez.

Respiré hondo, intentando recuperar la compostura, aunque sabía que era imposible. Desde aquella mañana en la que le pedí que se quedara unos días

en Minden, no habíamos dejado de vernos, compartiendo cenas, risas, alguna que otra noche tranquila, y, sin embargo, nunca habíamos hablado de lo que nos estaba ocurriendo realmente.

—Feliz última noche del año, sheriff —saludó Riley, con su sonrisa característica, acercándose a mí con un brillo travieso en los ojos.

—Feliz última noche del año, preciosa —respondí, no pudiendo evitar atraerla hacia mí para un beso breve, intenso, cargado de necesidad contenida.

Ella se apartó ligeramente y me regaló una sonrisa que prometía más de lo que las palabras podían decir.

Emma ya había dispuesto la mesa en el comedor, decorada con velas, guirnaldas y platos que olían a tradición navideña y a cariño. Mi madre había preparado un menú digno de un festín. Sopa de calabaza para abrir apetito, ensalada templada de nueces y manzana, lomo de cerdo asado con salsa de ciruelas, patatas gratinadas, verduras al horno y, para terminar, un pastel de manzana con helado de vainilla, tarta de chocolate y bandejas de galletas decoradas por Emma y ella. Sobre la mesa, además, brillaban botellas de vino y champán esperando la hora de los brindis.

—Vamos, que no podemos empezar sin que todos se sienten —dijo Emma, haciendo un gesto dramático hacia los demás.

Ryan se acomodó junto a mi hermana, con su sonrisa habitual, mientras Mike y Adam se repartían entre bromas y miradas discretas. Lucy y Sara se ocuparon de colocar los últimos platos.

Jace se sentó junto a Riley, y pude observar la manera en que la miraba, con esa mezcla de cariño protector que siempre mostraba hacia ella. Mi pecho se tensó; era difícil ignorar que él tenía un lugar especial en su vida, un lugar que yo no podía reclamar, aunque mi corazón latía con fuerza cada vez que ella se acercaba.

La cena comenzó entre risas y conversaciones animadas. Mi madre no paraba de hablar, mezclando recuerdos familiares con preguntas sobre nuestras vidas. Ella tenía la habilidad de hacer que todos participáramos, sin excepción.

—Bueno, Riley, Jace. ¿Habéis tenido una mágica Navidad? —preguntó, ladeando la cabeza con ese interés que conocía tan bien en mi madre.

—La verdad es que sí —respondió Riley con una sonrisa—. Yo he disfrutado mucho de Minden, me he sentido muy a gusto.

—Ah, ¿sí? —dijo mi madre con una sonrisa cómplice—. Me alegra que te sientas a gusto aquí.

Las conversaciones se mezclaban con bromas. Ryan no paraba de lanzar comentarios sarcásticos sobre la torpeza de Mike sirviendo el vino, mientras Adam hacía un comentario gracioso cada pocos segundos, logrando arrancar carcajadas a todos los presentes sin excepción. Entre todo eso, mis ojos no podían dejar de seguir a Riley. Cada gesto suyo, cada risa, cada mirada fugaz hacia mí hacía que mis pensamientos se concentraran en ella.

Cuando llegó el momento de las uvas, Emma propuso hacer un último deseo del año. Todos nos reímos; bromas y risas se mezclaron mientras cada uno sostenía su copa y preparaba las doce uvas.

—Que nadie se atragante —bromeó Adam, levantando una ceja—. O lo vamos a tener complicado con las campanadas.

—¡Seguro que tú te atragantas primero! —le contestó Sara, riéndose.

—Una, dos, tres… —contó Emma mientras comenzábamos a comer las uvas, algunas cayendo fuera de la boca entre risas y comentarios exagerados.

Mike tosió, provocando carcajadas generales, y yo aproveché un breve instante para mirar a Riley. Tenía los ojos brillantes, el rostro iluminado por la luz cálida de las velas, y su risa, ese sonido que había llegado a calar profundo en mí, me hizo sentir que cualquier cosa podía suceder.

Sabía perfectamente cuál sería mi último deseo del año, aunque permanecía solo en mi corazón.

La última campanada llegó y, al unísono, gritamos:

—¡Feliz Año Nuevo!

Los abrazos y besos se multiplicaron entre la alegría general. Vi a Riley y Jace abrazarse con ese cariño que solo un hermano mayor podría tener con su hermana pequeña. Emma y Ryan se miraron con tanta complicidad y amor que no pude evitar sonreír por ellos. Y entonces Riley se acercó a mí, con esa sonrisa que podía desarmarme completamente.

—Feliz Año Nuevo, sheriff —dijo, con su voz en un susurro que aún resonaba en mis oídos.

Sin pensarlo, la atraje hacia mí y la besé, con la necesidad acumulada de las horas que había pasado separado de ella desde la noche anterior. Cuando nos separamos, la miré y dije, con una sonrisa que no podía ocultar:

—Feliz Año Nuevo, preciosa.

Ella rio suavemente y, por un instante, el resto del mundo desapareció a nuestro alrededor.

Después de los abrazos, las risas y los brindis en la mesa, comenzó la fiesta, como dijo mi hermana Emma. La calidez del salón se mezclaba con el frío que entraba por las ventanas, pero eso no impedía que todos disfrutáramos de la noche.

Emma y Ryan no tardaron en liderar la música, y pronto un pequeño improvisado espacio de baile se formó en el salón. Mi madre se reía sin parar, contagiando a todos con su alegría, mientras Lucy y Sara se unían con entusiasmo a los pasos torpes y graciosos de Adam y Mike.

Riley y Jace se mantuvieron cerca, riendo, comentando cada broma y cada tropiezo de los demás. Yo me quedé observando por un momento, sintiendo un hormigueo en el pecho que no se calmaba.

No podía apartar los ojos de Riley; la manera en que sus ojos brillaban con la luz de la lámpara, su risa clara y ligera, su figura moviéndose con gracia. Cada detalle me hacía querer acercarme y no soltarla nunca.

Finalmente, entre un brindis y otro, tomé la decisión de acercarme. Le cogí la mano suavemente y la conduje hacia la cocina, apartándonos un poco del

bullicio y de las miradas curiosas. Ella me siguió sin protestar, con esa sonrisa que parecía conocerme mejor que nadie.

—¿Estás disfrutando de tu última noche en Minden? —pregunté, intentando mantener la voz firme, aunque sentía que mi corazón latía demasiado rápido.

—Sí —respondió ella con suavidad—. Aunque… no es la última noche.

Fruncí el ceño, sorprendido por su respuesta.

—¿No lo es?

Riley negó, manteniendo la sonrisa.

—Jace y yo vamos a quedarnos unos días más —dijo, y sentí que mi corazón se saltaba un latido.

No pude evitar atraerla hacia mí y abrazarla con fuerza, disfrutando del calor de su cuerpo. Volví a besarla, un beso mucho más largo y profundo esta vez, pensando que al menos una parte de mi deseo se había cumplido.

Cuando nos separamos, Riley se mordió suavemente el labio inferior, y yo sonreí de medio lado mientras le acariciaba la barbilla con el pulgar.

—¿Qué se te está pasando por esa cabecita? —pregunté, con la voz grave.

—El granero… no está lejos —dijo ella, y sus ojos brillaban con la misma chispa de aquella mañana en la que fue a verme allí—. Aún me acuerdo…

Solté una carcajada, incapaz de ocultar mi diversión y anticipación.

—Coge tu abrigo, que tengo que revisar unas cosas allí —le dije con un guiño y ella sonrió.

Nos pusimos los abrigos rápidamente y nos escabullimos sin que nadie nos viera. Salimos hacia la noche helada, dejando atrás las luces cálidas de la casa y los ecos de las risas de nuestros amigos y familiares.

El granero apareció frente a nosotros, cubierto de escarcha, con un aroma a paja y madera antigua que me resultaba profundamente familiar. Sin mediar palabra, la levanté en brazos y la llevé hacia la zona donde estaba la paja, riéndose entre pequeños gritos de sorpresa y diversión.

—Cole… —susurró entre risas, y yo la besé sin perder tiempo, con necesidad, sin prisas, explorando cada gesto y reacción.

Nuestros cuerpos se movían con una sincronía natural, entre risas y caricias, entre miradas que decían más que mil palabras. Cada beso, cada roce de manos, cada suspiro compartido intensificaba la sensación de estar solos en nuestro propio mundo, lejos de todo y de todos.

La paja crujía bajo nosotros mientras nos perdíamos en un juego de tensión y deseo contenido, de cercanía ardiente y ternura mezclada.

No hubo palabras innecesarias; cada gesto, cada mirada, cada respiración compartida decía todo lo que necesitábamos saber. En algún momento, me detuve un segundo para mirar su rostro, iluminado por la luz de la luna que entraba por los ventanales del granero, y supe que haría todo lo posible para que esa mujer no se marchara nunca de mi lado.

—Cole… —susurró, apoyando la frente contra la mía, y yo la atraje más cerca, respirando su aroma—. Esto… esto es perfecto.

—Tú lo eres —respondí, dejando que mi voz grave y firme se mezclara con la suya—. Y voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que sigas aquí, conmigo.

Se apartó ligeramente, mordiéndose el labio mientras nos sonreíamos cómplices, y un estremecimiento me recorrió. Su mirada decía lo mismo que la mía: una mezcla de deseo, ternura, necesidad y promesa.

Esa noche, entre paja y risas contenidas, descubrimos que el último deseo del año no necesitaba palabras: solo nos bastaba estar el uno junto al otro, sabiendo que, por una vez, nada podía interponerse entre nosotros.

El frío de la noche era intenso fuera del granero, pero dentro de aquel espacio lleno de paja y madera, todo lo demás desapareció. Riley seguía entre

mis brazos, riéndose de manera ligera y traviesa mientras nuestras respiraciones se mezclaban, y no podía apartar los ojos de ella ni un segundo. Cada gesto suyo, cada movimiento de sus manos, me recordaba lo mucho que había deseado esto sin atreverme a admitirlo hasta esa noche.

—Cole… —susurró, apoyando la frente contra mi pecho—. Nunca había imaginado que algo así pudiera pasar.

—Yo tampoco —dije, dejando que mi mano recorriese su espalda con suavidad, pero con firmeza, y le di un beso en la coronilla, disfrutando de la sensación de tenerla cerca, de sentir su calor, de notar su respiración contra mi piel.

Ella rio suavemente, levantando la cabeza para mirarme a los ojos con esa mezcla de picardía y vulnerabilidad que siempre lograba desarmarme.

—¿Y ahora qué? —preguntó, mordiendo el labio inferior, esa costumbre que siempre me volvía loco.

—Ahora… —respondí, bajando mi frente hasta rozar la suya—… ahora nos tomamos nuestro tiempo. Todo lo que queramos, sin prisa, sin que nadie nos interrumpa.

Sus ojos brillaron y se inclinó hacia mí, besándome con delicadeza primero, y luego con más intensidad, como si quisiera absorber cada segundo de aquello. Su cuerpo se ajustaba al mío, y sentí cómo su corazón latía rápido, igual que el mío. Aquella mezcla de deseo, ternura y conexión era única, y por primera vez en mucho tiempo me sentí completo.

Entre risas, caricias y besos, fuimos descubriendo los límites de nuestro propio deseo. Cada roce, cada suspiro, era una conversación silenciosa; cada mirada, un pacto de confianza y entrega. Me encantaba ver cómo se dejaba llevar, cómo me devolvía la intensidad de manera natural, sin miedo ni reservas.

Su piel contra la mía, su aliento en mi cuello, cada pequeño gesto me recordaba que no había nada que desease más que mantenerla cerca.

En algún momento, nos detuvimos para recuperar el aliento por segunda vez, apoyados contra la paja. Ella apoyó la cabeza en mi hombro y suspiró profundamente, y yo rodeé su cintura con ambos brazos, sintiendo su calor y su ritmo, sintiendo que, aunque el mundo estuviera afuera con su frío y sus complicaciones, aquí dentro todo era nuestro.

—Cole… —susurró de nuevo, casi temblando de emoción—. Gracias por esto…

—No, gracias a ti —respondí, bajando mi frente hasta tocar la suya—. Por quedarte. Por confiar. Por… por hacer que cada latido de mi corazón merezca la pena.

Ella sonrió, y yo no pude evitar inclinarme para besarla de nuevo, un beso largo y profundo, sabiendo que cada momento con ella era un regalo que no quería desperdiciar. La pasión no estaba reñida con la ternura; y en ese instante, entre risas contenidas y respiraciones entrecortadas, supe que haría todo lo posible para que Riley, esta mujer que había llegado a mi vida y había desordenado mis certezas, nunca se marchara.

Después de aquel segundo e intenso orgasmo, nos quedamos abrazados, compartiendo silencios cómodos, miradas y caricias, hasta que finalmente, entre risas y susurros, decidimos que era hora de volver a la casa.

Nos vestimos con cuidado, asegurándonos de no dejar rastro de nuestra escapada, y mientras nos escabullíamos de nuevo hacia el calor de la granja, sentí que algo en mí había cambiado para siempre.

El resto de la noche transcurrió entre juegos, música suave y más risas con mi madre, con Emma, Ryan y los demás. Cada vez que miraba a Riley, sentía una mezcla de alivio y deseo, de ternura y necesidad, consciente de que aquella noche era solo el principio de algo que ninguno de los dos podía ignorar.

Mientras la madrugada avanzaba y los primeros signos de un nuevo año se asomaban en el cielo oscuro, comprendí que, aunque Minden fuera solo un refugio temporal, Riley había llegado para quedarse en mi vida de una manera que ninguna de mis reglas ni barreras podría impedir.

Y mientras la veía sonreír y reír entre nuestros amigos y familia, supe con certeza que haría todo lo que estuviera en mi mano para protegerla, para mantenerla cerca, para no dejar que nada ni nadie nos separara.

Esa noche, en la granja de mi familia, entre música, risas y la calidez de quienes amábamos, entendí que el último deseo de aquel año no necesitaba ser dicho con palabras, porque solo necesitaba a Riley a mi lado.

Y por primera vez en mucho tiempo, sentí que cualquier cosa era posible mientras ella estuviera conmigo.

Capítulo 30



Riley

El amanecer se filtraba por la ventana como una promesa perezosa. La cortina dejaba pasar apenas una línea de luz dorada que caía sobre la madera del suelo. Me giré despacio, sin abrir del todo los ojos, y lo primero que sentí fue el calor. El suyo. El de Cole.

Su respiración era tranquila, profunda, el sonido constante que ya reconocía mejor que el tic-tac del reloj del hostal. Tres días. Tres noches, para ser exactos, desde aquella locura de Fin de Año en la que le dije que Jace y yo nos quedábamos unos días más en Minden. Y desde entonces no había vuelto a dormir en otra cama que no fuera la suya.

Tenía el cuerpo rendido, pero feliz. Una rendición que no dolía.

Acaricié el borde de la sábana con la punta de los dedos, y sonreí sin querer al recordar cómo me había arrastrado anoche hasta aquí, sin decir palabra, solo con esa mirada suya que no admitía réplicas. La mía, en cambio, sí que las buscaba… hasta que me tocaba. Entonces se me olvidaban todas.

Estaba pensando en Maggie, en la leche caliente que seguro ya estaría preparando en la cocina, en las ovejas que balarían impacientes, cuando sentí su mano.

Primero un roce suave, distraído, en la cadera. Después, más firme, subiendo despacio, como si la piel fuera una extensión de su propio

pensamiento. No dije nada. Me limité a respirar, a notar cómo se movía detrás de mí, despacio, hasta que su pecho tocó mi espalda y el calor de su cuerpo me envolvió entera.

—Buenos días, sheriff —murmuré, sin abrir los ojos.

Él soltó una risa ronca, baja, justo junto a mi oído.

—No recuerdo haberte dado permiso para seguir llamándome así en la cama.

—¿Y cómo debería llamarte entonces? —pregunté, ladeando la cabeza para sentir el roce de su barba de tres días en mi cuello.

—Por tu propio bien, mejor no empieces —susurró, y sus labios me besaron justo donde el pulso me latía.

Un escalofrío me recorrió de arriba abajo. Sentí cómo su mano se deslizaba por mi vientre, cómo su respiración se volvía más irregular y cómo su cuerpo se ajustaba al mío hasta que noté, claramente, lo que quería.

—Cole… —Mi voz sonó más como un suspiro que como una palabra.

—Mmm. —Su boca bajó un poco más por mi cuello—. Dime que no lo echabas de menos.

No mentí.

—Sería mentirte.

Su risa se mezcló con el aire. Me giré despacio y lo miré por primera vez esa mañana. El cabello un poco revuelto, los ojos entreabiertos, ese azul verdoso que parecía más oscuro en la penumbra. Me dio la impresión de que sonreía incluso cuando no lo hacía.

—No vas a dejarme ir hoy tampoco, ¿verdad? —pregunté, fingiendo resignación.

—No. —Su respuesta fue seca, directa, sin una pizca de duda—. Todavía no he terminado contigo.

Y no lo decía solo en sentido figurado.

Sus labios encontraron los míos, primero con suavidad, luego con hambre. Lo besé de vuelta con la misma intensidad. No había espacio para fingir. Cada beso era una confesión muda, una tregua y una guerra al mismo tiempo.

Las sábanas se deslizaron por nuestras piernas y el aire frío de la habitación chocó con el calor de nuestros cuerpos. Me aferré a sus hombros, sintiendo los músculos tensarse bajo mis dedos.

—Dios, Riley… —murmuró contra mi boca, con esa voz baja que me hacía perder el control.

—Eso no me lo dice nadie en misa, tranquilo —bromeé, y él rio con una sacudida del pecho antes de besarme de nuevo.

Las bromas se disolvieron pronto. El ritmo cambió. Se volvió urgente, pero también dulce, casi como si los dos supiéramos que el reloj estaba corriendo y queríamos ganarle unos minutos más.

El colchón crujió bajo nosotros, las respiraciones se mezclaron, y por un momento solo existía eso: su piel, su olor, el sonido ahogado de mi nombre saliendo de sus labios. Me besó la frente cuando el temblor me atravesó por completo, y le devolví el gesto, sin palabras.

Nos quedamos así, abrazados y respirando, hasta que el silencio se llenó de calma.

—No me acostumbro —dijo él, al cabo de un rato.

—¿A qué?

—A despertarme y verte ahí. Pensé que sería más fácil.

—¿Y lo es?

—Ni de lejos.

—Menos mal —sonreí.

Se incorporó un poco, apoyando el codo en la almohada, y me miró como si quisiera memorizar algo. Me apartó un mechón del rostro y lo dejó caer con suavidad.

—Eres peligrosa, ¿lo sabes? —dijo.

—Eso ya lo sabías antes de meterme en tu cama.

—Sí, pero no sabía que ibas a gustarme tanto.

No supe qué contestar. Así que lo besé otra vez.

Después, cuando el sol ya había trepado más alto y la habitación olía a café imaginario, Cole se levantó y me tendió la mano.

—Ducha. Antes de que mi madre venga a buscarnos a los dos a escobazos.

—No me importaría verla intentarlo —dije, mientras me levantaba, envuelta en la sábana.

Él me miró con esa media sonrisa suya.

—No la subestimes. Tiene puntería.

Reí, siguiendo su paso hasta el baño. El vapor llenó pronto el aire, y el sonido del agua cayendo fue casi hipnótico. Entré detrás de él, dejando que el calor me envolviera.

El primer contacto del agua fue un alivio. Cerré los ojos y dejé que me empapara el pelo. Cole se acercó por detrás, pasando sus manos por mis brazos, por mi cintura, hasta que me giré.

Nos besamos otra vez. Allí, bajo el agua, los movimientos eran lentos. Cada toque tenía algo de redención, algo de necesidad. No hablamos, no hizo falta. La piel hablaba por nosotros.

Cuando por fin salimos, el espejo estaba empañado y mi corazón seguía latiendo como si no supiera bajar el ritmo. Me envolví en una toalla y lo miré mientras se afeitaba frente al espejo, medio desnudo, con esa concentración suya que parecía aplicada incluso a los actos más simples.

—No deberías mirarme así —dijo sin apartar la vista del reflejo.

—¿Así cómo?

—Como si fueras a volver a meterme en la ducha.

—Podría.

—No llegaríamos nunca al desayuno.

—No sería el fin del mundo.

Cole soltó una carcajada, se secó la cara y me dio un beso fugaz en la mejilla antes de salir del baño.

Nos vestimos entre bromas: él buscaba sus botas mientras yo intentaba encontrar mi sujetador, que misteriosamente había acabado colgado del cabecero. Al final, bajamos juntos a la cocina.

Preparó café, huevos y pan tostado, y me dejó encargarme del azúcar porque decía que "yo tenía mejor mano para lo dulce".

—No digas eso delante de Jace, pensará que lo dices por otra cosa —le advertí.

—No necesito que lo piense, sé que lo es —contestó sin levantar la vista de la sartén.

Le lancé una servilleta, pero él la esquivó con una risa.

Desayunamos juntos, hablando del invierno que parecía no querer irse, del caballo del señor Graham que se había escapado el día anterior, del perro del farmacéutico que se creía guardián del mundo. Y por un rato todo fue… normal. Tan normal que dolía un poco.

Cuando terminamos, Cole se puso el abrigo y me puso mi gorro.

—Hace frío, y no quiero que te resfríes.

—No me voy a resfriar, llevo una piel dura.

—Aun así. —Me lo encasquetó igual, sin darme opción—. Y no olvides comer algo a mediodía.

—Sí, papá.

Me dio una palmada en el trasero.

—Cuidado con lo que deseas.

Reí, y juntos salimos hacia la camioneta. El aire cortaba, pero el cielo estaba despejado. El camino hasta el hostal fue tranquilo, con el ruido del motor y la música suave de la radio llenando el silencio.

Al llegar, me giré hacia él.

—Gracias por… —Empecé, sin saber exactamente por qué estaba dándole las gracias.

—No me des las gracias otra vez, Riley —me cortó y sonreí.

—Nos vemos esta noche, sheriff.

Él me sostuvo el mentón y me besó. Fue un beso corto, pero intenso, de esos que te dejaban el cuerpo temblando, aunque apenas durasen un segundo.

—A las ocho —dijo.

—Allí estaré.

Me bajé de la camioneta, sintiendo la mirada de Cole seguirme hasta que crucé la puerta del hostal. Dentro, el calor me golpeó el rostro. Helen estaba tras el mostrador, sonriendo como siempre.

—Buenos días, cielo. —Su voz era dulce, pero sus ojos analizaban cada gesto—. Has dormido fuera otra vez, ¿eh?

—Digamos que el invierno es más llevadero en buena compañía. —Le guiñé un ojo.

—Claro, claro. —Rio—. Jace está en el salón, te estaba esperando.

—Perfecto. Gracias, Helen.

Me quité el abrigo, todavía con el olor de Cole pegado a la piel, y crucé hacia el salón. Jace estaba allí, con el portátil abierto y una taza de café que probablemente llevaba una hora enfriándose.

Cuando me vio, alzó una ceja.

—Mira quién aparece viva después de tres días.

—Buenos días a ti también.

—¿Sigo fingiendo que duermes aquí, o ya lo sabe todo el pueblo?

—El pueblo probablemente apuesta por la hora a la que vuelvo —dije, dejándome caer en el sofá frente a él—. ¿Me dejas el coche hoy?

—Como siempre. Llave en el salpicadero. Intenta no atropellar ninguna oveja, ¿vale?

—No prometo nada.

Él sonrió, pero sus ojos se suavizaron un poco.

—Oye, Riley… estás bien, ¿no?

—¿Por qué lo dices?

—No lo sé. Tienes otra cara. De esas que ponen las chicas que… bueno, que están en líos hasta el cuello.

—No son líos. —Mentí con una sonrisa—. Solo… cosas.

—Cosas con nombre y apellido.

No contesté. Solo le lancé un cojín, que él atrapó sin esfuerzo.

—Vete a la granja antes de que se te haga tarde.

—Sí, jefe.

Me levanté, cogí el abrigo y salí.

El aire frío me despejó un poco la cabeza, pero no el corazón. Mientras caminaba hacia el coche, pensé en lo fácil que era acostumbrarse a esto, a ese mundo tan pequeño, tan distinto al mío. Y lo peligroso que era hacerlo.

Pero, por esa mañana, decidí no pensarlo más.

Giré la llave en el contacto, y el motor rugió. Tenía que llegar a la granja. Maggie me esperaba, y sabía que no me perdonaría si llegaba tarde.

Y aunque no lo dijera en voz alta, una parte de mí empezaba a temer que no querría irse nunca.

Capítulo 31



Riley

El coche de Jace arrancó con su típico quejido, ese sonido entre motor cansado y protesta por el frío. El aire estaba helado, el tipo de frío que te cortaba la cara y te dejaba los dedos entumecidos aunque lleves guantes. En Minden el invierno no perdonaba, pero tampoco tenía prisa.

Mientras conducía por la carretera que llevaba a la granja de los Hawthorne, el paisaje parecía una postal: montones de nieve acumulados en los bordes, árboles desnudos con sus ramas llenas de escarcha y ese cielo tan limpio que dolía mirarlo. Había algo hipnótico en la calma del lugar. Algo que no debería gustarme tanto, pero lo hacía.

Cuando llegué, Maggie ya estaba fuera, con su gorro de lana rojo y las manos metidas en los bolsillos del chaleco.

—¡Buenos días, cielo! —me saludó al verme bajar del coche—. Pensé que te habías olvidado de mí.

—Jamás me atrevería. —Le sonreí—. Además, tengo un ejército de ovejas esperándome, ¿no?

—Y con hambre, te lo aseguro. —Me guiñó un ojo y me entregó un cubo de pienso—. A ver si consigues que te obedezcan hoy.

—Si no lo hacen, usaré mis encantos.

—Con ellas no te servirá —rio—. Aunque nunca se sabe.

Entramos al establo, y el aire olía a paja, a tierra húmeda y a vida. Las ovejas balaban como si protestaran por nuestra tardanza. Las más pequeñas, las recién nacidas, estaban acurrucadas en una esquina bajo una lámpara de calor. Me acerqué a una de ellas: era blanca, con un mechón de lana que se le rizaba justo encima de los ojos.

—Hola, preciosidad —susurré, agachándome para acariciarla.

La cría me olfateó la mano, dio un saltito y me empujó con el morro. Maggie soltó una carcajada detrás de mí.

—Le gustas.

—Creo que quiere jugar —respondí mientras la ovejita me empujaba otra vez, esta vez con más entusiasmo.

En segundos, tenía tres más alrededor, curioseando mis botas y mordisqueando el borde de mi abrigo.

—¡Eh! ¡Que esto es sintético! —protesté entre risas, intentando apartarlas.

Maggie reía sin parar, con las manos en las caderas.

—No sé quién se lo pasa mejor, si ellas o tú.

—Probablemente yo —dije, sin dejar de reír.

Las ovejas daban pequeños saltos, torpes y encantadores, como si fueran cachorros. Una incluso intentó subirse sobre mi rodilla cuando me agaché para acariciarla. Había estado viniendo a ayudar a Maggie estos días con la granja porque necesitaba mantenerme ocupada durante las mañanas, mientras Cole trabajaba, porque no quería pensar en nada que no fuera el momento que estaba viviendo.

—Podría acostumbrarme a esto —murmuré, casi sin pensarlo.

Maggie me miró, con esa sonrisa suya que veía más de lo que uno decía.

—Yo también podría acostumbrarme a tenerte aquí todos los días.

El comentario me golpeó más fuerte de lo que debería. Sentí algo en el pecho, una presión suave, como si me faltara aire. Sonreí para disimular.

—Eso suena a propuesta indecente, señora Hawthorne.

—No tan indecente como las que seguro te hace mi hijo —respondió con picardía y solté una carcajada.

—No me hagas hablar.

—Ah, no, habla, habla —dijo, mientras empezaba a repartir más pienso—. Hace años que no le veo tan… vivo.

No supe qué contestar.

Pasamos el resto de la mañana entre risas, cuidando a las ovejas y después alimentando a las gallinas y los pollitos que correteaban a nuestro alrededor. Una de ellas decidió que mi pelo era un buen sitio para posarse, y Maggie casi se cae de la risa.

—Si no te quedas en Minden por Cole, tendrás que hacerlo por estas chicas —me dijo señalando a las gallinas—. Las tienes enamoradas.

—Me temo que son menos complicadas que los hombres.

—No lo creas tanto —respondió, y sus ojos brillaron de una manera que me recordó a Cole cuando estaba a punto de decir algo importante.

Cuando terminamos, Maggie se limpió las manos en el delantal.

—Necesito ir al pueblo, encargar comida para los animales y unas cosas para la casa. ¿Te importa llevarme?

—En absoluto. Pero me dejas elegir la música del coche.

—Solo si no es esa que parece que golpean ollas —me pidió, y me eché a reír.

—Prometido.

La ayudé a subir al coche, y emprendimos el camino hacia el pueblo. Durante el trayecto hablamos de todo y de nada. Del tiempo, del perro de una de las vecinas que había tenido crías, de la hija del alcalde que estaba a punto de casarse con el sobrino del médico del pueblo, y yo le hablé de cómo era vivir en Nueva York. Maggie me escuchaba con esa atención cálida que te hacía sentir como en casa.

En la tienda de Tom, el olor a grano y a madera nos envolvió. Maggie encargó sacos de pienso y productos para las plantas que tenía en casa. Tom, un hombre grande con sonrisa fácil, nos atendió con su habitual amabilidad.

—Así que tú eres la muchacha que ayuda a Maggie últimamente —me dijo, mientras pesaba un saco—. El pueblo entero habla de ti.

—Ah, ¿sí? —pregunté, intentando sonar despreocupada.

—Dicen que haces sonreír al sheriff.

—Pues eso no tiene mucho mérito, últimamente sonríe solo.

Maggie se rio por lo bajo.

—Y eso que hace años nadie creía que pudiera volver a hacerlo.

El comentario me dejó un nudo en la garganta. Fingí revisar mi móvil para esconder la expresión.

Después de la tienda de Tom fuimos al supermercado. Allí, mientras Maggie elegía frutas y pan, noté las miradas. Varias mujeres del pueblo, todas con abrigos gruesos y labios pintados, nos observaron con sonrisas amables, casi divertidas. Una de ellas incluso saludó con un gesto.

—¿Las conoces? —pregunté.

—Claro que sí. —Maggie metió unas manzanas en la bolsa—. Son madres de medio pueblo. Y la mayoría de ellas querían casar a sus hijas con Cole.

—¿En serio?

—Oh, sí. Decían que un hombre no podía estar viudo tanto tiempo. Pero ahora que le ven contigo, saben que sus niñas no tienen ninguna posibilidad.

Me eché a reír.

—No te emociones, no hay nada serio entre nosotros.

Maggie me miró de reojo, con esa calma que solo daban los años.

—No soy tonta, Riley. Sé que duermes con él.

Me atraganté con el aire.

—Vaya, eso sí que ha sido ir directo al punto.

—Y me parece bien —añadió sin inmutarse—. Pero conozco a mi hijo, y desde que perdió a Claire y al bebé… jamás le había visto tan ilusionado. Ni tan feliz. Ni tan vivo.

El nudo regresó a mi garganta. Dejé una manzana en el carro y asentí, sin mirarla.

—No sé qué decirte.

—No hace falta que digas nada. Solo… no le hagas daño.

—No es mi intención.

—Lo sé. —Su voz fue suave—. Pero a veces el daño no viene de lo que uno quiere, sino de lo que uno oculta.

Sentí que las palabras me atravesaban de tal modo que tuve que apartar la mirada.

Pagamos y salimos del supermercado. El aire fresco me golpeó en la cara, y una sensación extraña me recorrió el cuerpo. Como si algo invisible me estuviera observando. No había nadie en la calle, salvo un hombre que

descargaba cajas frente al bar y una pareja que paseaba de la mano. Aun así, el mal presentimiento no desapareció.

—¿Todo bien, cielo? —preguntó Maggie, al verme dudar.

—Sí… sí, solo me pareció oír algo. —Sonreí, intentando restarle importancia—. Vámonos antes de que el hielo nos deje aquí atrapadas.

De regreso a la granja, intenté centrarme en la conversación, pero aquella sensación persistía, como un zumbido leve en el fondo de la mente. Algo iba a cambiar, lo sentía.

Cuando llegamos, ayudé a Maggie a guardar las bolsas. Ella insistió en prepararme un té, pero le dije que mejor volvía al hostal, que quería descansar un rato después de comer.

—Está bien, cariño. —Me dio un abrazo corto, cálido—. Y recuerda: no siempre hay segundas oportunidades.

Asentí, sin entender del todo si se refería a Cole o a algo más.

El camino de vuelta al pueblo se me hizo más largo. El cielo se estaba cubriendo de nubes, y la luz del sol empezaba a volverse gris.

Al llegar al hostal, la sensación rara regresó. Miré alrededor: la calle estaba tranquila, solo el ruido lejano de un motor y el tintinear del viento contra las luces de Navidad. Pero algo dentro de mí se tensó.

Entré en el vestíbulo y el calor del interior me golpeó junto con un olor delicioso: el guiso de Helen, ese con carne, vino y hierbas que tanto me gustaba. Pero, en lugar de abrirme el apetito, me revolvió el estómago.

El mareo me llegó de golpe. Sentí que la vista se me nublaba por un instante. Me apoyé en la pared. El olor era demasiado fuerte, demasiado… intenso.

Corrí hacia el baño del pasillo, y alcancé a cerrar la puerta antes de vomitar de milagro.

El sonido del agua del grifo me calmó un poco. Me enjuagué la cara, el cuello, respirando hondo. Miré mi reflejo: pálida, ojeras suaves, el pelo revuelto por el viento. Nada alarmante. Pero el malestar seguía ahí.

Y no era nuevo.

Llevaba días así. Desde antes de Fin de Año. Al principio pensé que era un resfriado, el cambio de clima, el estrés… pero no había fiebre, ni tos. Solo ese malestar persistente, esa náusea intermitente que iba y venía sin motivo.

Salí del baño con una sonrisa falsa, para no preocupar a Helen, que ya se acercaba.

—¿Todo bien, cariño? Te he oído correr.

—Sí, sí, creo que desayuné demasiado.

—Siéntate, te preparo un poco de agua con limón.

Obedecí, más por cariño que por necesidad. Helen me sirvió un plato de guiso, pero apenas pude probarlo. Charlamos un rato: me contó que Jace había ido a ayudar a Lucy a reparar una viga del tejado, que el pueblo estaba preparando la fiesta de invierno y que el alcalde seguía quejándose del hielo en las aceras.

La escuchaba, pero una parte de mí estaba en otra cosa.

Cuando terminó de hablar, tomamos café, y me disculpé para subir a la habitación.

En cuanto cerré la puerta, me dejé caer sobre la cama. El cuerpo me pedía descanso, pero la mente no se callaba. Miré el techo. El eco de las palabras de Maggie volvía una y otra vez: “El daño no siempre viene de lo que uno quiere, sino de lo que uno oculta”.

Y entonces, sin saber por qué, una idea cruzó mi cabeza. Una que no quise pensar, pero que se impuso con la fuerza de lo inevitable.

Me incorporé de golpe.

—No puede ser —susurré.

Me quedé inmóvil unos segundos, sintiendo cómo el corazón se me aceleraba. Busqué el móvil en el bolso, con las manos temblando. Miré la pantalla, hice un cálculo rápido, repasé mentalmente los días, las fechas, las noches…

El aire se me atascó en la garganta.

—No… no puede ser… —repetí, casi sin voz.

Me puse el abrigo a toda prisa, el gorro, las botas. No sabía exactamente a dónde iba, pero tenía que salir. Tenía que salir ya.

Abrí la puerta y bajé las escaleras con el corazón golpeando en el pecho. Fuera, el aire helado me devolvió la respiración, pero no la calma.

Necesitaba salir de dudas. Y lo que fuera que descubriera… cambiaría todo.

Capítulo 32



Cole

El reloj de pared marcaba las seis y media cuando Timmy llamó a la puerta del despacho. La tarde había caído sobre Minden con esa calma blanca que dejaba la nieve recién caída. Fuera, los copos seguían cayendo lentos, pegándose a los cristales. Dentro, el aire olía a café recalentado y papel.

—¿Sheriff? —La voz de Timmy sonó vacilante, como si no quisiera entrar del todo.

—Adelante —dije, sin levantar la vista del informe que tenía entre manos.

El chico se acercó con una carpeta. Llevaba el uniforme algo torcido y las mejillas rojas del frío. Lo conocía desde hacía años; era buen muchacho, trabajador, pero a veces tenía la mala costumbre de ponerse nervioso antes de hablar.

—Ha llegado algo de la policía de Nueva York —dijo, dejando la carpeta sobre mi mesa—. Nos lo han enviado a todas las comisarías del estado. Dicen que es importante.

Fruncí el ceño y aparté los papeles que estaba revisando.

—¿Qué es?

—Un aviso de búsqueda. —Se aclaró la garganta—. Les están siguiendo la pista desde hace meses.

Abrí la carpeta. El papel estaba recién impreso; aún olía a tinta. Y entonces la vi.

Una fotografía. El golpe en el pecho fue seco, como si alguien me hubiese disparado sin avisar. Era Riley.

No, no era una parecida. Era ella. Su rostro, su mirada, incluso la misma bufanda gris que llevaba el día que la conocí frente al hostal. A su lado, Jace.

Leí el encabezado.

«Aviso de búsqueda — Policía de Nueva York. Principales sospechosos en una serie de robos y fraudes cometidos entre julio y noviembre de este año.»

Pasé la hoja. Cada palabra parecía pesar una tonelada.

—Robos con violencia en locales comerciales —leí en voz baja—. Fraude bancario. Identidades falsas. Falsificación de documentos oficiales. Robo de vehículos. Asalto a mano armada…

Las letras se me emborronaron. Sentí cómo la sangre me golpeaba en las sienes.

Timmy seguía hablando; no sé qué decía, algo sobre la colaboración entre estados y la descripción de los sospechosos. Pero yo ya no le escuchaba.

Solo podía pensar en ella. En esa mujer que dormía en mi cama.

Layla Evans.

La carpeta tembló en mis manos. Respiré hondo, intentando ordenar las ideas, pero el aire no me entraba bien.

—¿Sheriff? —dijo Timmy, dudando—. ¿Qué… qué vamos a hacer?

Le miré. El chico tenía los ojos muy abiertos, asustado, como si intuyera que algo iba muy mal. Y por supuesto que iba mal, joder, todos en el pueblo conocían a esa mujer de la foto, y todos la habían visto conmigo.

—Yo me encargo —respondí con voz más dura de lo que pretendía.

—¿Seguro? Puedo avisar a…

—He dicho que yo me encargo, Timmy. —El tono cortó el aire.

Asintió, tragó saliva y salió del despacho sin decir más.

Cuando la puerta se cerró, el silencio cayó pesado. Me quedé mirando los papeles. La foto. Su rostro. Aquella sonrisa que había aprendido de memoria.

Sentí una punzada en el estómago, tan fuerte que tuve que apoyarme en la mesa. Me pasé una mano por la cara. ¿Qué demonios había hecho? ¿Qué demonios había dejado entrar en mi vida?

No sé cuánto tiempo estuve así, quieto, mirando sin ver. Hasta que escuché la puerta abrirse de nuevo.

—¿Vas a decirme qué te pasa, o sigo fingiendo que no te estás poniendo más pálido como si hubieras visto un fantasma? —La voz de Ryan rompió el aire con su tono habitual entre serio y burlón.

—Es exactamente eso —dije sin girarme—. Estoy viendo un fantasma.

Él frunció el ceño y se acercó despacio.

—¿Qué coño significa eso?

Le tendí los papeles.

—Léelo.

Ryan los cogió, arqueando una ceja.

—¿Qué es esto?

—El infierno, supongo.

Se sentó frente a mi mesa, extendió los documentos y comenzó a leer. Su expresión cambió poco a poco, la línea de su mandíbula se tensó y, al llegar a la parte de las fotografías, levantó la vista.

—No puede ser.

No respondí. Me levanté del sillón y caminé hasta la ventana. Afuera seguía nevando. Las luces del pueblo titilaban en la distancia, y el silencio del invierno parecía más denso que nunca.

Apoyé la frente en el cristal frío y pensé en ella.

En el día que la conocí, cuando casi se la lleva por delante el camión de Ben Smith al cruzar la calle sin mirar. En cómo me miró después, con los ojos grandes, asustada pero desafiante. En cómo esa mezcla me jodió la calma desde el primer momento.

Pensé en las noches. En su risa. En la manera en que hablaba de su infancia, del incendio en el que perdió a sus padres. Lo contaba como si las palabras le dolieran. Era mentira. Todo.

Pensé en cómo me miraba cuando creía que no la veía, en cómo sus manos buscaban las mías bajo las sábanas, en cómo decía que no quería pensar, que solo quería “sentir algo bueno”.

Dios… El corazón me dolía físicamente.

—Cole —la voz de Ryan me sacó del trance—, no pueden ser ellos. Tiene que haber un error. Estas acusaciones… No tiene sentido.

—Es su foto —dije sin girarme.

—Podría ser alguien parecida.

—No lo es. —Mi voz sonó firme—. Esa mujer es Riley. O como coño se llame.

Ryan guardó silencio.

—Joder…

—Sí.

Me quedé mirando la nieve. Una calma absurda me invadía por dentro, esa calma que llegaba justo antes de la tormenta.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó al fin.

Apreté la mandíbula.

—Averiguar la verdad. Esta noche. Antes de entregarles a la policía.

Ryan me miró un segundo, intentando adivinar lo que pasaba por mi cabeza. Pero ni yo mismo lo sabía.

Cogí el abrigo, el sombrero y le arranqué los papeles de las manos.

—No digas nada a nadie. Nadie debe enterarse todavía.

—Cole… —Ryan me siguió hasta la puerta—. Ten cuidado, ¿vale?

—Demasiado tarde para eso.

Salí del despacho sin mirar atrás.

El camino hacia mi casa era una cinta gris entre la nieve. El parabrisas barría los copos sin descanso, y el motor de la camioneta rugía con un tono grave que me acompañaba como un eco.

El volante crujió bajo mis manos.

Cada imagen de ella me venía a la cabeza como una herida abierta. Su risa. Su voz. Su piel. Todo. Y cada una dolía más que la anterior.

El amor no era algo que me ocurriera fácilmente. Desde Claire, había aprendido a cerrar la puerta. Pero Riley, no, Riley no, Layla, joder, la había tirado abajo sin pedir permiso.

Me había enamorado de una mentira. La rabia me subió tan rápido que golpeé el volante con el puño.

—¡Maldita sea!

El sonido resonó en la cabina, seco.

La camioneta siguió su camino, atravesando la nevada que empezaba a espesarse. La luz del atardecer se había ido, y el paisaje se teñía de azul oscuro.

Cuando llegué a la entrada de mi casa, la vi.

Estaba en el porche, con el abrigo puesto y el gorro de lana que tanto le gustaba. La nieve caía sobre su pelo negro, dejándole pequeños copos que brillaban con la luz del farol.

Mi corazón dio un vuelco. Inútil, inevitable.

Por un segundo, todo lo demás desapareció. Los papeles, la rabia, la traición. Solo quedaba ella. Pero ese segundo pasó.

Apreté los dientes, apagué el motor y salí del coche con los papeles aún en la mano. Ella sonrió al verme. Esa sonrisa suya, la que podía desarmarme con una facilidad que me daba miedo.

—Estaba esperándote —dijo.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, más brusco de lo que quería.

—Necesitaba hablar contigo. —Su voz tembló un poco.

Asentí, sin mirarla.

—Entra.

Abrí la puerta y entré. La casa estaba en silencio, solo el crepitar lejano de la chimenea que había dejado encendida después de comer.

Ella se quitó el abrigo y el gorro, los dejó sobre la silla. Yo colgué mi abrigo y mi sombrero en el perchero. No podía mirarla directamente. Si lo hacía, no sabía si sería capaz de contenerme.

Cuando se acercó al ventanal, se abrazó a sí misma. Parecía pequeña, frágil. Una mentira con piel de verdad.

Me quedé mirándola un momento, intentando entender en qué punto exacto se había torcido todo. ¿Por qué? ¿Por qué conmigo? ¿Por qué aquí?

Inspiré hondo, sintiendo cómo la garganta me ardía, y entonces…

—Layla.

La palabra salió despacio, pero cayó como un disparo.

Ella se giró. Sus ojos se abrieron con un brillo de puro miedo. No hizo falta que dijera nada. En ese instante supe que no había error, que no era un malentendido, ni una coincidencia.

Esa mujer no se llamaba Riley. Era Layla Evans.

La sospechosa que la policía de Nueva York buscaba. La mujer que dormía en mi cama. La mujer de la que me había enamorado.

Y la que me había mentido desde el primer día.

Capítulo 33



Layla

El silencio en la casa de Cole era casi insoportable. Solo se oía el viento golpeando las ventanas y el crujido de la chimenea, como si el fuego también se hubiese quedado sin palabras.

Me abracé a mí misma mientras miraba por el ventanal. La nieve seguía cayendo, cubriendo todo con esa calma blanca que parecía mentira. Y, aun así, dentro de mí todo era ruido.

Pensaba en cómo decirle lo que había venido a decirle. Cómo contarle algo que, lo supiera como lo supiera, lo cambiaría todo.

Llevaba toda la tarde repitiéndome que debía hacerlo. Que Cole merecía saberlo. Pero ahora que estaba allí, con el corazón latiéndome tan fuerte que me dolía el pecho, me di cuenta de que no tenía palabras suficientes para explicarlo.

Y entonces le escuché.

—Layla.

Mi cuerpo se tensó de golpe.

El nombre me atravesó como un disparo. No me llamó Riley, sino Layla.

Me giré despacio, conteniendo la respiración y con los ojos muy abiertos. Él estaba de pie junto a la mesa, con la expresión más fría que le había visto jamás. En su mano sostenía unos papeles arrugados.

No pude moverme. Ni siquiera hablar.

—Así que… —Su voz era baja, grave, tan controlada que asustaba—. Ya no vas a seguir mintiendo.

—¿Quién… quién te lo ha dicho? —pregunté, aunque una parte de mí ya lo sospechaba.

No contestó. Solo lanzó los papeles sobre la mesa. Volaron y se esparcieron como hojas muertas, cayendo una a una sobre la madera.

Me acerqué temblando. En cuanto vi la primera hoja, supe lo que era.

Nuestras fotos. Mía y de Jace. O, mejor dicho, Marcus.

Mis manos empezaron a temblar. Me agarré al borde de la mesa para no caerme. Cogí uno de los papeles, incapaz de apartar la vista de las letras.

Robo con violencia. Fraude. Falsificación de documentos. Robo de vehículos. Asalto a mano armada.

No sentí el momento exacto en que las lágrimas empezaron a caer. Solo que de pronto me costaba respirar.

—No… no es cierto —susurré—. Nada de esto es verdad…

Cole no se movió. Ni un músculo. Me miraba con una mezcla de rabia y decepción que me partía por dentro.

—Son mentiras —dije con la voz rota—. Tenía que haber imaginado que Vic Davenport haría algo así para encontrarnos…

Él frunció el ceño.

—¿Quién demonios es Vic Davenport?

—El dueño del club donde trabajábamos —murmuré, sin fuerzas—. El hombre al que… al que vi hacer algo horrible.

—¿Por qué mentisteis? —preguntó, con ese tono de sheriff que helaba el alma—. ¿Por qué venir precisamente a Minden? ¿Qué pretendíais? ¿Robarme a mí también? ¿A Lucy?

Su voz se levantó un poco, y sentí que el corazón se me encogía.

—¿Qué? No, claro que no. —Negué con la cabeza una y otra vez—. Nunca te haríamos algo así, Cole.

—Eso mismo diría cualquiera que intenta ganarse la confianza de su próxima víctima.

—¡No! —le grité, la voz rota por el dolor que estaba sintiendo—. Nosotros no somos criminales. No hemos robado a nadie. Solo… solo vi algo que no debía ver. Por eso huimos.

Él soltó una risa seca, amarga.

—¿Y se supone que tengo que creerte? En estos papeles hay pruebas, declaraciones, fechas, nombres…

—Porque es lo que querían que pareciera —insistí, llorando—. No hicimos nada malo. Solo estaba en el lugar y el momento equivocados. Esa noche…

No terminé. Cole se acercó un paso, y luego otro. Hasta que estuvo justo frente a mí. Me sujetó por la muñeca, con fuerza, y vi que su mirada era puro fuego contenido.

—Dime la verdad, Layla. Toda. O juro por Dios que esta noche mismo llamaré a la policía.

Le vi así, tan cerca, tan enfadado y dolido, y sentí que el pecho se me partía. No sabía qué dolía más: la presión de sus dedos en mi piel o la certeza de que lo estaba perdiendo.

Porque, de un modo u otro, lo perdería. Si no me creía, acabaría entregándonos. Y si lo hacía… tendría que huir.

Y no podría volver a verle jamás.

—No vas a creerme —dije al fin, con un leve susurro y la voz temblorosa —. Te cuente lo que te cuente, ya has decidido quién soy.

—Pruébame —respondió, sin apartar la mirada—. Dime lo que pasó. Todo.

Cerré los ojos y las lágrimas me ardían al caer. Sentí que estaba fallando a Marcus. A mi hermano. A la única persona que nunca me había soltado la mano.

Pero no tenía otra opción.

—Está bien —susurré—. Te lo contaré.

Me senté en el sofá; las piernas apenas me sostenían. Cole se quedó de pie frente a mí, con los brazos cruzados, sin moverse, y con la mirada clavada en mí como si temiera que desapareciera en cuanto parpadeara.

Tragué saliva, respiré hondo y comencé a hablar.

—Trabajaba en un club en Nueva York —empecé—. Un bar de striptease. No es algo de lo que me sienta orgullosa, pero era trabajo. Servía copas, limpiaba, a veces subía al escenario cuando faltaba alguna chica…

Hice una pausa. Los recuerdos se agolpaban en mi mente sin parar.

—Los clientes tocaban más de lo que debían. A veces intentaba apartarlos, pero el jefe decía que era parte del juego. “Hazlo con una sonrisa, y deja que gasten dinero”, decía siempre.

Cole no dijo nada, solo apretó la mandíbula.

—Marcus era el encargado de seguridad. Me cuidaba, me ayudaba a salir de situaciones feas… Era mi hermano, aunque la gente pensara que no. Nos

habíamos criado juntos en un orfanato, y me prometió que nunca me dejaría sola.

El silencio pesaba, y Cole seguía sin decir una sola palabra.

—Aquel sitio… no era solo un club. —Mi voz se volvió más baja, más rota—. En los reservados entraban hombres importantes. Políticos, empresarios, tipos con dinero y poder. Cerraban tratos entre copas, drogas y mujeres. Las chicas sabían que tenían que callar.

Miré al suelo, apretando las manos sobre las rodillas.

—Aquella noche… vi algo. Algo que no debería haber visto.

Cole dio un paso hacia mí, tenso.

—¿Qué fue? —preguntó, rompiendo con ese silencio que me quemaba.

Respiré hondo; me costaba hablar de aquello.

—Uno de esos hombres… entró con una de las chicas en un reservado. Después se unieron dos hombres más. Yo pasaba por el pasillo llevando bandejas. Una de las veces escuché risas, incluso vi cómo tomaban alguna droga, y seguí con mi trabajo. Pero en otra de las rondas, al pasar, escuché un ruido, una especie de grito ahogado. Corrí la cortina solo un poco. Y la vi.

Me tembló la voz, cerré los ojos y sentí las lágrimas caer por mis mejillas al recordar aquel momento.

—Ella… estaba de rodillas. Y él la sujetaba por el cuello mientras la penetraba. Los otros dos hombres se reían, bebiendo, mirando. Ella me miró. —Me llevé una mano a la boca—. Me miró y sus ojos… se quedaron sin vida poco después.

Una lágrima me cayó en la mano; tenía esa mirada clavada en mi mente como un puñal.

—El tipo siguió… siguió hasta acabar. Ni siquiera se dio cuenta. Cuando terminaron, bromearon. Uno dijo que la habían dejado tan satisfecha que

parecía que se había desmayado. Le dieron golpecitos en la cara… y entonces se dieron cuenta. Ya no respiraba.

El silencio se hizo insoportable. Cole no decía nada, pero podía escuchar su respiración.

—Salí corriendo después de que uno de ellos dijera que creía haber escuchado un ruido, y es que a mí se me escapó un leve grito. No sé cómo no me vieron. Solo se lo conté a Marcus. Lloraba tanto que apenas podía hablar. Y él me creyó sin dudarlo. Dijo que no podíamos quedarnos. Que, si hablábamos, acabaríamos muertos.

Cole cerró los ojos un segundo, y yo seguí.

—A la mañana siguiente renunciamos. Sacamos todo el dinero que teníamos del banco. Marcus consiguió los documentos falsos. Riley y Jace. —Esbocé una sonrisa triste—. Queríamos desaparecer. Empezar otra vez.

Le miré, buscando algo en su rostro. Cualquier signo de comprensión.

—No soy una ladrona, Cole. No soy una asesina. Solo… quería vivir sin miedo.

Él me miraba en silencio, con los ojos cargados de mil cosas que no decía. Hasta que, despacio, sacó el móvil del bolsillo.

—¿Qué haces? —pregunté, sintiendo que algo dentro de mí se partía.

Comenzó a teclear algo y después se llevó el móvil a la oreja, mientras yo pensaba que estaba llamando a la policía para que vinieran a buscarnos.

—Hola, Marcus —dijo Cole, sin apartar la mirada de mí.

Sentí que me faltaba el aire. Escucharle decir ese nombre… fue como si de pronto todo el peso del pasado cayese sobre mí.

Cerré los ojos y las lágrimas volvieron a caer, silenciosas.

Mientras Cole hablaba, le oí decir:

—Necesito que vengas a mi casa. Ahora.

Y entonces supe que se había acabado. El amor, la calma, la ilusión. Todo.

Me quedé allí, llorando en silencio, viendo cómo el hombre al que amaba llamaba a la única familia que me quedaba en el mundo. Y entendí que ya no había vuelta atrás.

Capítulo 34



Cole

No podía quedarme quieto.

Llevaba diez minutos caminando de un lado a otro del salón, como una bestia enjaulada, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y el ceño tan fruncido que me dolía la frente.

El reloj de pared marcaba ocho y diez de la tarde, pero para mí el tiempo había dejado de tener sentido.

La chimenea ardía. El fuego chispeaba y lanzaba sombras temblorosas sobre las paredes. A cada vuelta que daba, mi reflejo pasaba frente al ventanal y la nieve que caía fuera parecía burlarse de mí, de ese intento patético de mantener la calma.

No podía dejar de pensar en lo que me había contado. En lo que Layla, y no Riley, porque ya nunca más sería Riley, había dicho.

La historia sonaba descabellada, como un mal guion de cine negro. Pero los ojos con los que me la había contado… joder, no se podía fingir algo así. ¿O sí?

Todo ha sido mentira, me repetía por dentro. El nombre, su historia, su sonrisa tranquila cuando hablábamos de su infancia en Nueva York, la manera en la que me miraba cuando creía que no la veía.

No sabía qué creer. Y eso me estaba matando.

Caminé hasta la mesa. Los papeles seguían allí, extendidos donde los había dejado. Las fotos me devolvían la mirada: la de ella, con esa sonrisa que yo había llegado a conocer tan bien, y la del chico que decía ser como un hermano para ella. Jace. O más bien, Marcus.

Los nombres falsos impresos sobre los rostros verdaderos. Las acusaciones: robos, falsificación de identidad, asalto a mano armada. Todo fabricado con una precisión escalofriante.

Mi instinto de sheriff me gritaba que avisara a Albany y a la policía estatal. Mi instinto de hombre me pedía tiempo. Solo un poco más de tiempo.

Me apoyé en la mesa, inclinado hacia delante, respirando con dificultad. El fuego detrás de mí crujió más fuerte, y entonces escuché los golpes en la puerta.

Dos, secos y urgentes.

Me giré y caminé despacio hasta el vestíbulo, con el corazón golpeando en el pecho.

Al abrir, el aire helado me dio en la cara. Fuera, bajo el porche, estaba Marcus. La nieve se acumulaba sobre su abrigo y su pelo castaño oscuro estaba húmedo. Tenía la mandíbula apretada y una expresión que no auguraba nada bueno.

—¿Dónde está ella? —preguntó, sin molestarse en saludar. Su voz sonaba ronca, tensa.

—En el salón —contesté, apartándome para dejarlo pasar.

No esperó. Atravesó la puerta con paso firme, dejando un rastro de nieve sobre el suelo de madera. Yo lo seguí.

Layla estaba sentada en el sofá, abrazándose las rodillas, con los ojos rojos de tanto llorar. Cuando vio a Marcus, cerró los ojos, a punto de llorar de

nuevo. Él se arrodilló frente a ella sin decir palabra, y entonces ella se dejó caer sobre sus hombros, sollozando.

—Lo siento —murmuró ella entre lágrimas—. Tenía que contárselo, Marc… no podía seguir mintiendo.

Él le acarició la nuca, intentando calmarla.

—Shhh… no llores. No pasa nada, Lay.

—Sí pasa —insistió, rompiéndosele la voz—. Nos están buscando. He visto los avisos. La policía los ha enviado a todas las comisarías.

Marcus se apartó ligeramente, mirándola a los ojos.

—¿Qué estás diciendo?

Ella levantó la mano temblorosa y señaló hacia la mesa. Yo seguía apoyado junto al marco de la puerta, observando. No me moví.

Marcus se levantó, caminó hasta la mesa y cogió los papeles. Los extendió con brusquedad y empezó a leerlos, uno por uno. Vi cómo se le tensaba la mandíbula, cómo su respiración se hacía más pesada.

—Hijos de puta… —gruñó, y golpeó la mesa con el puño, haciendo saltar varios folios—. ¡Esto es mentira!

Layla se tapó la cara con las manos.

—Ese maldito Davenport… —siguió Marcus, apretando los dientes—. Quiere asegurarse de que no hablemos. De que tú no hables.

Levantó la mirada hacia mí.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Qué vas a hacer con esto?

El fuego rugía detrás de mí. El calor me daba en la espalda, pero por dentro sentía un frío tan intenso como el hielo.

—Todavía no lo sé —respondí.

Marcus me observó, esperando una explicación. Yo solo aparté la vista hacia Layla. Sus ojos se cruzaron con los míos durante un segundo, y fue como si el mundo entero se redujera a ese instante.
No podía odiarla, aunque quisiera.

Marcus respiraba con fuerza, conteniéndose. Su rabia era palpable, casi podía olerla.

—Nada de esto es verdad —dijo al fin—. Jamás robamos a nadie. Nunca lo necesitamos. Hemos trabajado toda la vida, incluso en ese jodido club. Pero Davenport no se conforma con destruirnos. Quiere verla muerta, igual que a esa chica.

—¿Qué chica? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—La que te he dicho que mataron aquella noche —intervino Layla con voz temblorosa, y Marcus asintió.

—Esa misma. Y ahora, para proteger sus negocios, inventan cargos y ponen su cara en cada maldita comisaría del estado.

Me crucé de brazos, sintiendo el peso del deber empujarme por dentro.

—Sabes que todo esto es muy difícil de creer —dije, sin poder evitar el tono frío en mi voz.

—Claro que lo es —replicó Marcus—. ¿Quién coño querría creer algo así? Pero es la verdad. Y si no nos ayudas, la van a matar.

Layla se encogió sobre sí misma, sollozando en silencio.

—¿Quiénes eran esos hombres? —pregunté.

Ella negó con la cabeza, desesperada.

—No, Marc. No digas nada, por favor.

—Layla… —Marcus se pasó una mano por la cara—. Tenías razón. Quizá este sea el momento de confiar en alguien.

—¿Confiar en un sheriff? —replicó ella con amargura—. Tú mismo dijiste que no podíamos.

Él la miró, serio.

—Puede que me equivocase. —Entonces se volvió hacia mí—. Dime, Cole, ¿lo harías? ¿Nos ayudarías? ¿Harías lo que fuera por mantenerla a salvo de Davenport y de sus perros?

El silencio fue absoluto. Solo el fuego chispeaba, llenando la estancia de ese olor a madera quemada que, por alguna razón, me hacía pensar en ella.

Me quedé mirando a Layla. Su rostro estaba cubierto de lágrimas, su cuerpo temblaba. Se abrazaba a sí misma como una niña perdida.

Recordé su risa la primera vez que la vi en el bar. La manera en que me habló de su infancia, del incendio, de la pérdida. Recordé su voz pidiéndome que la hiciera olvidar, su piel bajo mis manos, su respiración enredándose con la mía.

Y supe que estaba jodido. Jodido y completamente enamorado.

—Sí —dije al fin—. Haré lo que esté en mi mano.

Marcus soltó un suspiro largo, de alivio.

—Entonces escucha. Davenport no es un cualquiera. Es traficante de drogas y armas. Tiene amigos en la política y en la policía. Controla medio Nueva York y tiene a varios agentes en nómina. Es un cabrón peligroso. Y fue él quien estaba follándose a esa pobre chica cuando murió.

Noté cómo el aire se me congelaba en los pulmones.

—¿Y los otros dos?

—Un abogado, Gregory Hensley —dijo Marcus—. Y un candidato a congresista: Thomas Reed.

—¿Thomas Reed? —repetí, incrédulo.

—El mismo —afirmó—. El que sale en las noticias hablando de moral y familia.

Me pasé una mano por la cara.

—He visto a ese hombre en televisión… —murmuré—. Siempre sonriendo, con su esposa y sus hijos.

—Hipócrita —escupió Marcus—. Todos lo son. Davenport los protege porque si ella habla, su carrera política se acaba. Y créeme, Cole, preferirán matar a una mujer inocente antes que perder poder.

Layla seguía llorando en silencio. No lo soporté más.

Me acerqué despacio, sintiendo el corazón golpearme las costillas. Me agaché frente a ella y sostuve su rostro entre mis manos. Su piel estaba helada. Sus pestañas, húmedas.

—Eh, mírame —susurré.

Ella levantó los ojos, perdidos, temblando.

—Nadie va a hacerte daño —dije, con voz grave y firme—. No mientras yo siga respirando. Te lo prometo.

Ella sollozó y negó con la cabeza.

—No puedes prometer eso, Cole. No sabes lo que ellos son capaces de hacer.

—Entonces que vengan —respondí, apretando la mandíbula—. Que lo intenten.

Ella cerró los ojos, respiró hondo y en un hilo de voz dijo:

—Cole… estoy embarazada.

Me quedé mudo. Las palabras resonaron dentro de mí como un disparo. Ella… embarazada.

Sentí cómo se me aflojaban las piernas, cómo el mundo entero giraba. Me quedé mirándola, incapaz de hablar, incapaz de moverme.

La mujer que amaba, la mujer que había mentido, sobre todo, me decía que estaba esperando un hijo. Un hijo mío.

Y en ese momento sentí que el corazón me dolía como no me dolía desde hacía años.

Capítulo 35



Cole

El primer sonido que escuché aquella mañana fue el del viento golpeando los ventanales del dormitorio. Era un silbido constante, que se colaba por las rendijas como un suspiro del bosque que rodeaba mi casa.

Abrí los ojos despacio, aún atrapado entre el sueño y la vigilia, y lo primero que vi fue el cabello de Layla extendido sobre la almohada. Su respiración era lenta, acompasada, como si al fin hubiera conseguido descansar después de una noche en la que el sueño se le resistió más que nunca.

Me quedé quieto, observándola. Tenía el rostro girado hacia mí, y entre las pestañas largas, descansaba esa expresión tranquila que pocas veces le veía despierta. Parecía más joven así, sin el peso del miedo ni la culpa que la perseguían desde que todo salió a la luz.

Recordé lo mucho que le costó quedarse dormida la noche anterior. Daba vueltas en la cama, se levantaba a cada rato, caminaba descalza hasta la ventana, mordiéndose el labio, repasando una y otra vez lo que habían enviado desde la policía de Nueva York. Aquella orden de búsqueda, con su nombre verdadero, Layla Evans, y el de Marcus, había caído como una maldición sobre nosotros.

Verlo en el sistema, impreso en blanco y negro, fue como ver una película de esas que ponían en la televisión. Solo que esta vez la película había

cobrado vida en Minden, y yo era uno de los protagonistas. Jamás pensé que algo así pasaría aquí, en mi pueblo, donde el mayor sobresalto solía ser un ciervo cruzando la carretera o un borracho caminando por las calles.

Me giré un poco y pasé el brazo por encima de ella. Su cuerpo reaccionó con un leve movimiento, como si buscara el calor. Tenía la piel tibia bajo el edredón, y mi mano acabó descansando sobre su vientre. El simple contacto bastó para que un nudo se formara en mi garganta. Allí dentro estaba nuestro hijo. Un hijo concebido en medio de una mentira, pero también con un amor que me resultaba demasiado real como para negarlo.

Desde la primera vez que nos acostamos, no había habido precauciones. Y eso era algo que jamás se me olvidaba en esos casos. Siempre fui metódico, cuidadoso… hasta que apareció ella. Con ella todo fue distinto. Lo único que me importaba era sentirla, oír su respiración acelerarse, hacerla olvidar el miedo, aunque fuera por un rato. Y, joder, lo había conseguido. Pero también había dejado que el deseo se llevara por delante mi cordura.

Me quedé un rato con la mano sobre su vientre, trazando círculos lentos.

—Ahí estás —murmuré—. Pequeño o pequeña… lo que seas.

Layla se movió, respiró hondo y luego volvió a acomodarse contra mi pecho. No se despertó.

Cerré los ojos un instante y suspiré. No sabía qué iba a pasar ahora, pero tenía claro que iba a protegerlos. A los dos. Aunque tuviera que mentir, aunque tuviera que enfrentarme a todo el maldito sistema. Nadie iba a llevársela. No mientras yo respirara.

Antes de levantarme, me incliné sobre ella. Le aparté el pelo del hombro y dejé un beso suave en su piel.

—Os quiero y voy a protegeros —susurré, y fue como una promesa que me quemó por dentro.

Me obligué a separarme, despacio. El suelo de madera estaba frío cuando mis pies lo tocaron. Me puse los pantalones, una camiseta limpia y bajé la

mirada un momento hacia la cama: Layla seguía durmiendo, envuelta entre las sábanas, ajena a la tormenta que se avecinaba.

La ducha fue rápida. El agua caliente no consiguió borrar del todo la tensión que llevaba en el cuerpo, pero al menos me despejó lo suficiente para pensar con claridad. Cuando salí, el espejo estaba cubierto de vaho. Me observé en el reflejo empañado, con el cabello mojado y la barba oscura marcada por el cansancio.

—Vaya lío te has buscado, Hawthorne —murmuré.

Pero lo cierto es que, pese a todo, no me arrepentía. No podía hacerlo.

Me abroché la camisa, cogí la placa y el abrigo, y salí de casa antes de que amaneciera del todo. La nieve empezaba a caer de nuevo. Minden aún dormía, y solo el sonido del motor de mi camioneta rompió el silencio.

La comisaría olía a café recalentado y a papel húmedo. Nada nuevo. Timmy estaba ya en su puesto, medio despeinado, con la taza en la mano y un expediente abierto frente a él.

—Buenos días, sheriff —saludó, aunque su tono decía que llevaba un rato allí.

—¿Desde cuándo "buenos"? —respondí, dejando el abrigo sobre la silla.

Timmy sonrió con cansancio.

—Desde que Scott trajo donuts. —Señaló una caja a medio abrir en la mesa.

—Perfecto, así el informe de guardia será el doble de pegajoso.

Intenté devolverle la broma, pero no duró mucho la ligereza. Lo vi dudar antes de hablar.

—Eh, sheriff… sobre la orden que recibimos ayer. —Elevó las cejas, bajando la voz—. ¿Podemos hacer algo al respecto? No pinta bien.

Suspiré. Lo había estado evitando desde que aparqué fuera, pero no podía seguir posponiéndolo.

—Llama a Scott y a Ryan. Os quiero a los tres en mi despacho.

Tardaron apenas unos minutos. Scott entró con el uniforme impecable y una carpeta bajo el brazo. Ryan, en cambio, traía el abrigo medio puesto y el café en la otra mano. Me observó con una expresión entre curiosidad y preocupación. Cerré la puerta tras ellos.

—Vale —empecé, apoyándome contra el escritorio—. Lo que os voy a decir no sale de esta habitación.

Las miradas se cruzaron entre ellos, y supe que entendían la gravedad del tono.

—Es sobre los forasteros que han pasado aquí las Navidades. —Me pasé una mano por la nuca—. Riley y Jace… no son exactamente quienes decían ser.

Scott frunció el ceño.

—¿Cómo que no?

Les conté lo esencial, sin entrar en los detalles más personales. Les dije que ayer habíamos recibido una orden de búsqueda desde Nueva York con sus verdaderos nombres: Layla y Marcus. Que estaban acusados de varios robos, y que, según lo que me habían contado, todo fue un montaje. Que habían huido porque ella vio algo que no debía ver, y que alguien con mucho poder los quería silenciar.

Ryan se quedó en silencio unos segundos. Luego asintió despacio.

—Sabía que no podía ser cierto. —Me miró de frente—. Esos dos no parecían ladrones, Cole.

—No lo son. —Mi voz sonó más firme de lo que esperaba—. He visto el miedo en sus ojos. Ningún culpable lo finge así.

Scott, que siempre era el más pragmático del grupo, levantó la mano.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Los entregamos?

—No. —Me giré hacia la ventana, observando la nieve caer sobre la calle vacía—. No, mientras no sepa quién está detrás de todo esto. Necesito tiempo.

Ryan cruzó los brazos.

—¿Y si alguien viene buscándolos?

—Por eso quiero que estéis atentos. —Me giré de nuevo hacia ellos—. No creo que sepan que están aquí, pero, Timmy, Scott, si veis a alguien extraño, un coche que no encaje, cualquier cosa, me lo decís de inmediato.

Los dos asintieron.

—Sheriff… tengo un primo policía en Nueva Jersey —dijo Timmy—. Si quiere, puedo llamarle, por si oye algo o…

Le sonreí levemente.

—Gracias, Timmy, de verdad. Pero ya sé a quién llamar.

Scott y Timmy salieron después de un breve intercambio de miradas. Ryan, en cambio, se quedó. Cerró la puerta otra vez y se apoyó en el marco.

—Déjame adivinar —dijo, arqueando una ceja—. Vas a llamar a Zack.

No pude evitar sonreír con cierta resignación.

—Sí.

—Hace años que no hablas con él. —Ryan dejó el café sobre el escritorio y se cruzó de brazos—. ¿Estás seguro?

—Más que nunca. —Me senté en la silla y miré el teléfono fijo, aunque sabía que acabaría usando el móvil—. Si alguien puede ayudarme con esto, es él.

Ryan asintió despacio.

—¿Y qué le vas a decir?

—La verdad —respondí sin dudar—. Que necesito que investigue a un tal Victor Davenport.

El nombre pareció llenar la habitación de un silencio denso. Ni siquiera Ryan preguntó quién era. Sabía que, si yo pronunciaba un nombre con ese tono, era porque ya había decidido ir hasta el final.

Me froté las sienes. El cansancio empezaba a golpearme. Ryan se acercó un poco más.

—Mira, Cole… —Su voz se suavizó—. No sé qué está pasando exactamente, pero confío en ti. Y si esa chica significa algo para ti, haré lo que pueda para mantenerla a salvo.

Le sostuve la mirada un segundo y asentí.

—Gracias, Ryan. De verdad.

Salió del despacho, dejándome solo con el zumbido del fluorescente y el sonido distante del viento fuera. Me quedé mirando la pantalla del teléfono. Zack era el hermano mayor de Claire. Hacía años que no hablábamos, más de los que debería. La última vez fue en el funeral. Desde entonces, había evitado cualquier contacto con él. No por falta de respeto, sino porque cada conversación con Zack me devolvía a ella… y a todo lo que perdí.

Pero ahora no tenía elección.

Miré la fotografía enmarcada sobre el escritorio: Claire sonriendo, con mi brazo alrededor de su cintura, los dos abrazando su vientre redondo. La vida que habríamos tenido si el destino no hubiera sido tan cruel.

—Voy a hacerlo bien esta vez —susurré.

La llamada a Zack iba a remover demasiado, pero también era la única manera de limpiar el nombre de Layla y Marcus. Y de darle un futuro al hijo

que crecía dentro de ella.

Capítulo 36



Cole

El teléfono vibraba entre mis dedos como si pesara más de lo habitual. No era por el aparato, claro, sino por todo lo que implicaba marcar ese número. El de Zack.

Seis años sin hablar. Seis años esquivando su voz, su risa, su recuerdo de Claire. Y, sin embargo, ahí estaba yo, con el pulgar suspendido sobre la pantalla, sintiendo que el pasado me respiraba en la nuca.

Suspiré, cerré los ojos un segundo y me obligué a marcar. Cada pitido del tono me clavaba una punzada en el pecho. No sabía si esperaba que contestara o que no lo hiciera. Pero lo hizo.

—¿Hawthorne? —La voz grave, algo ronca, sonó al otro lado.

No dijo “Cole”, ni “cuñado”, ni “amigo”. Sino Hawthorne. Ya de entrada sabía que la conversación iba a ser complicada.

—Zack. —Me aclaré la garganta—. Sí, soy yo.

Hubo un silencio al otro lado. De esos que duraban apenas un segundo, pero en los que cabían los seis años que llevaba evitando hablar con él.

—Vaya —dijo por fin, con un tono entre sorprendido y cauto—. No esperaba oír tu voz.

—Yo tampoco esperaba tener que llamarte por esto —respondí—, pero necesito tu ayuda.

Zack soltó una risa breve, sin alegría.

—Eso suena grave. Siempre necesitas algo cuando es grave.

—Sí. Lo es.

Durante un instante ninguno habló.

—Antes de entrar en eso —dijo Zack—, ¿cómo estás? Han pasado años.

Me sorprendió la pregunta.

—Bien —mentí.

—¿Bien? —repitió, escéptico—. Eso significa que no lo estás —dijo, y sonreí sin querer. Claire solía decir lo mismo.

—Lo llevo —respondí al fin—. Y tú, ¿qué tal?

—Lo mismo de siempre. El trabajo, los casos, las mentiras institucionales… ya sabes.

—¿Sigues en el FBI?

—Claro. Donde siempre —dijo con un suspiro—. Aunque últimamente pienso que debería haberme dedicado a la carpintería. La madera no te miente ni te dispara por la espalda.

Solté una risa seca.

—No te imagino haciendo sillas, Zack.

—Ni yo —respondió con ironía—. Pero el trabajo se ha vuelto un infierno. Y tú… ¿Has sentado cabeza? —preguntó de repente, bajando el tono—. Han pasado seis años, Cole. Claire no querría que te quedaras solo para siempre.

La pregunta me golpeó en el estómago.

—Bueno… —Empecé, pero la voz me salió más baja—. Hay alguien.

—Ah. —Su tono cambió, esta vez sonó más cálido y curioso—. Vaya. ¿Y eso es reciente?

—Más o menos.

—¿Y? —insistió—. ¿Te hace feliz?

Cerré los ojos un segundo. La imagen de Layla, dormida entre mis brazos, me cruzó la mente con fuerza.

—Sí —dije, y fue la verdad más limpia que había pronunciado en mucho tiempo—. Aunque las cosas se han complicado.

—Complicado es mi segundo nombre, ya lo sabes. —Zack rio—. Cuéntame.

Cogí aire porque aquello no era fácil resumirlo.

—Se llama Layla. Bueno, en realidad… la conocí como Riley.

—¿Alias?

—Sí. Resulta que la mujer con la que estoy lleva semanas viviendo en mi pueblo bajo una identidad falsa. Ayer recibimos una orden de búsqueda desde Nueva York con su nombre real. Layla Evans.

Zack tardó un par de segundos en responder.

—¿Has dicho Layla Evans?

—Sí.

—Me suena ese nombre…

—Te suena porque la policía la busca en todas las comisarías del estado —le expliqué—. Supuestamente está implicada, junto con su amigo Marcus, en varios robos. Ellos trabajaban en un club de striptease y… —Le resumí un poco.

—¿El *"Blue Velvet"*, dices? —murmuró.

Asentí, aunque él no podía verlo.

—Sí, y escucha. Lo que te voy a contar no está en ningún informe. Ni probablemente lo estará nunca.

Le resumí todo lo que había sabido la noche anterior. Cómo Layla me confesó su verdadera identidad, lo que vio aquella noche en el club, el tipo de hombre que era Victor Davenport y cómo todo se había torcido desde entonces. Le hablé del miedo en sus ojos, de las amenazas, de la huida desesperada hasta Minden. No le conté los detalles íntimos, ni cómo me había enamorado de ella casi sin darme cuenta, pero el tono de mi voz debió delatarme.

Cuando terminé, el silencio de Zack se hizo pesado.

—¿La crees? —preguntó por fin.

—Sí —respondí sin dudar—. He estado frente a demasiados mentirosos como para no saber cuándo alguien finge. Y el dolor que vi en ella no se finge.

Al otro lado, Zack soltó un leve silbido.

—Victor Davenport… —repitió—. Ese nombre no se pronuncia a la ligera.

—Así que lo conoces.

—Todo el mundo que trabaja en lo mío lo conoce —replicó, con un tono más serio—. Es un empresario de fachada, pero detrás mueve drogas, tráfico de armas, de información y vicios que ni te imaginas. Lo hemos investigado durante años, pero nunca conseguimos que nadie testificara. Los que lo intentaron acabaron muertos o desaparecidos.

Mi estómago se encogió.

—Layla vio cómo mataban a una chica, Zack. —Mi voz se endureció—. Y por eso los quieren silenciar.

—Tiene sentido —dijo él—. Davenport no deja cabos sueltos.

—Necesito que averigües todo lo que puedas sobre él, y también sobre la chica muerta. Layla me dio su nombre. Amber Collins.

—Amber Collins… —repitió, y enseguida oí el sonido de teclas al otro lado, como si ya estuviera buscando—. Dame un segundo… Sí, aquí está. Informe abierto, caso pendiente. Víctima de homicidio. Veintiséis años, bailarina. Tengo la autopsia delante. Sin sospechosos confirmados.

—Exacto —dije—. Quiero limpiar el nombre de Layla y Marcus. No han hecho nada. Ella solo vio lo que no debía ver.

—No te voy a mentir, Cole —suspiró—. Si esto llega a las manos equivocadas, te vas a meter en un buen lío.

—Ya estoy metido —repliqué con una sonrisa amarga—. Solo intento evitar que se hunda conmigo.

Hubo una pausa. Después, su voz se suavizó.

—Vale. Te ayudaré. No prometo milagros, pero tengo contactos en el departamento de Crimen Organizado. Veré qué puedo mover sin levantar sospechas.

—Te lo agradezco. —Me pasé una mano por la cara—. De verdad, Zack. No sé a quién más acudir.

—A mí me debes un par de cervezas por esto —intentó bromear—. Y quizá un día deberías venir a Nueva York, aunque sea para que vea con mis propios ojos a esa mujer que te ha hecho volver a sonreír.

Sonreí por primera vez en toda la mañana.

—Lo haré. Pero primero quiero asegurarme de que no vuelva a tener que esconderse.

—Trato hecho. —Zack hizo una breve pausa—. Y Cole… felicidades.

—¿Por qué?

—Porque vas a ser padre, ¿no? Lo has mencionado de pasada.

Tragué saliva.

—Sí. Lo supe anoche.

—Claire estaría feliz por ti —dijo en voz baja.

Esa frase me atravesó. Me quedé mudo. Escuché su respiración al otro lado del teléfono y, por un momento, volví seis años atrás, al hospital, a las luces frías, al olor a desinfectante, a la sensación de vacío cuando el monitor dejó de sonar. No respondí. No podía.

Zack pareció entenderlo.

—Cuídate, hermano —dijo al fin—. Y cuídala a ella. Te llamaré en cuanto tenga algo sobre Davenport o la chica.

—Gracias, Zack. De verdad.

—No tienes que darme las gracias. Claire te quiso, y eso basta para mí.

Colgó antes de que pudiera responder.

El silencio que quedó después era denso, casi físico. Me quedé con el teléfono en la mano y respiré hondo, intentando que el aire no me doliera tanto al entrar.

Giré la cabeza y mis ojos fueron directos a la fotografía.

—Tenías razón, Claire —murmuré—. La vida sigue, aunque a veces duela hacerlo.

Pensé en Layla. En cómo me había mirado cuando me dijo que estaba embarazada. La mezcla de miedo y ternura en sus ojos. Y en cómo, pese a todo, yo solo pude sentir una cosa: orgullo. No del tipo arrogante, sino del que te llena el pecho y te recuerda que aún eres capaz de amar.

Había pasado tanto tiempo desde que me permití sentir algo así, que al principio me asustó. Pero ya no.

—Vamos a salir de esta —dije en voz alta, como si Layla pudiera oírme desde casa.

Sabía que esa llamada a Zack había sido solo el primer paso. Que lo difícil venía ahora: proteger a Layla, mantener la fachada y encontrar pruebas suficientes para desmontar las mentiras de Davenport antes de que alguien llegara a Minden buscándolos. Pero, por primera vez en mucho tiempo, no me sentía solo en la lucha.

Capítulo 37



Layla

Habían pasado tres días desde que todo salió a la luz. Tres días desde que Cole me miró a los ojos con esa mezcla de rabia, incredulidad y dolor que solo podía sentir alguien que amaba de verdad.

Tres días desde que supe que la policía nos estaba buscando. Que yo era la mujer que aparecía en esa orden de búsqueda, junto a Marcus. Que mi nombre, mi rostro, mi pasado, todo lo que había intentado enterrar bajo la nieve de Minden, había vuelto a alcanzarme.

Y, sin embargo, aquí seguía. En su casa. Cole no me echó. No me gritó. No me dio la espalda. Solo me abrazó.

Cada vez que salía por el pueblo, lo hacía con el corazón apretado. Caminaba con la cabeza alta, como si nada pasara, pero cada sombra me ponía en alerta. Cada coche que no reconocía me hacía temblar por dentro. Y, de forma instintiva, cada vez que eso ocurría, mi mano iba directa al vientre.

Todavía no se notaba, claro, era pronto. Pero yo lo sabía. Sentía ese pequeño secreto creciendo dentro de mí, frágil y fuerte a la vez, y el simple pensamiento de que alguien pudiera arrebatármelo me paralizaba. A veces me descubría acariciando el vientre sin darme cuenta, como si pudiera calmarle. O quizás calmarme a mí misma.

Cuando aquella prueba de embarazo dio positivo, sentí que el mundo se me venía encima. Me encerré en el baño del dormitorio, con las manos temblando, mirando el pequeño palito blanco con esa línea rosa que me cambió la vida. No supe si reír o llorar. Terminé haciendo las dos cosas. Estaba embarazada de Cole. Y no tenía ni idea de cómo decírselo.

Y lo peor de todo fue que, antes de poder decirle la verdad, otra verdad salió a la luz. La mía. La que llevaba escondiendo desde que llegué a Minden.

Ver en sus ojos la decepción de saber que no era Riley Carter, sino Layla Evans, me dolió más que cualquier golpe. Pensé que lo había perdido. Que ese hombre que me había devuelto la risa, el deseo, el sentido de pertenecer a algún sitio… me daría la espalda como todos los demás.

Pero no lo hizo.

Cole me amó incluso en medio del caos. Y desde entonces, cada mirada suya, cada beso, cada roce de sus manos sobre mi piel me lo confirmaba. Incluso cuando creía que dormía, lo sentía acariciarme el vientre, tan despacio que parecía temer despertarme. Aquella mañana, la primera después de confesarle todo, le oí susurrar contra mi hombro.

—*Os quiero y voy a protegeros.*

No sabe que lo escuché. Pero esa frase me acompañaba desde entonces como un talismán.

Sonreí sola al recordar cómo fue contarle lo del bebé a Maggie. Cole insistió en hacerlo juntos. Yo estaba tan nerviosa que casi dejo caer la taza de café cuando ella nos miró con esos ojos tan parecidos a los de su hijo, esperando que dijéramos algo. Cole se aclaró la garganta, torpe como pocas veces lo había visto, y soltó:

—Mamá, vas a ser abuela.

El silencio fue eterno. Maggie se quedó mirándonos con los ojos tan abiertos que pensé que iba a desmayarse. Luego se cubrió la boca con las manos y, de repente, empezó a llorar. Pero de alegría.

Nos abrazó a los dos, y entre sollozos dijo que se había acabado para mí eso de cuidar gallinas o limpiar el establo, que mi única misión era cuidar de su nieto.

Después se lo contamos a Emma y a Ryan. Emma gritó de felicidad y me abrazó tan fuerte que casi me deja sin aire, mientras Ryan hacía chistes sobre lo difícil que iba a ser ver a Cole cambiar pañales. Durante unas horas, todo fue alegría. Como si el peligro no existiera.

Pero el miedo nunca desaparecía del todo. Por las noches, cuando Cole dormía y el silencio lo cubría todo, me asaltaban las preguntas.

¿Y si nos encuentran? ¿Y si lo arrastro conmigo a algo que no merece? ¿Y si este pequeño ser que crece dentro de mí acaba pagando por mis errores?

Intentaba no pensar en ello, pero era imposible. El miedo no se iba. Solo se aprendía a convivir con él.

Aun así, Minden me daba paz. Era el primer lugar en mucho tiempo donde sentía que pertenecía. Aquí aprendí a respirar sin mirar constantemente por encima del hombro. Y no quería irme nunca.

Me puse un jersey grueso, el abrigo y una bufanda de lana. El aire era frío, pero el sol brillaba. Perfecto para caminar.

Antes de salir, me detuve en el espejo del recibidor. Me observé un momento. No había cambiado mucho físicamente desde la última vez que me vi en ese mismo reflejo, pero por dentro todo era distinto. Me toqué el vientre, casi por reflejo.

—Tranquilo, pequeño —murmuré—. Solo vamos a ver a tu tía Emma. Prometo que todo irá bien.

Cogí las llaves, cerré la puerta y empecé a caminar hacia el pueblo. La nieve crujía bajo mis botas y el aire frío me enrojecía las mejillas.

Emma tenía esa energía contagiosa que hacía que todo pareciera más fácil. Desde el primer día me acogió como si me conociera de toda la vida, sin preguntas, sin juicios. Cuando supo la verdad, pensé que cambiaría. Que me

miraría con recelo, o que se alejaría por proteger a su hermano. Pero no. Solo me abrazó más fuerte y dijo que, con el tiempo, todo se arreglaría. Que su hermano era testarudo, pero que, si me amaba, y vaya si lo hacía, no dejaría que nadie nos separara.

Empujé la puerta del bar y el sonido de la campanita sobre el marco me dio la bienvenida. El interior olía a café, a tortitas recién hechas y a música suave. Emma estaba detrás de la barra, riendo con un cliente habitual. Cuando me vio, levantó la mano con entusiasmo y salió para abrazarme.

—¡Layla! Justo pensaba en ti. Ven aquí, que te he guardado la mejor mesa junto a la ventana.

Sonreí. Aquella mujer era un torbellino. Me quité el abrigo, lo dejé sobre la silla y me senté. Ella apareció enseguida con un café y un té humeantes y un plato con tostadas.

—Ya sabes, energía para la mamá del año —bromeó.

Reí, aunque el corazón me dio un pequeño vuelco. Emma era así: siempre sabía cómo arrancarte una sonrisa, incluso en los días más grises.

Emma era imposible de ignorar cuando se proponía algo. Tenía esa energía que llenaba cualquier espacio, una mezcla entre encanto natural y torbellino emocional que te arrastraba sin pedir permiso.

Se sentó frente a mí con su taza de café, una sonrisa de oreja a oreja y las mejillas sonrosadas por el calor del local.

—Bueno —dijo, apoyando los codos en la mesa—, mamá está completamente desatada con lo del bebé. Ayer me llamó tres veces solo para preguntarme si ya habíais pensado nombres.

Reí, llevándome las manos a la cara.

—No me extraña. Ya me dijo que quería tejerle una manta.

—¿“Una”? —Emma arqueó una ceja—. Ya va por tres. Y ha empezado un gorrito diminuto que, según ella, será “para cuando llegue el frío del primer

invierno".

—Oh, por favor —me eché a reír—. Ni siquiera sabemos si será niño o niña.

—Eso le da igual. Dice que el color se puede cambiar con amor.

Reímos juntas, y durante un momento sentí que todo el peso de los últimos días desaparecía. Era tan fácil estar con Emma… No tenía que fingir, no tenía que controlar cada palabra. Solo podía ser yo.

Ella bebió un sorbo de café y me miró con esa chispa traviesa que conocía bien.

—Y hablando de eso… —empezó, alargando las palabras—. Ya va siendo hora de que empecemos a decorar una habitación, ¿no crees?

—¿Qué? —me atraganté con la tostada—. Emma, es demasiado pronto.

—¡Tonterías! —dijo riendo—. No es demasiado pronto para planearlo. No te estoy diciendo que compres una cuna mañana, solo que… vayamos pensando ideas.

Negué con la cabeza, pero no pude evitar sonreír.

—Ni siquiera sé qué va a pasar con nosotros, Emma. No me parece justo soñar con paredes pintadas y móviles de cuna cuando… —Me encogí de hombros— cuando todo puede cambiar.

Su expresión se suavizó. Dejó la taza sobre la mesa y me miró con esa firmeza que tenía cuando hablaba en serio.

—Layla, escucha. Sé la verdad. Sé lo que está pasando. Y también sé cómo es mi hermano.

—Emma… —Empecé, pero ella me interrumpió levantando una mano.

—No, déjame terminar. —Sus ojos, tan parecidos a los de Cole, se clavaron en los míos—. Cole no va a permitir que nadie os aleje. Ni a ti ni al

bebé. Puedes tenerlo por seguro.

—A veces pienso que lo digo para convencerme —susurré—, pero me aterra que aparezca alguien… que aparezca él.

—Victor Davenport —murmuró ella, bajando la voz—. Sí, lo sé. Ryan me contó algunas cosas. Pero Cole está moviendo cielo y tierra. Y no estás sola, ¿vale?

Sentí el nudo en la garganta y asentí. Emma volvió a sonreír, queriendo devolverle luz al momento.

—Así que mejor deja de pensar en cosas raras y dime: ¿qué mural quieres en la pared? —preguntó con entusiasmo—. ¿Un bosque? ¿Un cielo estrellado? ¿Animales?

Solté una carcajada.

—¿Mural? Emma, ¡aún ni sé en qué habitación será!

—Pues la del fondo, la que da al oeste. Tiene la mejor luz por la tarde. —Dio un sorbo al café y añadió—: Y si quieres, yo misma puedo ayudarte a pintarlo. Soy una artista frustrada, ¿sabes?

—Sí, claro —reí—. Lo máximo que te he visto dibujar son corazones en servilletas cuando estás aburrida.

—¡Oye! —fingió indignación—. Esos corazones son mi firma artística. Podría venderlos si me lo propusiera.

Nos reímos tanto que un par de clientes giraron la cabeza hacia nosotras. Me encogí en la silla, riendo bajito, y Emma me imitó.

—Madre mía, no te imaginas lo bien que me viene esto —dijo, limpiándose una lágrima de risa—. Entre el trabajo y Ryan, necesito un poco de drama feliz en mi vida.

—¿Drama feliz?

—Sí, de ese tipo de drama que termina bien, con pañales, sonrisas y olor a colonia de bebé. —Se inclinó hacia delante—. Además, Cole lleva años encerrado en sí mismo, y verte con él… es como si por fin respirara otra vez.

Su voz se suavizó. Yo bajé la mirada, removiendo el café con la cucharilla.

—A veces siento que no merezco todo esto —murmuré.

—No digas tonterías. —Emma me cogió la mano con cariño—. Layla, todos cargamos con algo. Con errores, secretos, cosas que hicimos o dejamos de hacer. Pero lo que importa es qué haces con eso después. Tú elegiste proteger al que consideras tu hermano, sobrevivir… Eso no te hace mala persona. Te hace humana.

Tragué saliva.

—Os mentí a todos, Emma.

—Sí. —Asintió, sin soltarme la mano—. Pero dime, ¿cuántas veces miente uno para seguir respirando? Hay pesos que obligan a doblarse antes de poder caminar derecho otra vez. Y tú has cargado con demasiado.

Aquellas palabras me desarmaron. Le apreté la mano con fuerza.

—Gracias —susurré—. Por ser como eres conmigo. Por no darme la espalda.

—Por favor, si lo hiciera, mamá me mataría. —Rio suavemente, pero enseguida añadió con sinceridad—. Y porque te lo mereces, Layla. Te mereces tener una vida, un hogar y a alguien que te mire como te mira Cole.

Esa última frase me arrancó una sonrisa imposible de contener.

—¿Tan evidente es?

—Oh, por favor. —Puso los ojos en blanco—. Mi hermano se pasa la mitad del tiempo intentando parecer el sheriff implacable y la otra mitad mirando el reloj como si contar los minutos para verte fuera un deporte.

—No es cierto —reí.

—Totalmente cierto. —Se inclinó hacia mí, bajando la voz con dramatismo—. Y cuando no estás, se pone insoportable. Gruñe más que un oso en invierno.

Reímos las dos hasta quedarnos sin aire. Emma me sirvió otra taza de té mientras seguíamos hablando de tonterías: del nombre del bebé, de la posibilidad de que Maggie insistiera en llamarle Hawk "porque suena a fuerte", de cómo Cole había jurado que no pondría cortinas nuevas en casa "hasta que pasara el invierno" y de cómo ella planeaba ignorarlo y llevarme a comprar unas de color crema de todos modos.

Cada palabra, cada gesto, cada risa me hacían sentir ligera. Feliz. Como si por fin tuviera una amiga de verdad.

—¿Sabes? —dije, después de un rato de charla—. A veces pienso que lo mejor que pudo pasarnos a Marcus y a mí fue llegar aquí.

—¿A Minden?

—Sí. —Miré por la ventana, donde la nieve seguía cayendo despacio—. Aquí todo es… diferente. No hay ruido, ni mentiras, ni máscaras. Solo personas que se ayudan, que se conocen de verdad.

Emma asintió con una sonrisa nostálgica.

—Minden tiene eso. Te atrapa sin que te des cuenta. Y cuando intentas irte, ya no puedes. Así que no te atrevas a hacerlo, ¿vale?

—No pienso hacerlo. —Sonreí, y lo dije con el alma—. No quiero irme nunca.

Nos quedamos en silencio un momento, las dos mirando por la ventana, viendo cómo los copos se acumulaban sobre el cristal.

Quizás no sabía cómo acabaría todo aquello, si Victor Davenport seguiría persiguiéndonos, si Cole lograría mantenernos a salvo, pero en ese instante

entendí algo: no podía seguir viviendo solo desde el miedo. Tenía que vivir también desde la esperanza.

Emma me devolvió la mirada y sonrió, cómplice.

—Entonces, ¿qué mural ponemos?

—Tal vez un cielo —dije tras pensarlo—. Con estrellas.

—Perfecto. —Me guiñó un ojo—. Así, cuando el bebé nazca, tendrá su propio universo esperando en la pared.

Capítulo 38



Cole

Había pasado una semana desde que hablé con Zack por primera vez. Siete días exactos desde aquella llamada que me removió el pasado, los recuerdos y el nombre de Claire, todo en una sola conversación.

Siete días en los que cada minuto libre lo había dedicado a mirar por encima del hombro, a repasar las calles de Minden con los ojos de un hombre que sabía que, aunque todo pareciera tranquilo, había un monstruo rondando en las sombras.

Esa misma noche, después de nuestra primera conversación, yo estaba en la cocina, con el móvil apoyado en la mesa, una cerveza a medio terminar y el sonido del viento golpeando las ventanas cuando vi el nombre de Zack en la pantalla, y supe que no era una llamada cualquiera.

—*Cole* —dijo Zack, sin preámbulos—. *He estado tirando de algunos hilos. Lo que te contaron Riley… quiero decir, Layla y Marcus, coincide con lo que ya sospechábamos desde hace tiempo. Pero hay más. Mucho más.*

Su tono me heló la sangre. Me senté, con el corazón acelerado, y lo dejé hablar.

Me contó todo sobre Victor Davenport, me habló de la chica que Layla vio aquella noche a la que se le escapó la vida ante sus ojos y me habló de alguien de ese club dispuesto a hablar y testificar.

—Una de las chicas nos contó que aquella noche, ya de madrugada, vio cómo dos hombres sacaban a Amber por la puerta trasera del club, inmóvil. La metieron en el maletero de un coche negro. Marcy no dijo nada en su momento porque tenía miedo. Pensó que, si hablaba, acabaría igual que ella.

Me quedé en silencio. Sentí cómo el aire se volvía pesado. Sabía lo que iba a decir antes de que lo dijera. Pero necesitaba escucharlo.

—¿La encontraron? —pregunté, en un susurro.

—Una semana después —contestó Zack, con un tono casi quebrado—. *En una zona boscosa a las afueras de Yonkers. El cuerpo estaba… irreconocible. Solo pudieron identificarla por un tatuaje en la cadera.*

Cerré los ojos y pasé una mano por la cara. No conocí a Amber, pero podía imaginar perfectamente el miedo de aquella noche. Pude imaginar a Layla viéndolo todo, sintiendo que su mundo se rompía en pedazos.

Zack siguió hablando y yo me limité a escuchar cada palabra durante el tiempo que duró nuestra charla. Hacía años que no hablaba con el hermano de mi difunta esposa y ahí estaba, dispuesto a ayudarme con esto.

—Gracias, Zack —dije cuando terminó de hablar.

—No me las des. Solo asegúrate de que Layla esté a salvo. Y, Cole… —Su voz se suavizó—, Claire estaría orgullosa de ti.

Esa frase me atravesó como una bala suave y directa. Miré hacia la estantería, donde seguía la foto de Claire y yo abrazados, sus manos sobre su vientre redondo, justo antes de perderlo todo.

—Espero que sí —dije en voz baja.

Colgamos poco después. Me quedé mirando la foto hasta que la cerveza se quedó caliente. Pensé en Claire, en el hijo que no llegó a nacer, en todo lo que me había negado a sentir durante años. Y luego pensé en Layla, durmiendo arriba, con mi hijo, nuestro hijo, creciendo dentro de ella.

Esa noche supe que no iba a fallarles. A ninguno de los dos.

Durante la semana que había pasado, Minden siguió con su rutina habitual. Pero bajo esa calma, todo estaba cambiando.

Ryan, Scott y Timmy estaban al tanto de lo justo. No quería exponerlos más de lo necesario, pero confiaba en ellos. Habíamos patrullado las afueras del pueblo con más frecuencia y revisado las carreteras secundarias por si aparecía algún coche sospechoso. Hasta el momento, todo estaba limpio. Pero el instinto me decía que Davenport no se quedaría quieto mucho tiempo.

Layla intentaba llevar una vida normal. Pero cada vez que sus ojos se cruzaban con los míos, veía el miedo escondido detrás. Sabía que no dormía bien. Que soñaba con aquella noche. Y aunque no lo dijera, sabía que se sentía culpable.

Estaba en mi despacho de la comisaría tomando un café cuando sonó el teléfono con una llamada de Zack. Ryan acababa de salir para revisar un informe y la oficina estaba en silencio. Contesté enseguida.

—Dime que tienes buenas noticias —le dije.

—Depende de cómo lo veas —respondió él, con un tono más animado—. Hablé con Marcy. Le conté lo que me pediste.

—¿Y?

—Le costó creérselo al principio. Pensó que era una trampa. Pero cuando mencioné el nombre de Layla y Marcus… Se echó a llorar.

Tragué saliva.

—¿Qué dijo?

—Que aceptaba testificar. Que ya no tenía miedo. —Hizo una pausa—. Y cuando le conté lo de Minden, dijo que, si era verdad que ellos estaban vivos y a salvo, quería estar donde ellos estuvieran.

Sonreí, por primera vez en días.

—Entonces tenemos un trato.

—Sí. —Zack rio al otro lado—. Y te aviso: es una mujer con carácter. Creo que te caerá bien.

—Eso ya lo veremos —dije, aunque en el fondo me sentí aliviado.

Colgamos después de acordar que, en cuanto fuera seguro, él mismo la traería. Me quedé sentado un rato, mirando la ventana. Fuera, la nieve empezaba a caer otra vez.

Pensé en Layla. En cómo iba a reaccionar cuando supiera que su amiga estaba viva. Que iba a ayudarlos a limpiar su nombre. Sabía que aquella noticia le devolvería un pedazo de esperanza. Y yo necesitaba verla sonreír así de nuevo.

Me levanté, cogí la chaqueta y salí de la comisaría. Tenía que contárselo.

Mientras conducía hacia casa, el viento movía las ramas desnudas de los árboles y el cielo se teñía de un gris metálico. La radio sonaba bajito, pero no escuchaba las palabras. Solo pensaba en cómo empezar esa conversación.

Layla me estaba esperando. Y por primera vez en mucho tiempo, iba a poder darle una buena noticia.

Layla estaba en el sofá cuando llegué a casa. Tenía las piernas recogidas bajo una manta de lana, una taza de té humeante entre las manos y la mirada perdida en el fuego de la chimenea. La escena era tan tranquila que por un instante pensé en quedarme ahí, solo observándola.

Cerré la puerta con cuidado y dejé las llaves sobre el mueble. Ella giró la cabeza y sonrió, esa sonrisa que siempre me golpeaba el pecho como una oleada de calor.

—Hola, sheriff.

—Hola, preciosa. —Me quité la chaqueta y la colgué—. ¿Cómo estás?

—Bien —respondió con un leve encogimiento de hombros—. El pequeño parece haberse acostumbrado a mis antojos de media tarde. Maggie me ha dado galletas de avena y creo que me he comido media bandeja.

Reí bajo. Caminé hacia ella y me incliné para besarle la frente.

—Te juro que, si sigues así, voy a tener que comprar otro horno para la cocina de mi madre.

Layla rio y me miró con ese brillo juguetón que tanto me gustaba.

—¿Tú qué tal? Tienes esa cara de quien ha tenido un día largo o… —entrecerró los ojos— de quien trae algo importante entre manos.

—Traigo noticias —dije, sentándome junto a ella.

Su expresión cambió, poniéndose alerta de inmediato.

—¿De Zack?

—Sí. He hablado con él hace un rato. Y quiero que escuches todo con calma, ¿vale?

Ella dejó la taza sobre la mesa y se acomodó, las manos juntas, como si se preparara para una verdad demasiado grande.

—Dime.

—Zack terminó la investigación sobre Victor Davenport. —Empecé despacio—. Todo lo que me contaste, Layla… cada palabra era cierta. Encontraron a una chica dispuesta a hablar. Una que trabajaba con vosotros en el club.

Sus labios se entreabrieron ligeramente.

—¿Quién?

—Marcy. —Pronuncié el nombre con cuidado—. Ella fue la que vio cómo se llevaban a Amber aquella noche. La metieron en el maletero de un coche y no volvió a aparecer hasta una semana después.

Layla cerró los ojos. Se llevó una mano al pecho y asintió despacio, con lágrimas silenciosas empezando a asomar.

—Marcy tuvo miedo, por eso no dijo nada. —Continué—. Pero ahora lo ha hecho. Va a testificar contra Davenport. Está dando nombres, Layla. Empresarios, policías corruptos, incluso políticos. Quiere hacerlo todo bien esta vez.

Ella levantó la vista hacia mí, incrédula.

—¿Va a testificar?

—Sí. Y hay más. —Sonreí levemente—. Zack le habló de vosotros, de que estáis a salvo, de que estáis empezando de nuevo. Cuando oyó vuestros nombres, rompió a llorar. Dijo que os había echado de menos.

Layla se cubrió la boca con una mano, dejando escapar un sollozo.

—Marcy… no me lo creo.

—Dice que os quería mucho. Y que, si le das permiso, quiere venir aquí cuando todo acabe. Empezar de cero en Minden.

Ella abrió los ojos, empapados en lágrimas, y asintió con tanta emoción que tuve que contenerme para no abrazarla de inmediato.

—Por supuesto que sí. Si pudiera hablar con ella, le diría que venga sin dudarlo. Que aquí podrá respirar por fin.

—Podemos hacerlo ahora —le dije, sacando el móvil del bolsillo.

—¿Qué?

—Zack está de guardia en la oficina del FBI. Si la tiene cerca, puedo pedirle que te la pase.

Layla me miró como si dudara si aquello era real. Luego, lentamente, asintió.

—Por favor.

Marqué el número y Zack contestó enseguida.

—Hawthorne. Justo iba a llamarte.

—Tengo a Layla conmigo —dije sin rodeos—. Quiere hablar con Marcy.

—Dame un segundo. —Oí el sonido de pasos apresurados al otro lado, un par de puertas que se abrían, voces en segundo plano. Después—: Vale, la tengo aquí. La pongo en línea.

Toqué el botón de manos libres y dejé el teléfono sobre la mesa. Layla se inclinó hacia adelante, con las manos temblorosas.

—¿Layla? —La voz de una mujer sonó entrecortada, temblorosa, pero viva.

—Marcy… —La voz de Layla se rompió al pronunciar su nombre—. Dios mío…

—¡No puede ser! —sollozó la otra al instante—. ¿Eres tú de verdad? Pensé que estabas muerta, que él… que os había…

Layla se echó a llorar. Yo le puse una mano sobre el muslo, en silencio, dándole espacio.

—Estamos bien —dijo entre lágrimas—. Marcus y yo… estamos vivos. Nos fuimos lejos, empezamos de nuevo.

—Oh, cielo… —La voz de Marcy se rompió también—. No sabes lo que lloré pensando en ti. Cuando vi lo que le hicieron a Amber… no sabía si quedarme, pero tampoco podía huir. Tenía miedo.

—Lo sé —susurró Layla—. Todos teníamos miedo.

Hubo un silencio cargado de emoción, como si ambas estuvieran procesando años de culpa y de alivio.

—Zack me ha contado que vas a testificar —dijo Layla, limpiándose las mejillas—. Eres más valiente de lo que nunca fuimos nosotros.

—No. —Marcy negó con un leve sollozo—. No soy valiente. Solo estoy harta de tener miedo. Quiero acabar con todo eso. Y… si es verdad lo que Zack me dijo, si de verdad estáis a salvo en algún lugar… quiero ir con vosotros.

Layla sonrió a través de las lágrimas.

—Claro que sí. Aquí tendrás un hogar.

—Entonces dile a ese Marcus que te cuide bien, porque me pienso acoplar en vuestra casa en cuanto me dejen libre —bromeó Marcy, entre risas llorosas —. Que me dé un sofá y un plato caliente, y prometo no quejarme.

Layla soltó una carcajada, secándose los ojos.

—Eso va a ser complicado. Vivo con el sheriff del pueblo, y Marcus con su novia.

—¿Marcus con novia? —Marcy chilló al otro lado—. ¡No me lo creo! Ese idiota decía que moriría soltero.

No pude evitar reír.

—Bueno, las cosas cambian —dije, acercándome un poco al teléfono—. Pero tranquila, tengo la solución perfecta: mi madre tiene sitio de sobra en su granja. Te encantará. Por cierto, soy Cole, el sheriff.

—¿Granja? —repitió, divertida—. ¿Con animales y todo?

—Con ovejas y pollitos incluidos —respondió Layla, riendo—. Maggie te adoptará en cinco minutos.

—Entonces decidme dónde firmo —bromeó, y todos reímos al unísono.

El ambiente se volvió cálido, ligero, como si aquella llamada hubiera cerrado una herida abierta demasiado tiempo.

—Os debo la vida —dijo Marcy al final—. De verdad.

—No nos debes nada —respondió Layla con suavidad—. Solo sé feliz. Y cuando llegues, tendremos una habitación lista para ti.

Zack intervino entonces:

—La trasladarán en cuanto el tribunal cierre los acuerdos. Te avisaré cuando estemos en camino.

—Gracias, Zack —dije.

—Para eso estamos, sheriff —respondió, antes de despedirse.

Colgué y miré a Layla. Seguía llorando, pero ahora eran lágrimas distintas. Lágrimas de alivio, de emoción. Se inclinó hacia mí y me rodeó el cuello con los brazos, hundiendo la cara en mi hombro.

—Gracias —susurró—. No sabes lo que esto significa para mí.

Le devolví el abrazo, cerrando los ojos un segundo, respirando su olor.

—No tienes que darme las gracias, Layla.

Se separó un poco, mirándome con esos ojos verdes que eran ya mi ancla y mi perdición.

—Sí tengo.

—Bueno, si insistes… —murmuré con tono juguetón.

—Cole —advirtió, entre risas—. No empieces.

Entonces le tomé la cara entre las manos, serio de nuevo, buscando sus ojos.

—No, amor. Lo que realmente quiero, lo único que necesito… —Tragué saliva—. Es que te cases conmigo.

Layla se quedó quieta. Ni siquiera respiraba.

—¿Qué? —susurró, incrédula.

—Que te cases conmigo. —Sonreí, con el corazón martilleándome el pecho—. Sé que puede parecer una locura, que todo está aún por resolverse, pero quiero que seas mi esposa. Quiero darte mi nombre, mi casa, mi vida entera si hace falta. Quiero cuidaros a ti y a nuestro hijo el resto de mis días.

Sus ojos se llenaron de lágrimas de nuevo.

—Cole… —murmuró, llevándose una mano a la boca.

—No tienes que responder ahora. Pero quiero que lo sepas. Que esto no es por culpa, ni por miedo. Es porque estoy enamorado de ti, Layla Evans. Y no pienso dejarte escapar.

Ella soltó una pequeña risa entre lágrimas y negó con la cabeza.

—Eres un loco… —susurró—. Pero un loco maravilloso.

—¿Eso es un sí? —pregunté con una sonrisa contenida.

Ella se echó a reír, llorando al mismo tiempo, y asintió.

—Sí. —Su voz tembló—. Aunque sea una locura, sí. Acepto casarme con mi sheriff.

Solté una carcajada y la abracé, levantándola del sofá. Ella rio contra mi cuello, y el sonido llenó toda la casa.

Nos besamos, despacio, con el fuego crepitando detrás. Era un beso que sabía a promesa, a redención, a algo nuevo que empezaba a arder entre las cenizas de todo lo que habíamos sido antes.

Cuando nos separamos, apoyó la frente en la mía.

—Nunca pensé que podría volver a sentirme a salvo, Cole. Y ahora… —Me miró, con esa ternura que me desarmaba—. Ahora sé que estoy exactamente donde debo estar.

Le acaricié la mejilla con el pulgar, sonriendo.

—Y no pienso dejar que nada cambie eso.

Epílogo



Layla

Cinco años después…

A veces me parecía que fue ayer cuando llegué a Minden con una maleta, el corazón hecho pedazos y un nombre que no era el mío. Pero habían pasado cinco inviernos y cinco primaveras desde entonces, y hoy, al mirar por la ventana de nuestra casa, veía la vida que jamás creí que podría tener.

El sol caía sobre los prados, tiñendo de dorado las vallas de madera y el camino que llevaba a la granja. Claire corría por allí, su melena negra ondeando mientras perseguía a Liam y a Riley. Los tres reían, gritaban y se llenaban de barro sin la menor culpa. Detrás, Maggie los observaba desde el porche, con esa sonrisa tranquila de quien sabía que cada arruga nueva era fruto de una felicidad bien ganada.

A mi lado, sobre una manta, Jace dormía la siesta. Tenía los rizos oscuros pegados a la frente y el mismo ceño fruncido que ponía su padre cuando soñaba algo intenso. Me gustaba mirarlo así, tan pequeño, tan nuestro. Dos años y una curiosidad infinita que no conoce límites.

Cuando recordaba cómo empezó todo, a veces me recorría un escalofrío. No por miedo, sino por la conciencia de lo lejos que habíamos llegado.

Me casé con Cole esa misma primavera. La granja de su familia estaba llena de flores, el cielo despejado y el aire olía a heno y a promesas nuevas.

Yo llevaba un vestido sencillo, blanco, sin adornos. Tenía el vientre redondeado por los cinco meses de embarazo de nuestra primera hija, y recordaba que Maggie no dejaba de llorar desde que bajé por el sendero hasta el granero, donde Cole me esperaba con su sonrisa y esos ojos que siempre me hacían temblar.

Fue una boda íntima, pero hermosa. Ryan fue el padrino, Emma la testigo y Marcus me acompañó hasta el altar. Cuando le vi soltarme la mano y se la entregó a Cole, comprendí que por fin los dos, mi hermano de corazón y yo, estábamos donde debíamos estar.

El viento jugaba con las cintas de las flores, el sol se filtraba entre las ramas, y cuando Cole me dijo "te prometo que esta vez nada ni nadie nos separará", supe que no era una promesa vacía. Era un juramento grabado a fuego en su alma.

Nuestra hija nació en otoño. Le pusimos Claire como ese primer gran amor que él tuvo en su vida. Cuando se la puse en brazos, Cole lloró. Nunca había visto al sheriff de Minden derrumbarse así, con el corazón completamente expuesto.

Un año y medio después llegó Jace, nuestro pequeño torbellino. A veces pensaba que tenía el alma de Marcus, la sonrisa de Maggie y la manía de su padre de meterse en problemas solo por ayudar.

El pasado… aquel pasado que tanto pesaba, se fue diluyendo poco a poco. Victor Davenport fue detenido. Lo juzgaron y lo condenaron. Aún hoy seguía entre rejas, y con él cayeron nombres que jamás habría imaginado: empresarios, policías, políticos. La red que había tejido durante años se vino abajo como un castillo de naipes, y todo gracias al valor de una sola persona.

Marcy. Mi amiga. Mi hermana de vida. La que un día decidió hablar y cambió el destino de muchos.

Después del juicio, el FBI cumplió su promesa y la trasladó a Minden, tal como Cole le pidió a Zack. Vivió con Maggie durante un año entero. La ayudaba por las mañanas en la granja, cuidaba a los animales y, poco a poco, volvió a sonreír. Hasta que un día, sin avisar a nadie, se enamoró. De Adam, el camarero del bar de Emma.

Nadie lo vio venir, pero ahora eran inseparables. Él se la llevó a vivir con él hacía tres años y aún seguían igual de felices, aunque Marcy seguía yendo a la granja por las mañanas porque, según ella, "las ovejas escuchan mejor que los hombres".

Maggie era, sin duda, el corazón de todo esto. La abuela, la confidente, la voz que nos guiaba a todos. Le encantaba tener la casa llena de nietos. Además de Claire y Jace, tenía a Riley, la hija de Marcus y Lucy, una pequeña con carácter de tormenta y sonrisa de sol. Y a Liam, el hijo de Emma y Ryan, que nació apenas un mes después que Claire.

Cinco años y ya eran una pandilla imposible de separar. Cuando estaban todos juntos, la casa parecía un circo: risas, carreras, juguetes por todas partes… pero era un caos feliz. Uno del que nunca querría salir.

Cole seguía siendo el sheriff de Minden. No podría dejar de serlo ni aunque quisiera. Era parte de él, como la calma en su voz o la forma en que se quitaba el sombrero.

Y yo… Yo seguía siendo yo, aunque a veces me costara creerlo. Ayudaba a Emma en el bar en las noches de más ajetreo. Marcus también lo hacía, y Marcy, cuando podía, se unía, junto a Sara y Mike, que también estaban casados, pero no tenían hijos.

A veces, cuando cerraba el bar y caminaba de regreso a casa bajo las estrellas, me sorprendía tocando el colgante con la piedra azul de mi madre. Lo guardé durante años, incluso cuando huía, incluso cuando ya no sabía quién era. Y lo llevaba siempre puesto.

Cuando la brisa me acariciaba la cara, me gustaba pensar que ella me miraba desde donde esté y sonreía, contenta de ver que su hija al fin encontró su sitio, su familia, su hogar.

El pasado fue duro, sí. Dolió más de lo que pensé que podría soportar. Pero si tuviera que vivirlo todo otra vez para llegar a este momento, lo haría. Mentiría de nuevo, huiría de nuevo, me escondería todas las veces necesarias… con tal de acabar aquí, con ellos. Con Cole, con nuestros hijos, con esta vida que olía a pan recién hecho y sonaba a risas por la mañana.

—¿Qué hace mi preciosa esposa tan pensativa? —susurró Cole a mi espalda antes de rodearme con los brazos.

—Solo pienso en todo lo que tenemos. En lo rápido que pasa el tiempo.

Sus manos bajaron hasta descansar sobre mi vientre redondeado.

—¿Y cómo está este pequeñín hoy? —preguntó con voz grave, acariciando con cuidado.

—Dando patadas como siempre —respondí entre risas—. Creo que va a salir tan cabezota como tú.

Él se rio también y me dio un beso en el cuello.

—Si sale cabezota y fuerte, mejor. Así podrá proteger a su madre.

Me giré despacio para mirarle y vi sus ojos llenos de amor, de esa ternura que nunca me cansaba de ver.

—Te quiero —dije, acariciándole la mejilla.

—No tanto como yo te quiero a ti —respondió, acercando su frente a la mía—. Gracias por hacerme el hombre más feliz del mundo.

—No me des las gracias. Tú me salvaste, Cole. Me devolviste la vida.

Sonreímos y se inclinó para besarme. Mientras sus labios rozaban los míos, cerré los ojos y pensé en aquella noche, en esa Navidad, en la que le pedí un deseo a Santa Claus.

Solo quería un poco de paz. Solo quería que, por una vez, el mundo se detuviera lo suficiente para dejarme amar a alguien sin miedo.

Y la vida, caprichosa y generosa, me dio algo mucho mejor.

Me dio a Cole. A mi sheriff. Mi deseo de Navidad convertido en hogar.

Esperamos que os haya gustado y si es así nos podéis seguir en las siguientes redes y en nuestras páginas de Amazon ¡Gracias!

Facebook:
Dylan Martins
Janis Sandgrouse

Amazon:
Dylan Martins: relinks.me/DylanMartins
Janis Sandgrouse: relinks.me/JanisSandgrouse

Instagram:
@dylanmartinsautor
@janis.sandgrouse.escritora

Twitter:
@ChicasTribu